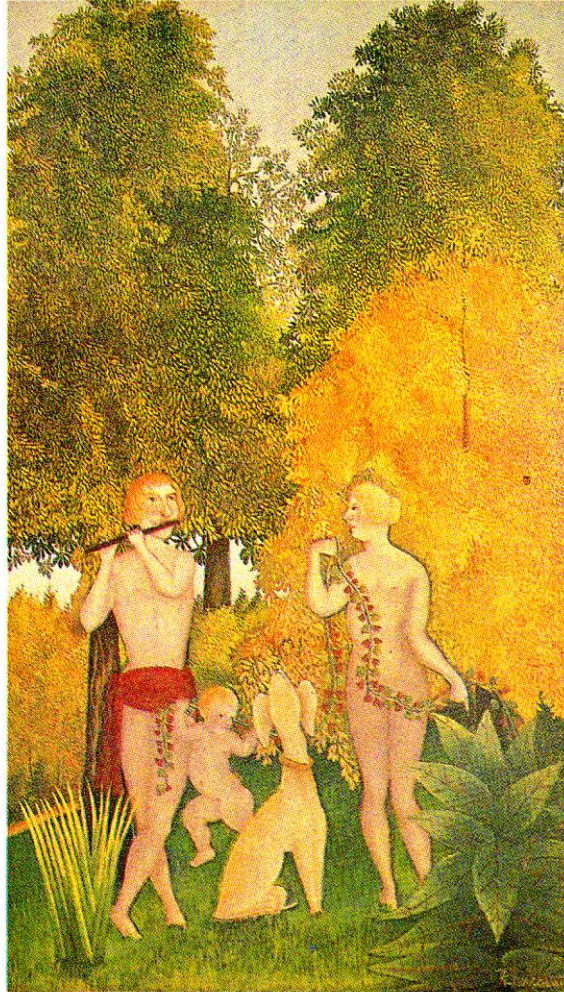


HUMBERTO MATURANA R.

GERDA VERDEN-ZÖLLER

AMOR Y JUEGO

Fundamentos Olvidados de lo Humano



Desde el Patriarcado a la Democracia

Colección
Experiencia Humana

Instituto de Terapia Cognitiva

AMOR Y JUEGO
FUNDAMENTOS OLVIDADOS DE LO HUMANO
Desde el Patriarcado a la Democracia

Colección
EXPERIENCIA HUMANA

1. Amor y Juego

Fundamentos Olvidados de lo Humano

Humberto Maturana Romesin y Gerda Verden-Zöller

Humberto Maturana Romesin y Gerda Verden-Zöllner

AMOR Y JUEGO
Fundamentos Olvidados
de lo Humano
Desde el Patriarcado a la Democracia

1993

El texto de los manuscritos originales fueron entregados a los editores en el idioma inglés, con los siguientes títulos:

1. *Patriarcal and Matristic Conversations.*
2. *Mother Child Play: The biological foundation of self and social consciouness.*
3. *Play: The Neglected Path.*

Traducción de Augusto Zagsmutt y Alfredo Ruiz.

Instituto de Terapia Cognitiva.

Revisión de Humberto Maturana Romesin.

Portada: Cuarteto Feliz, de Henry Rousseau.

I.S.B.N.: 956-7344-01-9

© Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 86.462.
Editorial Instituto de Terapia Cognitiva
Providencia 2608 - Depto. 62
Fono-Fax: 232-1781
Santiago - Chile

Actuó sólo como impresor:

Talleres Gráficos Pía Sociedad de San Pablo
Avda. Vicuña Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile
Junio de 1993

Impreso en Chile - Printed in Chile

ADVERTENCIA

ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES EXCLUSIVAMENTE
EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA
LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras",

—Thomas Jefferson



Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia:189

INDICE

-	PRESENTACION	7
-	INTRODUCCION	9
1.	CONVERSACIONES MATRISTICAS Y PATRIARCALES	19
	Humberto Maturana Romesin	
2.	EL JUEGO EN LA RELACION MATERNO-INFANTIL	
	Fundamento biológico de la conciencia de sí mismo	
	y de la conciencia social	71
	Gerda Verden-Zöller	
3.	EL JUEGO, EL CAMINO DESDEÑADO	137
	Gerda Verden-Zöller y Humberto Maturana Romesin	
-	EPILOGO Y REFLEXIONES FINALES	155
-	GLOSARIO	165

PRESENTACION

Hubo un momento en nuestras vidas, que como terapeutas y científicos, tuvimos un cambio fundamental en la comprensión de la experiencia humana. Este cambio se debió muy principalmente al Dr. Humberto Maturana, al entender su propuesta de que no tenemos acceso a una realidad objetiva y el reconocimiento y aceptación de lo que esto implica, que la imposibilidad de conocer la verdad absoluta y trascendente es una condición humana. Por otra parte, como consecuencia de esto, ver ahora al observador como una entidad biológica, como alguien que opera como observador.

Este entendimiento no se concretó de una manera abstracta, intelectual, sino muy por el contrario, fue surgiendo de experiencias afectivas cotidianas, derivadas de conversaciones personales con él. De lo primero que fuimos conscientes es de lo crucial que es el aceptar o no la realidad objetiva y que esto es simplemente una elección, es decir, optar por una u otra, pero con todo lo que ello implica.

Entendimos que la primera opción conlleva todo lo que es una forma objetiva de ver el mundo, con la creencia de que cada uno de nosotros puede exigir para sí mismo la propiedad de una verdad única, trascendente y universal. Entendimos que cuando elegimos la opción de negar esta realidad, también optamos por el multiverso, es decir, que hay muchos dominios legítimos diferentes de realidad como tantos dominios de explicación puede el observador traer de la mano al explicar su experiencia inmediata o la praxis de su vivir, que es otra condición humana. Así emerge la legitimidad del otro y el respeto por el otro.

También entendimos que la cultura occidental está experimentando cambios en diferentes aspectos, que según el Dr. Humberto Maturana podrían llevar a la transformación de la cultura patriarcal europea en otra. Y fue justamente cuando conversamos de ello que nació este libro y ahora desde la perspectiva que nos da el tiempo nos damos cuenta de la incondicional confianza que nos ha mostrado al entregarnos todo este material sin que ni entonces ni después nos exigiera ningún requisito para realizarlo; así en forma experiencial entendimos la biología del amor. Más aún nos impresionó su entusiasmo al participar de la noticia de que este libro, recién naciendo, iba a ser el primero de una Colección editada por el Instituto de Terapia Cognitiva que esa misma tarde fue bautizada como “Experiencia Humana”.

Así fue como nos abocamos a la edición del libro, por lo que nuestros encuentros se hicieron más frecuentes. Fruto de esas experiencias empezaron a ser evidentes en nosotros aspectos ocultos olvidados o invisibles. Nuestras conversaciones con el Dr. Humberto Maturana fueron profundamente emotivas y desde muy temprano dejamos de buscar alguna verdad o definición de algo, por el contrario, empezamos a vivir estas conversaciones con el emocionar del juego. Si bien en algún momento de nuestras vidas lo habíamos desdeñado, ahora nos habíamos reencontrado con él, valorizándolo como un fundamento de lo humano.

De esta manera fue creciendo nuestra amistad y desde nuestras experiencias afectivas fuimos comprendiendo la mayoría de los aspectos tratados en este libro. Entendimos cómo estamos inmersos, según el Dr. Humberto Maturana, en una cultura patriarcal. También entendimos desde su punto de vista que la democracia es vivida desde un emocionar neomatrístico, es decir, en la aceptación y el respeto por el otro y por nosotros mismos. Entendimos las explicaciones científicas como un dominio de explicaciones validadas a través de las coherencias de las explicaciones de las experiencias del científico. En fin, un entendimiento que parece ser inagotable porque genera otros entendimientos.

El entender la obra de la Dra. Gerda Verden-Zöllner, nos ha abierto espacio para otras miradas sobre el desarrollo de la conciencia de sí mismo y social del niño. Miradas que se entrelazan con la ontología del Dr. Humberto Maturana. Creemos que la Dra. Verden-Zöllner se ha hecho cargo de estos planteamientos, los tomó de hecho en serio. Creemos que esta otra comprensión del desarrollo infantil va a influir y generar cambios en diversos dominios de la experiencia humana, tales como la Educación, especialmente preescolar y específicamente los jardines infantiles, la Psicología, la Medicina, la Ecología, a lo menos.

Creemos muy sinceramente, que al editar los tres ensayos que constituyeron este libro, estamos entregando un aporte significativo a la comunidad, especialmente si está en nosotros el deseo de querer construir un mundo armónico, de respeto y solidario. Nos sentimos profundamente agradecidos de ambos autores por la confianza que han depositado en nosotros y también por lo que vemos como un apoyo que nos brindan al iniciar el camino, que significará editar este primer libro de esta editorial.

Alfredo Ruiz B., Augusto Zagmutt C.,
Editores

INSTITUTO DE TERAPIA COGNITIVA.

Santiago de Chile, Junio de 1993.

Introducción

Este libro es, como totalidad, tanto la presentación de una investigación sobre el desarrollo de la conciencia individual y de la conciencia social del niño, como un ensayo sobre culturalización y cambio cultural.

Pensamos que la existencia humana tiene lugar en el espacio relacional del conversar. Esto es, consideramos que aunque desde el punto de vista biológico en tanto animales somos *Homo sapiens sapiens*, la clase de animales que somos según nuestro modo de vivir, vale decir, nuestra condición humana, tiene lugar en nuestra manera de relacionarnos unos con otros y con el mundo que configuramos en nuestro vivir mientras realizamos nuestro ser biológico en el proceso de ser seres humanos al vivir en el conversar. Veamos esto con más detalle.

Si atendemos a nuestro vivir cotidiano, notaremos que lo que constituye al lenguaje como fenómeno biológico relacional es un coexistir en interacciones recurrentes bajo la forma de un fluir recursivo de coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, proceso al que de aquí en adelante llamaremos lenguajear (Maturana 1978). Al mismo tiempo, también notaremos, que lo que distinguimos cuando distinguimos emociones en nosotros y en otros animales, son dominios de acciones, clases de conductas, y que en nuestro vivir fluimos de un dominio de acciones a otro en un continuo emocionar que se entrelaza con nuestro lenguajear. A este entrelazamiento del lenguajear y el emocionar llamamos conversar, y mantenemos que todo el vivir humano se da en redes de conversaciones. Pero, sigamos adelante.

Pensamos, como uno de nosotros ha propuesto en varias publicaciones anteriores (Maturana, 1988 y 1989), que el linaje humano surgió en la historia evolutiva del grupo de primates bípedos a que pertenecemos, cuando el convivir en el lenguaje comenzó a conservarse generación tras generación como el modo de convivir que con su conservación definió y constituyó, de allí en adelante, a dicho linaje. También pensamos que cuando esto pasó, y pensamos que esto debe haber pasado cerca de tres millones de años atrás, el vivir en el lenguaje como un convivir en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, surgió entrelazado con el emocionar, de modo que de hecho, al surgir lo humano, lo que surge en el devenir de nuestros ancestros, es un vivir en el conversar que se conserva generación tras generación como modo de vivir. Los seres humanos modernos somos el presente de esa historia, y existimos como el resultado presente de un devenir particular de transformaciones anatómicas y fisiológicas en torno a la conservación del vivir en el conversar.

Todo lenguajear ocurre sobre un soporte emocional que puede cambiar con el curso del lenguajear, y al revés, el fluir en el cambio emocional resulta en un cambio en el lenguajear, de modo que de hecho todo conversar es un convivir consensual en coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones. Más aún, es la emoción lo que define a la acción. Es la emoción desde la cual se hace o se recibe un cierto hacer lo que hace a ese hacer una acción u otra, o lo que le da a ese hacer su carácter como una conducta de una cierta clase o de otra. Nosotros mantenemos, como ya dijimos, que los seres humanos existimos en el lenguaje, y que todo el ser y hacer humano se da, por lo tanto, en el lenguajear entrelazado con el emocionar que es el conversar. Por lo mismo, mantenemos también que la existencia en el lenguaje hace que cualquier quehacer humano tenga lugar como una red particular de conversaciones que queda definida en su particularidad por el emocionar que define a las acciones que se coordinan en ella (Maturana 1988).

En fin, por todo lo anterior pensamos que la historia de la humanidad ha seguido y sigue el curso del emocionar, y en particular el curso de los deseos, y no el de la disponibilidad de recursos naturales, o el curso de las oportunidades materiales, o el curso de las ideas, valores y símbolos, como si estos existiesen como tales en sí mismos. Los recursos naturales existen sólo en la medida en que deseamos lo que distinguimos como recursos naturales. Lo mismo sucede con las ideas, con los valores o con los símbolos como elementos que guían nuestro vivir, que lo son sólo en tanto que aceptamos aquello que connotan o representan. Esto quiere decir que una vez que los recursos naturales, los valores, las ideas, o los símbolos, aparecen en nuestras distinciones como factores o elementos que guían el curso de nuestro vivir, ya ha surgido antes de alguna manera independiente de ellos el emocionar que los hizo posibles como tales guías de nuestro vivir. Ahora, es precisamente porque pensamos de esta manera, que pensamos que para comprender el curso de nuestra historia como seres humanos, debemos mirar el curso histórico del emocionar humano, y que, para revelar tal curso, debemos mirar al cambio de conversaciones que surge del cambio en el emocionar, así como a las circunstancias que dan origen y estabilizan en cada caso a un nuevo emocionar.

Uno de nosotros, la Dra. Verden-Zöller, muestra, en uno de los ensayos incluidos en este libro, que el niño o niña crea su espacio psíquico como su espacio relacional, al vivir en la intimidad de su contacto corporal con su madre como simple resultado del convivir en total aceptación y confianza mutua en ese contacto corporal, y no porque le sea directamente enseñado. En este proceso el niño o niña aprende el emocionar y la dinámica relacional fundamental que va a constituir el espacio relacional que él o ella generará en su vivir, esto es, lo que él o ella hará, oírán, olerán, tocarán, verán, pensarán, temerán, desearán y rechazarán, como aspectos obvios de su vivir individual y social como miembro de una familia y una cultura. El curso que la historia humana sigue generación tras generación, por lo tanto, es el curso que sigue generación tras generación el emocionar adquirido de hecho por los niños y niñas al crecer en relación con sus progenitores, con otros adultos, con otros niños, y con el mundo circundante, no humano. En estas

circunstancias, para comprender el cambio cultural, debemos comprender el cambio histórico del emocioonar humano en relación con el crecimiento de los niños.

En este libro nosotros sostenemos que una cultura es una red cerrada de conversaciones, que el cambio cultural ocurre como un cambio de conversaciones en la red de conversaciones que la comunidad que cambia vive, y que tal cambio surge, se sustenta y mantiene, en el cambio del emocioonar de los miembros de la comunidad que cambia. De acuerdo a esto pensamos que el patriarcado surgió precisamente así, como un cambio en la configuración del emocioonar que constituía el fundamento relacional de la cultura matrística prexistente. El resultado fue un cambio en el pensar, en el gustar, en el oír, en el ver, en el temer, en el desear, en el relacionarse..., en suma en los valores conservados generación tras generación; esto es, el patriarcado surgió, según lo que nosotros pensamos, a través de un cambio en el espacio psíquico que vivían los niños y niñas en crecimiento.

Nada ocurre en el devenir de los seres vivos como entes biológicos porque sea necesario, ventajoso o benéfico. Estos adjetivos se aplican sólo en el ámbito de los valores, es decir, en el ámbito de los comentarios que un observador puede hacer sobre las consecuencias y las justificaciones de las preferencias humanas. Uno de los errores más grandes que cometemos, tanto científicos como filósofos, es el de usar a las consecuencias de un proceso como argumento para explicar o justificar su origen. Al hacer esto hablamos como si el futuro fuese causa del pasado o del presente. Los procesos históricos no ocurren así, en los procesos históricos el futuro es un resultado, y no surge porque sea necesario, ventajoso o benéfico. Así, la diversificación de los seres vivos en la historia de la biósfera es el resultado de la conservación de tantas maneras diferentes de vivir como las que resultaron espontáneamente conservadas generación tras generación simplemente porque así sucedió. Es debido a que como seres vivos actuales existimos en el frente de avance de un tal proceso histórico, que nos pasa que al construir la historia para explicar nuestro presente, el pasado surge engañosamente ante nosotros como un proceso direccional en el que todo lleva hacia ese presente. La historia de los seres vivos no es un proceso de progreso o de avance hacia algo mejor, es sólo la historia de conservación de los distintos modos de vivir que se conservaron porque los organismos que los vivieron, vivieron hasta su reproducción. La historia cultural humana es un fenómeno de la misma clase, y de allí la gran diversidad de culturas que han surgido como distintos modos de convivir en el devenir de la humanidad.

La manera de convivir conservada generación tras generación desde la constitución de una cultura como un linaje, o como un sistema de linajes en los que se conserva un cierto modo de convivir, queda definida de manera fundamental por la configuración del emocioonar que define a la red de conversaciones que se vive como el dominio particular de coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones que constituye a dicha cultura como modo de convivir. Por esto, cada

vez que comienza a conservarse generación tras generación una nueva configuración en el emocionar de una familia que los niños aprenden espontáneamente en el simple hecho de vivir en ella, surge una nueva cultura. La nueva configuración del emocionar que funda a la nueva cultura, sin embargo, no se conserva porque sea ventajosa o buena, sólo sucede que se conserva, y que en tanto se conserva, la nueva cultura persiste y tiene historia. Dicho en otras palabras, una nueva cultura surge en una dinámica sistémica en la que la red de conversaciones que la comunidad en cambio cultural vive, cambia guiada y acotada precisamente por la nueva configuración del emocionar que comienza a conservarse en el aprendizaje de los niños. Aún en otras palabras, en la medida que los niños aprenden a vivir en el nuevo emocionar y a crecer en él, hacen a ese nuevo emocionar el ámbito en que sus propios hijos vivirán y aprenderán a vivir la red de conversaciones que constituye al nuevo modo de convivir. En esta dinámica, repetimos, la nueva red de conversaciones que en la sucesión de generaciones constituye a la nueva cultura en el devenir de una comunidad (familia), no surge ni se conserva porque sea mejor, más eficiente, superior, o más ventajosa que la anterior, sino que resulta conservada por las circunstancias particulares del vivir de dicha comunidad, y en tanto así sucede todo el vivir de dicha comunidad se hace dependiente de ella. Por lo anterior, al intentar comprender cómo surgió el patriarcado europeo a que pertenecemos como cultura en el presente, lo que hacemos es mirar a las circunstancias del vivir que hicieron posible el cambio en el emocionar que al mismo tiempo que le dio origen como un modo de convivir, constituyó la dinámica relacional sistémica que llevó a su conservación generación tras generación con independencia de las consecuencias que tuvo. Al hacer esto, repetimos nuevamente, no hablamos de fuerzas, presiones, ventajas u otros factores que se usan con frecuencia como argumentos para explicar la direccionalidad del devenir histórico, porque, según nosotros, tales nociones no se aplican a la dinámica sistémica del cambio y la conservación cultural. Así, al hablar del origen del patriarcado mostramos que éste es un modo de emocionar que puede ser vivido de muchas maneras diferentes, y que si no reconocemos esto, podemos confundirlo con símbolos, ideas, instituciones o conductas particulares, permaneciendo ciegos ante lo que ocurre en la infancia, sin poder ver que es el emocionar que los niños aprenden en su infancia lo que resulta en la conservación del patriarcado como modo de emocionar.

Al presentar los ensayos que este libro contiene, invitamos a los lectores a hacer un camino reflexivo que puede llevarlos a ver que nosotros consideramos que la relación materno-infantil es un fenómeno biológico humano que involucra a la madre no como mujer sino que como adulto en una relación de cuidado para lo cual tanto la mujer como el hombre están biológicamente igualmente dotados. En otras palabras, invitamos a darse cuenta de que la maternidad es una relación de cuidado, no una tarea asociada al sexo. Pero hay algo más. También invitamos a darse cuenta de que nosotros consideramos que la sexualidad humana es un aspecto del vivir relacional corporal y espiritual humanos que surge desde la biología como un elemento fundamental en la armonía amorosa de la

convivencia que vivimos en el coemocionar, y en el cual la reproducción es un fenómeno ocasional que puede ser evitado. En este contexto, las consecuencias fundamentales de la sexualidad humana son lazos de intimidad sensual y visionaria, placer en la convivencia, ternura, cuidado por el otro, y una coexistencia amorosa y estética en un modo de convivir en el que el cuidado por los niños puede surgir como un placer sensual y espiritual cuando se vive como una elección y no como un deber. Invitamos también a darse cuenta de que nosotros pensamos que para que suceda lo anterior, la relación materno-infantil tiene que vivirse en el juego, en una intimidad corporal fundada en la total confianza y aceptación mutua, no en el control o la exigencia, manera de vivir que abre las compuertas para la extensión de la vida matrística de la infancia a la vida adulta.

Finalmente, este libro, en tanto invitación a la reflexión sobre los fundamentos de nuestra historia cultural en una mirada destinada a expandir la comprensión de lo humano, es también una invitación a la participación responsable en la modulación de esa historia según como deseamos vivir, más bien que según como pensamos que deberíamos hacerlo. Después de todo, es de acuerdo a como vivamos nuestro emocionar, y en particular nuestros deseos, y no según nuestro razonar, cómo vivirán nuestros hijos y qué mundo generaremos, ellos y nosotros, al transformarnos haciendo la historia en nuestro vivir.

Algunas palabras acerca de nuestra biología. Nada puede suceder en nosotros, o sucedernos a nosotros los seres humanos, que no sea permitido por nuestra biología; y, al mismo tiempo, nuestra biología no determina lo que nos sucede a lo largo del vivir. Para que algo ocurra en un ser vivo debe haber historia, es decir, debe haber un devenir del ser vivo en un ámbito de interacciones que le es operacionalmente independiente. Es por ésto que en un sentido estricto no se puede hablar de determinismo biológico. Los seres humanos somos entes biológicos (*Homo sapiens sapiens*) que existimos en un espacio biológico cultural, y como entidades biológicas *Homo sapiens sapiens*, hombres y mujeres somos sexualmente clases distintas de animales. Esta diferencia, sin embargo, no determina cómo diferimos o debiéramos diferir culturalmente como hombres y mujeres, ya que como entidades biológicas de ser cultural, hombres y mujeres somos seres humanos iguales, es decir, hombres y mujeres somos igualmente capaces de todo lo humano. Las diferencias de género (masculino y femenino) son sólo formas culturales particulares de vivir, redes particulares de conversaciones, y es por esto que los distintos valores que nuestra cultura patriarcal confiere a las diferencias de género no tienen fundamento biológico. En otras palabras, las diferencias sexuales de hombre-mujer son biológicas, pero cómo las vivimos es un fenómeno cultural, y las diferencias de género masculino-femenino propias de nuestra cultura patriarcal, pertenecen a cómo vivimos culturalmente nuestras diferencias biológicas de hombres y mujeres desde un fundamento de igualdad en nuestro ser biológico cultural. Más aún, la igualdad de hombre y mujer en el ser biológico cultural, no niega las diferencias biológicas de los sexos masculino y femenino. Entender esto es fundamental para comprender las consecuencias posibles que

los distintos modos de vivir cultural tienen. Así, no debemos ignorar que así como la historia cultural sigue el camino de la manera de vivir que se conserva, la manera de vivir que se conserva en una cultura guía el curso que la biología sigue en la historia, y cómo se transforma según ese vivir. La humanidad comenzó hace más o menos tres millones de años con la conservación generación tras generación de una manera de vivir en conversaciones que involucraban la colaboración de los dos sexos en el vivir cotidiano a través del compartir alimentos, ternura y sensualidad de hecho, sin reflexión y como un aspecto natural de ese vivir, y nuestra biología actual es como es en el presente de esa historia.

Aún algo más sobre nuestro ser biológico cultural. La colaboración no es obediencia; la colaboración tiene lugar en la realización espontánea de conductas coherentes por dos o más seres vivos. En estas circunstancias, la colaboración es un fenómeno puramente biológico cuando no involucra un acuerdo previo, y cuando lo involucra, es un fenómeno humano. La colaboración surge en un deseo espontáneo que lleva a una acción que resulta concertada desde el placer; en la colaboración no hay división del trabajo. La emoción involucrada en la división del trabajo es la obediencia. De modo que la mayor parte de la historia de lo humano debe haber transcurrido en la colaboración de los sexos, no en la división del trabajo que vivimos en nuestra cultura patriarcal como separación sexual de los quehaceres. En otras palabras, es la emoción bajo la cual hacemos lo que hacemos como hombres y mujeres, lo que hace o no a nuestro quehacer una actividad asociada al género masculino o femenino de acuerdo a la separación valorativa propia de nuestra cultura patriarcal que niega la colaboración. En este libro hablamos de lo que sucede en las relaciones materno-infantiles como una actividad independiente del género. Esto es; hablamos de lo que los estudios de uno de nosotros (Dra. Verden-Zöllner 1978, 1979 y 1982) revelan de la biología de la humanización aunque lo humano sea una condición cultural. Pero, al mismo tiempo, hacemos esto revelando lo que implica llegar a ser un ser humano socialmente integrado como un fenómeno biológico en un vivir social que es cultural. En otras palabras, revelamos las condiciones biológicas del proceso de humanización en cualquier cultura, dejando ver que el tipo de ser humano que se llega a ser en cada caso, es algo propio de la cultura en que se crece. No estamos biológicamente obligados a ser seres humanos de un tipo u otro. No podemos predeterminar que un niño crezca como un ser que vive en el respeto por sí mismo y por el otro llegando a ser un adulto socialmente responsable, especificando algunos aspectos del medio que van a controlar su desarrollo al comienzo de su vida y a forzarlo a conducirse así. Tampoco podemos, restringiendo de una manera u otra la conducta de un niño, forzarlo a que llegue a ser un adulto que vive en el autorrespeto y el respeto por el otro. El respeto forzado niega el respeto. El niño debe vivir en la dignidad de ser respetado y de respetar al otro para llegar a ser un adulto que se respeta a sí mismo y respeta al otro viviendo como un ser con responsabilidad social, cualquiera sea el tipo de vida que le toque vivir, y sabemos, a partir del trabajo que presentamos en este libro, que para que esto pase debe respetarse la biología de la relación materno infantil. O, lo que es lo mismo, el niño o niña debe

crecer en la biología del amor y no en la biología de la exigencia y la obediencia. Pero en este comprender la relación materno infantil, debemos comprender que una mujer no necesita tener hijos para ser mujer y que un hombre no necesita participar en la procreación de un hijo o hija para ser hombre. La maternidad femenina o la maternidad masculina es un fenómeno cultural que puede o no vivirse en coherencia con sus fundamentos biológicos, y las consecuencias son diferentes para cada caso. Pero, porque la maternidad es un fenómeno cultural, la procreación está abierta a la elección, y porque la procreación está abierta a la elección, podemos vivirla o no vivirla según nuestra elección y ser culturalmente responsables con respecto a ella.

Ahora, unas pocas palabras sobre la subordinación de la mujer al hombre en nuestra cultura patriarcal. Nosotros no pensamos que lo que define o constituye al patriarcado sea la relación de sometimiento o subordinación de la mujer al hombre, y por lo tanto, no pensamos que tal relación sea primaria en el origen del patriarcado. Nosotros pensamos que el emocionar que constituye a la apropiación (impedir el acceso normal de otro ser a algo que le es naturalmente legítimo), al poder y a la obediencia (negación de sí mismo y negación del otro a cambio de conservar algo), a la jerarquía y a la autoridad (negación del otro y de sí mismo aceptada ante un argumento trascendental de carácter racional, espiritual, o místico), a la amistad y a la enemistad, junto con el deseo de control (la negación del otro en la falta de confianza), debe haberse establecido como un aspecto de la manera cotidiana de vivir antes que las mujeres hayan podido ser sometidas y esclavizadas en el medio patriarcal de modo que sus hijos hayan podido llegar a ser adultos que aceptaban la esclavización de sus madres como algo natural. El hacer algo por otro o para otro no constituye subordinación o servidumbre, es la emoción bajo la cual se hace o se recibe lo que se hace lo que constituye a ese hacer como lo uno o lo otro. Los europeos u occidentales modernos, pensamos y hablamos desde la cultura patriarcal a que pertenecemos, pensamos y hablamos desde el espacio psíquico patriarcal, y no nos resulta fácil ver a otra cultura en sus propios términos. Por esto, como gente patriarcal no podemos imaginar la separación de las actividades del hombre y la mujer como algo diferente de aquello que evoca la noción de división del trabajo como noción patriarcal que se usa, en general, para justificar la subordinación de un ser humano a otro, y en particular, para justificar la subordinación de la mujer al hombre bajo el argumento de los roles masculino y femenino.

Y así como describimos las actividades masculinas y femeninas de otras culturas con el discurso de la división del trabajo de nuestra cultura patriarcal, vivimos, la mayor parte de las veces, las relaciones entre hombres y mujeres de otras culturas como vivimos la división del trabajo de hombres y mujeres en nuestra cultura patriarcal, cualquiera sea el emocionar que ellos y ellas viven allí. Pero hay algo más. Como el respeto por sí mismo y el respeto por el otro surgen en relaciones de aceptación mutua en el encuentro corporal en el ámbito de una confianza mutua total como mostramos en este libro, el abuso (uso forzado) y la mutilación del cuerpo de una persona por otra violando esta confianza mutua

fundamental, destruye en la persona abusada el respeto por sí misma y su posibilidad de participar en la dinámica del respeto mutuo que constituye a la coexistencia social. La pérdida del respeto por sí mismo y la pérdida del respeto por el otro involucrado en tales acciones, destruyen la identidad social y la dignidad individual de un ser humano como aspectos de su dinámica biológica, y surge en él o ella una desolación que sólo puede curarse a través de la recuperación del respeto por sí mismo y el respeto por el otro en la misma u otra nueva comunidad humana. La destrucción del respeto por sí mismo mediante el abuso corporal resulta en la aceptación de una situación de subordinación por el abusado. Pero, para que se dé la aceptación de la subordinación como una relación legítima, tanto por el abusador como por el abusado, ambos deben vivir en el espacio psíquico de la apropiación. Nosotros mantenemos que tal manera de vivir en nuestra cultura occidental surgió con el patriarcado en la manera que proponemos en este libro con el establecimiento de la vida pastoral. También pensamos que el que las mujeres hayan aceptado como una condición legítima de convivencia la dominación y abuso por el hombre en tanto patriarca, y hayan pasado a ser la fuente principal de servidumbre y esclavitud en nuestra cultura, es una consecuencia de la expansión del espacio psíquico del patriarcado a través de la apropiación de las mujeres patriarcales y no patriarcales en la guerra, y su subordinación mediante la sexualidad y el trabajo forzados. En otras palabras, pensamos que a través del emocionar de la apropiación el patriarcado crea el espacio psíquico que hace posible la destrucción de la colaboración fundamental de hombres y mujeres propia de la vida matrística. También pensamos que la servidumbre y esclavitud de la mujer surgen de hecho en la expansión del patriarcado, en la guerra y en la piratería que resulta del crecimiento de la población que trae consigo la valoración de la procreación que éste implica, y pensamos también, como proponemos en este libro, que la servidumbre y esclavitud de la mujer es secundaria al patriarcado, y no un factor generador de éste.

Pero, ¿cuál es la temporalidad del cambio cultural? El cambio cultural puede ser rápido o lento, el *tiempo* del cambio cultural no puede ser especificado *a priori*, y el cambio cultural ocurre sólo en tanto se da el cambio en el emocionar que asegura la conservación de la nueva red de conversaciones que constituye a la nueva cultura. ¿Cómo ocurre esto? Varía con las distintas circunstancias históricas, pero la conservación del nuevo emocionar debe ocurrir a través de los niños de la comunidad, de modo que el cómo vivimos con nuestros niños es a la vez tanto la fuente y el fundamento del cambio cultural, como el mecanismo que asegura la conservación de la cultura que se vive. Los seres humanos existimos en un dominio relacional que constituye nuestro espacio psíquico como el ámbito operacional en el que todo nuestro vivir biológico, toda nuestra fisiología, hace sentido como forma de vivir humano. El espacio psíquico, como el dominio en el que tiene lugar la existencia humana como el modo de relacionarse con otros y consigo mismo que tienen los seres humanos como seres que existen en el conversar, se aprende de hecho al vivir en él la multidimensionalidad del vivir humano viviendo como humano. Como hemos dicho, al niño no se le enseña el espacio psíquico de su cultura, él o ella se hace en él. El patriarcado es un modo de vivir, un espacio psíquico. Si queremos

recuperar la igualdad colaborativa de la relación hombre-mujer de la vida matrística, tenemos que generar un espacio psíquico neomatristico en el que hombres y mujeres surjan como iguales colaboradores en el vivir de hecho, sin esfuerzo, como simple resultado de su crecimiento como niños en ese espacio psíquico en el que las diferencias de sexo son sólo diferencias de sexo. Para que esto ocurra, debemos vivir como hombres y mujeres que viven como colaboradores iguales a través de una coinspiración en la que hombres y mujeres, mujeres y hombres, coparticipan en la creación de una convivencia mutuamente acogedora y liberadora que se prolonga desde la infancia a la vida adulta.

H. Maturana Romesin - Gerda Verden-Zöller

Referencias

- Maturana H.R., 1978 “*Biology of language: The epistemology of reality*”.
en *Psychology and biology of language and thought*,
pp. 27-63. Editado por George A. Miller y Elizabeth
Lenneberg.
- Maturana H.R., 1988 “*Ontología del conversar*”.
Revista Terapia Psicológica 7 (10); 15-21
Santiago de Chile.
- Maturana H.R., 1989 “*Lenguaje y realidad: el origen de lo humano*”.
Arch. Biol. Med. Exp. 22; 77-81
- Verden-Zöller C., 1978 *Materialien zur Gabi-Studie*.
Universität Bibliothek Salzburg, Wien.
- Verden-Zöller C., 1979 *Der imaginäre Raum*.
Universität Bibliothek Salzburg, Wien.
- Verden-Zöller C., 1982 *Feldforschung - bericht: Das Wolfstein -
Passauer - Mutter - Kind - Modell. Einführung in
die Ökopsychologie der frühen Kindheit*.
Archiv des Bayerischen Staatsministeriums für
Arbeit und Sozialordnung, München.

Conversaciones Matrísticas y Patriarcales*

Humberto Maturana Romesin

Contenidos:

Presentación

Introducción

¿Qué es una cultura?

Cambio cultural

Cultura matrística y cultura patriarcal

- a) Cultura patriarcal
- b) Cultura matrística

Emocionar

- a) Emocionar patriarcal
- b) Emocionar matrístico

Origen del patriarcado

Democracia

- a) Origen
- b) Ciencia y Filosofía
- c) Democracia ahora

Reflexiones finales

* La palabra matrístico está usada en el título y en el texto de este ensayo con el propósito de connotar una situación cultural en la que la mujer tiene una presencia mística que implica la coherencia sistémica acogedora y liberadora de lo maternal fuera de lo autoritario y lo jerárquico. La palabra matrístico, por lo tanto, es contraria a la palabra patriarcal, que significa lo mismo que la palabra patriarcal, en una cultura en la cual las mujeres tienen el rol dominante. En otras palabras, y como se verá a lo largo de este ensayo, la palabra matrístico está usada en él intencionalmente para referirse a una cultura en la cual hombres y mujeres pueden participar de un modo de vida centrado en una cooperación no jerárquica, precisamente porque la figura femenina representa la conciencia no jerárquica del mundo natural a que pertenecemos los seres humanos, en una relación de participación y confianza, no de control ni autoridad, y en la cual la vida cotidiana es vivida en una coherencia no jerárquica con todos los seres vivientes, aún en la relación predador-presa.

Presentación

Este ensayo es el resultado de varias inspiradas e iluminadoras conversaciones que he tenido con la Dra. Verden-Zöller, en las cuales aprendí mucho sobre la relación materno-infantil, y comencé a preguntarme por la participación del cambio emocional en el cambio cultural. Pero eso no es todo. Esas conversaciones me llevaron también a atender a las relaciones hombre-mujer de una manera independiente de las particularidades de la perspectiva patriarcal, y a ver cómo surgen en la constitución del espacio relacional del niño o niña en crecimiento. Por todo esto, le estoy agradecido y reconozco su participación en el origen de muchas de las ideas que este trabajo contiene.

Introducción

Este ensayo es una invitación a reflexionar sobre la clase de mundo que vivimos los seres humanos modernos, y a hacerlo a través de mirar los fundamentos emocionales de nuestro vivir. La vida humana, como toda vida animal, es vivida en el fluir emocional que constituye en cada instante el escenario básico desde el cual surgen nuestras acciones. Más aún, pienso que son nuestras emociones (deseos, preferencias, miedos, ambiciones...), lo que determina en cada instante lo que hacemos o no hacemos, no nuestra razón, y que cada vez que afirmamos que nuestra conducta es racional, los argumentos que esgrimimos en nuestra afirmación ocultan los fundamentos emocionales sobre los cuales ésta se apoya, así como aquellos desde los cuales surge nuestra supuesta conducta racional. Pienso, al mismo tiempo, que los miembros de distintas culturas viven, se mueven y actúan de manera distinta, llevados por configuraciones diferentes en su emocionar que determinan en ellos distintos modos de ver y no ver, distintos significados en lo que hacen y no hacen, distintos contenidos en sus simbolizaciones, y distintos cursos en su pensar, como modos distintos de vivir. Y, por esto mismo pienso también, que son los distintos modos de emocionar de las distintas culturas lo que de hecho las hace distintas como ámbitos de vida diferentes.

Finalmente, considero que si atendemos a los fundamentos emocionales de nuestra cultura, cualquiera que ésta sea, podremos entender mejor lo que hacemos y lo que no hacemos como miembros de ella, y, tal vez, al darnos cuenta de los fundamentos emocionales de nuestro ser cultural, podremos también dejar que nuestro entendimiento y nuestro darnos cuenta influencien nuestras acciones al cambiar nuestro emocionar con respecto a nuestro ser cultural.

¿Qué es una cultura?

Los seres humanos surgimos en la historia de la familia de primates bípedos a que pertenecemos, cuando el lenguaje como una manera de convivir en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, dejó de ser un fenómeno

ocasional, y al conservarse generación tras generación en un grupo de ellos, se hizo parte central de la manera de vivir que definió de allí en adelante a nuestro linaje. Esto es, y dicho más precisamente, pienso que el linaje a que pertenecemos como seres humanos, surgió cuando la práctica de la convivencia en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales que constituye al lenguajear, comenzó a ser conservada de manera transgeneracional, al ser aprendida, generación tras generación, como parte de la práctica cotidiana del convivir por las formas juveniles de ese grupo de primates. Más aún, pienso que al surgir el lenguajear como un modo de operar en el convivir, surgió necesariamente entrelazado con el emocionar, constituyendo de hecho al vivir en el lenguaje, en un convivir en coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones que yo llamo conversar (ver Maturana 1988). Por esto pienso que, en un sentido estricto, lo humano surgió cuando nuestros ancestros comenzaron a vivir en el conversar como una manera cotidiana de vivir que se conservó generación tras generación en el aprendizaje de los hijos.

Y pienso, también, que al surgir lo humano en la conservación transgeneracional del vivir en el conversar, todas las actividades humanas surgieron como conversaciones (redes de coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales entrelazadas con el emocionar), y que, por lo tanto, todo el vivir humano consiste en un vivir en conversaciones y redes de conversaciones. En otras palabras, lo que digo es que en tanto lo que nos constituye como seres humanos es nuestro existir en el conversar, todas las actividades y quehaceres humanos tienen lugar como conversaciones y redes de conversaciones, y que aquello que un observador dice que un *Homo sapiens sapiens* hace fuera del conversar, no es una actividad o hacer humano. Así, el cazar, el pescar, el atender un rebaño, el cuidado de los niños, la veneración, el construir casas, el hacer alfarería, la medicina... como actividades humanas son diferentes clases de conversaciones, y consisten como tales en distintas redes de coordinaciones de coordinaciones consensuales de acciones y emociones.

Las emociones preexisten al lenguaje en la historia del origen de la humanidad porque como distintos modos de moverse en la relación, son constitutivas de lo animal. Cada vez que los seres humanos distinguimos una emoción en nosotros o en otro animal, humano o no, hacemos una apreciación de las acciones posibles de ese ser, y las diferentes palabras que usamos para referirnos a diferentes emociones, denominan respectivamente los distintos dominios de acciones en que nosotros o los otros animales nos movemos o podemos movernos. Así, al hablar de amor, miedo, vergüenza, envidia, enojo... connotamos dominios de acciones diferentes, y actuamos en el entendimiento de que en cada uno de ellos un animal o persona sólo puede hacer ciertas cosas y no puede hacer otras. De hecho, yo mantengo que la emoción define a la acción, y que hablando en un sentido biológico estricto, lo que connotamos cuando hablamos de emociones, son distintas disposiciones corporales dinámicas que especifican en cada instante la acción que un cierto movimiento o una cierta conducta es. De acuerdo a

esto, yo mantengo que es la emoción bajo la cual tiene lugar o es recibida una conducta o un gesto lo que hace a esa conducta una acción u otra, como por ejemplo, una invitación o una amenaza. Se sigue de esto que si queremos comprender lo que sucede en cualquier conversación, tenemos que ver la emoción que especifica el dominio de acciones en el cual las coordinaciones de coordinaciones de acciones que la conversación implica tienen lugar. Por lo tanto, para entender lo que sucede en una conversación tenemos que prestar atención al entrelazamiento del emocionar y el lenguajear que ésta involucra. Más aun, tenemos que hacerlo dándonos cuenta de que el lenguajear tiene lugar en cada instante como parte de una conversación en progreso, o surge sobre un emocionar ya presente. Como resultado de esto, el significado de las palabras, esto es las coordinaciones de acciones y de emociones que ellas implican como elementos en el fluir del conversar a que pertenecen, cambia con el fluir del emocionar; y viceversa, el fluir del emocionar cambia con el fluir de las coordinaciones de acciones, y, por lo tanto, al cambiar el significado de las palabras, cambia el fluir del emocionar. Debido al continuo entrelazamiento del lenguajear y el emocionar que involucra el conversar, las conversaciones recurrentes estabilizan el emocionar que implican. Al mismo tiempo, debido a este mismo entrelazamiento del lenguajear y el emocionar, cambios en las circunstancias del vivir que cambian el conversar, implican cambios en el fluir del emocionar, tanto como en el fluir de las coordinaciones de acciones de aquellos que participan en esas conversaciones.

Ahora bien, ¿qué es una cultura desde esta perspectiva?

Yo mantengo que aquello que connotamos en la vida cotidiana cuando hablamos de cultura o de asuntos culturales, es una red cerrada de conversaciones que constituye y define una manera de convivir humano como una red de coordinaciones de emociones y acciones que se realiza como una configuración particular de entrelazamiento del actuar y el emocionar de la gente que vive esa cultura. Como tal, una cultura es constitutivamente un sistema conservador cerrado, que genera a sus miembros en la medida en que éstos la realizan a través de su participación en las conversaciones que la constituyen y definen. Se sigue de esto también, que ninguna acción particular, y que ninguna emoción particular, define a una cultura, porque una cultura como red de conversaciones es una configuración de coordinaciones de acciones y emociones.

En fin, de todo esto se sigue que diferentes culturas son distintas redes cerradas de conversaciones que realizan otras tantas maneras distintas de vivir humano, como distintas configuraciones de entrelazamiento del lenguajear y el emocionar. También se sigue, que un cambio cultural es un cambio en la configuración del actuar y el emocionar de los miembros de una cultura, y que como tal tiene lugar como un cambio en la red cerrada de conversaciones que originalmente definía a la cultura que cambia. Por último, debiera ser aparente por lo que acabo de decir, que los bordes de una cultura como manera de vivir son operacionales, y que surgen con su establecimiento y, al mismo tiempo, debiera ser también apa-

rente que la pertenencia a una cultura es una condición operacional, no una condición constitutiva o propiedad intrínseca de los seres humanos que la realizan, y que cualquier ser humano puede pertenecer a diferentes culturas en diferentes momentos de su vivir, según las conversaciones en las que él o ella participe en esos distintos momentos.

Cambio cultural

En la medida en que una cultura como manera de vivir humana es una red cerrada de conversaciones, una cultura surge tan pronto como en una comunidad humana comienza a conservarse una red particular de conversaciones como la manera de vivir de esa comunidad, y desaparece o cambia cuando tal red de conversaciones deja de ser conservada. Dicho de otra manera, en la medida en que una cultura como una red particular de conversaciones es una configuración particular de coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones (un entrelazamiento particular del lenguajear y el emocionar), una cultura surge cuando una comunidad humana comienza a conservar generación tras generación una nueva red de coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones como su manera propia de vivir, y desaparece o cambia cuando la red de conversaciones que la constituye deja de conservarse. Por lo tanto, para entender el cambio cultural, debemos ser capaces tanto de caracterizar a la red cerrada de conversaciones que como práctica cotidiana de coordinaciones de acciones y emociones entre los miembros de una comunidad particular constituyen la cultura que esa comunidad vive, como de reconocer las condiciones de cambio emocional bajo las cuales las coordinaciones de acciones de una comunidad pueden cambiar de modo que surja en ella una nueva cultura.

Cultura matrística y cultura patriarcal

Consideraré ahora dos casos particulares: uno, la cultura básica en la cual los seres humanos modernos occidentales estamos inmersos, la cultura patriarcal europea, el otro, la cultura que sabemos ahora (Gimbutas, 1982 y 1991) la precedió en Europa, y que vamos a llamar cultura matrística. Como tales, estas dos culturas constituyen dos modos diferentes de vivir las relaciones humanas, y, según lo dicho antes, las redes de conversaciones que las caracterizan realizan dos configuraciones de coordinaciones de coordinaciones de acciones y emociones distintas que abarcan todas las dimensiones de ese vivir.

A continuación, describiré estas dos culturas en términos más bien coloquiales, haciendo referencia al distinto operar en la vida cotidiana de sus miembros en el ámbito de las relaciones humanas, pero antes quiero hacer algunas consideraciones generales en relación a la vida cotidiana.

Yo pienso que la historia de la humanidad ha seguido y sigue un curso determinado por las emociones, y en particular por los deseos y preferencias. Son nuestros deseos y preferencias lo que en cualquier momento determina lo que hacemos o no hacemos, no la disponibilidad de lo que hoy connotamos al hablar de recursos naturales u oportunidades económicas, y que tratamos como condiciones del mundo cuya existencia sería independiente de nuestro hacer. Nuestros deseos y preferencias surgen en nosotros en cada instante en el entrelazamiento de nuestra biología y nuestra cultura, determinando en cada instante nuestras acciones, y, por lo tanto, qué constituye un recurso, qué constituye una posibilidad, o qué constituye una oportunidad en ese instante.

Más aún, yo sostengo que, siempre actuamos según nuestros deseos, aún cuando parece a veces que actuamos en contra de algo, o forzados por las circunstancias: siempre hacemos lo que queremos, ya sea directamente porque nos gusta hacer lo que hacemos, o indirectamente porque queremos las consecuencias de nuestra acciones aunque éstas no nos gusten. Y sostengo además, que si no comprendemos esto, no podemos comprender nuestro ser cultural, porque al no entender que nuestras emociones constituyen y guían nuestras acciones en nuestro vivir, no tenemos elementos conceptuales para entender la participación de nuestras emociones en lo que hacemos como miembros de una cultura, y no comprendemos el curso de nuestras acciones en ella. En fin, yo también mantengo que si no entendemos que el curso de las acciones humanas sigue el curso de las emociones, no podemos entender el curso de la historia de la humanidad.

Caracterizemos ahora a la cultura patriarcal y a la cultura matrística en términos de las conversaciones básicas que las constituyen a partir de cómo éstas aparecen en lo que hacemos en nuestra vida cotidiana.

a) Cultura patriarcal:

Los aspectos puramente patriarcales de la manera de vivir de la cultura patriarcal europea a la cual pertenece gran parte de la humanidad moderna, y que de aquí en adelante llamaré cultura patriarcal, constituyen una red cerrada de conversaciones caracterizada por las coordinaciones de acciones y emociones que hacen de nuestra vida cotidiana un modo de coexistencia que valora la guerra, la competencia, la lucha, las jerarquías, la autoridad, el poder, la procreación, el crecimiento, la apropiación de los recursos, y la justificación racional del control y de la dominación de los otros a través de la apropiación de la verdad.

Así, en nuestra cultura patriarcal hablamos de luchar en contra de la pobreza y el abuso cuando queremos corregir lo que llamamos injusticias sociales, o de luchar contra la contaminación cuando hablamos de limpiar el medio ambiente, o de enfrentar la agresión de la naturaleza cuando nos encontramos ante un fenómeno natural que constituye para nosotros un desastre, y vivimos como si todos nuestros actos requiriesen del uso de la fuerza, y como si cada ocasión para una acción fuese un desafío.

En nuestra cultura patriarcal vivimos en la desconfianza, y buscamos certidumbre en el control del mundo natural, de los otros seres humanos, y de nosotros mismos. Continuamente hablamos de controlar nuestra conducta o nuestras emociones, y hacemos muchas cosas para controlar la naturaleza o la conducta de otros, en el intento de neutralizar lo que llamamos fuerzas antisociales y naturales destructivas, que surgen de su autonomía.

En nuestra cultura patriarcal no aceptamos los desacuerdos como situaciones legítimas que constituyen puntos de partida para una acción concertada frente a un propósito común, y debemos convencernos y corregirnos unos a otros, y solamente toleramos al diferente en la confianza de que eventualmente podremos llevarlo a él o a ella por el buen camino que es el nuestro, o hasta que podamos eliminarlo o eliminarla bajo la justificación de que está equivocado.

En nuestra cultura patriarcal vivimos en la apropiación, y actuamos como si fuese legítimo establecer por la fuerza bordes que restringen la movilidad de los otros en ciertas áreas de acciones que antes de nuestra apropiación eran de su libre acceso. Más aún, hacemos esto mientras retenemos para nosotros el privilegio de movernos libremente en esas áreas, justificando nuestra apropiación de ellas mediante argumentos fundados en principios y verdades de las que también nos hemos apropiado. Así hablamos de recursos naturales en un acto que nos ciega frente a la negación del otro que nuestro deseo de apropiación implica.

En nuestra cultura patriarcal, repito, vivimos en la desconfianza de la autonomía de los otros, y estamos apropiándonos todo el tiempo del derecho a decidir lo que es legítimo o no para ellos en un continuo intento de controlar sus vidas. En nuestra cultura patriarcal vivimos en la jerarquía que exige obediencia, afirmando que una coexistencia ordenada requiere de autoridad y subordinación, de superioridad e inferioridad, de poder y debilidad o sumisión, y estamos siempre listos para tratar todas las relaciones, humanas o no, en esos términos. Así, justificamos la competencia, esto es, un encuentro en la mutua negación, como la manera de establecer la jerarquía de los privilegios bajo la afirmación de que la competencia promueve el progreso social al permitir que el mejor aparezca y prospere.

En nuestra cultura patriarcal estamos siempre listos a tratar a los desacuerdos como disputas o luchas, a los argumentos como armas, y describimos una relación armónica como pacífica, es decir, como la ausencia de guerra, como si la guerra fuese la actividad propiamente humana más fundamental.

b) Cultura Matrística*

La cultura matrística prepatriarcal europea, a juzgar por los restos arqueológicos encontrados en la zona del Danubio, los Balcanes y área Egea (ver Marija Gimbutas, 1982), debe haber estado definida por una red de conversaciones completamente diferente a la patriarcal. No tenemos acceso directo a tal cultura, pero pienso que la red de conversaciones que la constituía puede ser reconstruida a

partir de lo que es revelado en la vida cotidiana por aquellos pueblos que aún la viven, y por las conversaciones no patriarcales aún presentes en las mallas de la red de conversaciones patriarcales que constituye nuestra cultura patriarcal ahora. Así, pienso que debemos deducir a partir de los restos arqueológicos mencionados, que la gente que vivía en Europa entre siete y cinco mil años antes de Cristo, eran agricultores y recolectores que no fortificaban sus poblados, que no tenían diferencias jerárquicas entre las tumbas de los hombres y las mujeres, o entre las tumbas de los hombres, o entre las tumbas de las mujeres.

También podemos ver que esos pueblos no usaban armas como adornos, y que en lo que podemos suponer eran lugares ceremoniales místicos (de culto), depositaban principalmente figuras femeninas. Más aún, de esos restos arqueológicos podemos también deducir que las actividades cálticas (ceremoniales místicos) estaban centradas en lo sagrado de la vida cotidiana en un mundo penetrado por la armonía de la continua transformación de la naturaleza a través de la muerte y el nacimiento, abstraída bajo la forma de una diosa biológica en la forma de una mujer o de una combinación de mujer y hombre, o de mujer y animal.

¿Cómo vivía este pueblo matrístico? Los campos de cultivo y recolección no eran divididos, nada muestra que se pudiese hablar de la apropiación de ellos. Cada casa tenía un pequeño lugar ceremonial, además del lugar ceremonial de la comunidad. Las mujeres y los hombres se vestían de una manera muy similar a los vestidos que vemos en las pinturas murales minoicas de Creta. Todo indica que vivían penetrados del dinamismo armónico de la naturaleza evocado y venerado bajo la forma de una diosa, y que usaban el crecimiento y decrecimiento de la luna, la metamorfosis de los insectos, y las diferentes formas del vivir de las plantas y de los animales no para representar las características de la diosa como un ser personal, sino que para evocar esa armonía, aunque toda la naturaleza debe haber sido para ellos un continuo recordatorio de que todos los aspectos de su propio vivir compartían su presencia y estaban así preñados de sacralidad.

En la ausencia de la dinámica emocional de la apropiación, esos pueblos no pueden haber vivido en la competencia, pues las posesiones no eran elementos centrales de la existencia. Además, como bajo la evocación de la diosa madre los seres humanos eran, como todas las criaturas, expresiones de su presencia, y, por lo tanto, iguales, ninguno mejor que los otros, a pesar de sus diferencias, no pueden haber vivido en las acciones que excluían sistemáticamente a algunas personas del bienestar que surgía de la armonía del mundo natural. Pienso por todo esto, que el deseo de dominación recíproca no debe haber sido parte del vivir cotidiano de esos pueblos matrísticos, y que éste vivir debe haber estado centrado en la estética sensual de las tareas diarias como actividades sagradas, con mucho tiempo para contemplar y vivir el vivir su mundo sin urgencia.

El respeto mutuo, no la negación suspendida de la tolerancia o de la competencia escondida, debe haber sido su modo cotidiano de coexistencia en las múltiples tareas involucradas en el vivir de la comunidad. El vivir en una red armóni-

ca de relaciones, como aquella que evoca la noción de la diosa, no implica operaciones de control o concesiones de poder a través de la autonegación de la obediencia.

Finalmente, ya que la diosa constituía, como he dicho, una abstracción de la armonía sistémica del vivir, la vida no puede haber estado centrada en la justificación racional de las acciones que implican la apropiación de la verdad. Todo era visible ante la mirada inocente espontánea de aquellos que vivían, como algo constante y natural, en la continua dinámica de transformación de los ciclos de nacimiento y muerte. La vida es conservadora. Las culturas son sistemas conservadores porque son el medio en que se crían aquellos que las constituyen con su vivir al hacerse miembros de ellas al crecer participando en las conversaciones que las realizan.

Así, los niños de esa cultura matrística deben haber crecido en ella con la misma facilidad como nuestros niños crecen en nuestra cultura, y para ellos ser matrísticos en la estética de la armonía del mundo natural, debe haber sido natural y espontáneo. No hay duda de que tienen que haber habido ocasiones de dolor, de enojo, y agresión, pero ellos como cultura, a diferencia de nosotros, no vivían en la agresión, la lucha y la competencia, como aspectos definitorios de su manera de vivir, y el quedar atrapado en la agresión debe haber sido para ellos, por decir lo menos, de mal gusto.

A partir de esta manera de vivir podemos inferir que la red de conversaciones que definía a la cultura matrística no puede haber consistido en conversaciones de guerra, lucha, negación mutua en la competencia, exclusión y apropiación, autoridad y obediencia, poder y control, bueno y malo, tolerancia e intolerancia, y justificación racional de la agresión y el abuso. Al contrario, las conversaciones de dicha red tienen que haber sido conversaciones de participación, inclusión, colaboración, comprensión, acuerdo, respeto y coinspiración. No hay duda, de que la presencia de estas palabras en nuestro hablar moderno indica que las coordinaciones de acciones y emociones que ellas evocan o connotan también nos pertenecen a nosotros ahora.

Sin embargo, en nuestra cultura reservamos su uso para ocasiones especiales, porque no connotan para nosotros ahora nuestro modo general de vivir, o las tratamos como si evocasen situaciones ideales y utópicas, más adecuadas para los niños pequeños del jardín infantil que para la vida seria de los adultos, a menos que la usemos en esa situación tan especial que es la democracia.

El emocionar

A medida que crecemos como miembros de una cultura, crecemos en una red de conversaciones participando con los otros miembros de ella en una continua transformación consensual que nos sumerge en una manera de vivir que nos hace, y se nos hace espontáneamente natural. Allí, en la medida en que adquirimos nuestra identidad individual y nuestra conciencia individual y social (ver

Verden-Zöllner 1978, 1979, 1982), seguimos como algo natural el emocionar de nuestras madres y de los adultos con los cuales convivimos, aprendiendo a vivir el flujo emocional de nuestra cultura que hace a todas nuestras acciones, acciones propias de ella.

En otras palabras, nuestras madres nos enseñan, sin saber que lo que hacen, y nosotros aprendemos de ellas, en la inocencia de una coexistencia no reflexionada, el emocionar de su cultura, simplemente viviendo con ellas. El resultado es, que una vez que hemos crecido miembros de una cultura particular, todo en ella nos resulta adecuado y evidente, y, sin que nos demos cuenta, el fluir de nuestro emocionar (de nuestros deseos, preferencias, rechazos, aspiraciones, intenciones, elecciones...) guía nuestro actuar en las circunstancias cambiantes de nuestro vivir de manera que todas nuestras acciones son acciones que pertenecen a esa cultura.

Esto, insisto, simplemente nos pasa, y en cada instante de nuestra existencia como miembros de una cultura hacemos lo que hacemos en la confianza de su legitimidad a menos que reflexionemos..., que es precisamente lo que estamos haciendo en este momento. Y, haciéndolo entonces ahora, aunque sólo sea de una manera somera, miremos tanto en el emocionar de la cultura patriarcal europea como de la cultura matrística prepatriarcal, el hilado fundamental de las coordinaciones de acciones y emociones que constituyen las respectivas redes de conversaciones que las definen.

Sin embargo, aún así nuestra cultura presente tiene sus propias fuentes de conflicto porque está fundada en el fluir de un emocionar contradictorio que nos lleva al sufrimiento o a la reflexión. En efecto, el crecimiento del niño o niña en nuestra cultura patriarcal europea pasa por dos fases oponentes.

La primera tiene lugar en la infancia del niño o niña, mientras él o ella entra en el proceso de hacerse humano y crecer como miembro de la cultura de su madre, en un vivir centrado en la biología del amor como el dominio de las acciones que constituyen al otro como legítimo otro en coexistencia con uno, en un vivir que los adultos desde la cultura patriarcal en que están inmersos ven como un paraíso, como un mundo irreal de confianza, tiempo infinito y despreocupación.

El segundo comienza cuando el niño o niña es empujado o llevado a entrar "en el mundo real", en la vida adulta, y comienza a vivir una vida centrada en la lucha y la apropiación en el continuo juego de las relaciones de autoridad y subordinación. La primera fase de su vida, el niño o niña la vive como una danza gozosa en la estética de la coexistencia armónica propia de la coherencia sistémica de un mundo que se configura desde la cooperación y el entendimiento.

La segunda fase de su vida en nuestra cultura patriarcal europea, es vivida por el niño o niña que entra en ella, o por el adulto que ya se encuentra allí, como un continuo esfuerzo por la apropiación y el control de la conducta de los otros, luchando siempre en contra de nuevos enemigos, y, en particular, hombres y mu-

jeros entran en la continua negación recíproca de su sensualidad y de la sensualidad y ternura de la convivencia. Los emocionales que guían estas dos fases de nuestra vida patriarcal europea son tan contradictorios, que se oscurecen mutuamente. Lo corriente es que el emocionar adulto predomine en la vida adulta hasta que la siempre presente legitimidad biológica del otro se hace presente. Cuando esto pasa, comenzamos a vivir una contradicción emocional que procuramos sobrellevar a través del control o la autodominación, o transformándola en literatura escribiendo utopías, o aceptándola como una oportunidad para una reflexión que vivimos como un proceso que nos lleva a generar un nuevo sistema de exigencias dentro de la misma cultura patriarcal, o a abandonar el mundo refugiándonos en la desesperanza, o a volvernos neuróticos, o a vivir una vida matrística en la biología del amor.

b) Emocionar matrístico

La infancia temprana en una cultura matrística prepatriarcal europea no puede haber sido muy diferente de la infancia en nuestra cultura actual. De hecho pienso, que la infancia temprana como fundamento biológico de nuestro hacernos humanos al crecer en lenguaje, no puede ser muy diferente en las diferentes culturas sin interferir con el proceso normal de socialización del niño.

La emoción que constituye la coexistencia social es el amor, esto es, el dominio de aquellas acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en coexistencia con uno, y nosotros, los seres humanos, nos hacemos seres sociales desde nuestra infancia temprana en la intimidad de la coexistencia social con nuestras madres. Así, el niño que no vive su infancia temprana en una relación de total confianza y aceptación en un encuentro corporal íntimo con su madre, no se desarrolla propiamente como un ser social bien integrado (ver Verden-Zöller, 1978, 1979, 1982).

De hecho, es la manera en que se vive la infancia, y la manera en que se pasa de la infancia a la vida adulta, en relación con la vida adulta de cada cultura, lo que hace la diferencia en las infancias de las distintas culturas. Por todo lo que sabemos de las culturas matrísticas en diferentes partes del mundo, podemos suponer que los niños de la cultura prepatriarcal matrística europea accedían a su vida adulta sumergidos en el mismo emocionar de su infancia, esto es, en la aceptación mutua y en el compartir, en la cooperación, en la participación, en el autorrespeto y la dignidad, en un convivir social que surge y se constituye en el vivir en respeto por sí mismo y por el otro.

Sin embargo, tal vez se pueda decir algo más. La vida adulta de la cultura matrística prepatriarcal europea no puede haber sido vivida como una continua lucha por la dominación y el poder, y no puede haber sido vivida de esa manera, porque la vida no estaba centrada en el control y la apropiación. Si miramos a las figuras ceremoniales de la diosa matrística en sus varias formas podemos verla a ella como una presencia, una corporización, un recordatorio y una evocación del

reconocimiento de la armonía dinámica de la existencia. Descripciones de ella en los términos de poder o autoridad o dominación, no se aplican y revelan una mirada a la diosa desde el patriarcado. Las figuras que la muestran antes de la cultura patriarcal como una mujer desnuda con rasgos de pájaros o de serpientes, o simplemente como un cuerpo femenino grueso o voluminoso con cuello y cabeza con las características de un falo, o sin rostro y con las manos apenas sugeridas, muestran, pienso, la conectividad y armonía de la existencia de un vivir que no estaba centrado en la manipulación ni en la reafirmación de un yo.

En la cultura matrística prepatriarcal europea la vida humana tiene que haberse vivido como parte de una red de procesos cuya armonía no dependía exclusiva o primariamente de ningún proceso particular. El pensamiento humano tiene que haber sido entonces naturalmente sistémico, manejando un mundo en el que nada era en sí o por sí mismo, y en el que todo era lo que era en sus conexiones con todo lo demás. El niño debe haber crecido hacia la vida adulta con o sin ritos de iniciación, accediendo a un mundo más complejo que el propio de su infancia, con nuevas actividades y responsabilidades en la medida en que su mundo se expandía, pero siempre en la feliz participación en un mundo que estaba totalmente presente en cualquier aspecto de su vivir. Más aún, los pueblos matrísticos europeos prepatriarcales tienen que haber vivido una vida de responsabilidad total en la conciencia de la pertenencia a un mundo natural. La responsabilidad tiene lugar cuando se es consciente de las consecuencias de las propias acciones y uno actúa aceptando esas consecuencias, cosa que inevitablemente pasa cuando uno se reconoce como parte intrínseca del mundo en que uno vive.

El pensamiento patriarcal es esencialmente lineal y tiene lugar en un trasfondo de apropiación y control, y fluye primariamente orientado hacia la obtención de algún resultado particular porque no atiende primariamente a las interacciones de la existencia. Por esto, el pensamiento patriarcal es sistemáticamente irresponsable. El pensamiento matrístico, por el contrario, tiene lugar en un trasfondo de conciencia de la interconectividad de toda la existencia, y por lo tanto, no puede sino vivirse continuamente en el entendimiento implícito de que todas las acciones humanas tienen siempre consecuencias en la totalidad de la existencia.

En consecuencia, en la medida en que el niño se hacía adulto en la cultura matrística europea prepatriarcal, él o ella tiene que haber vivido la continua expansión de la misma manera de vivir: armonía en el convivir, participación, e inclusión en un mundo y una vida que estaban permanentemente bajo su cuidado y responsabilidad. Nada indica que la cultura matrística europea prepatriarcal se haya vivido con una contradicción interna como la que vivimos en nuestra cultura patriarcal europea actual. La diosa no era un poder o un gobernante sobre los distintos aspectos de la naturaleza que debía ser obedecida en la autonegación, como podemos inclinarnos a pensar desde la perspectiva de nuestra manera de vivir patriarcal centrada en la autoridad y la dominación. Ella era en el pueblo matrístico prepatriarcal europeo la corporización de una evocación mística del darse cuenta de la coherencia sistémica natural que existe entre todas las cosas, así

como de su abundancia armónica, y los ritos realizados en relación a ella tienen que haberse vivido como recordatorios místicos de la continua participación y responsabilidad humana en la conservación de esa armonía.

El sexo y el cuerpo eran aspectos naturales de la vida, no fuentes de vergüenza u obscenidad, y la sexualidad tiene que haberse vivido en la interconectividad de la existencia no primariamente como una fuente de procreación, sino que como una fuente de placer, sensualidad y ternura en la estética de la armonía de un vivir en el que la presencia de todo tenía su legitimidad a través de su participación en la totalidad. Las relaciones humanas no eran relaciones de control o dominación, sino que relaciones de congruencia y cooperación, no en la realización de un gran plan cósmico, pero sí en un vivir interconectado en el cual la estética y la sensualidad eran su expresión normal.

Para esa manera de vivir, un dolor ocasional, un sufrimiento circunstancial, una muerte inesperada, un desastre natural, eran rupturas de la armonía normal de la existencia y una llamada de atención frente a una distorsión sistémica que surgía a través de una ceguera humana que ponía a toda la existencia en peligro.

El vivir de esa manera requiere una apertura emocional a la legitimidad de la multidimensionalidad de la existencia que sólo la biología del amor proporciona. La vida matrística europea prepatriarcal, estaba centrada, como el origen mismo de la humanidad, en el amor, y en ella la agresión y la competencia eran fenómenos ocasionales, no modos cotidianos del vivir.

Origen de nuestra cultura patriarcal

Pero, si la cultura matrística europea prepatriarcal estaba centrada en el amor y en la estética, en la conciencia de la armonía espontánea de todo lo vivo y lo no vivo en su continuo fluir de ciclos entrelazados de transformación de vida y muerte, ¿cómo pudo surgir la cultura patriarcal como una cultura centrada en la apropiación, la jerarquía, la enemistad, la guerra, la lucha, la obediencia, la dominación y el control? La arqueología nos muestra que la cultura prepatriarcal europea fue brutalmente destruida por pueblos pastores patriarcales, que ahora llamamos indo-europeos, que venían desde el Este, unos 7000 a 6000 años atrás. Según esto, el patriarcado no se originó en Europa, aún cuando el patriarcado indo-europeo que invadía Europa, fue transformado en el patriarcado europeo a través de sus encuentros con las culturas matrísticas preexistentes allí. En otras palabras, el patriarcado fue traído a Europa por pueblos invasores cuyos ancestros se habían hecho patriarcales a través de su propia historia de cambio cultural en alguna otra parte, de manera independiente de las culturas matrísticas europeas. Mi propósito en esta sección es reflexionar sobre cómo pudieron darse los cambios culturales que dieron origen al patriarcado en nuestros ancestros indo-europeos.

Como he dicho en una sección anterior, pienso que una cultura es una red cerrada de conversaciones conservada como una manera de vivir en un sistema

de comunidades humanas, y que para comprender como puede tener lugar el cambio cultural, es necesario mirar las circunstancias que pueden haber dado origen a un cambio en la red de conversaciones que constituye a la cultura en cambio. Más aún, también he dicho que para que se produzca un cambio cultural, el emocionar fundamental que constituye los dominios de acciones de la red de conversaciones que hace a la cultura en cambio, debe cambiar, y que sin cambio en el emocionar, no hay cambio cultural. En otras palabras, yo pienso que para comprender como una cultura particular puede haber cambiado en la historia humana, debemos reconstruir el conjunto de circunstancias bajo las cuales la nueva configuración de emocionar que constituye los fundamentos de la nueva cultura, puede haber comenzado a conservarse de manera transgeneracional como el fundamento de una nueva red de conversaciones en una comunidad humana particular que originalmente no la vivía. Tal comunidad humana puede haber sido tan pequeña como una familia, y el nuevo emocionar no tiene que haber sido inicialmente nada especial.

De hecho, yo pienso que en el origen de una nueva cultura, el nuevo emocionar surge como una variación ocasional y trivial en el emocionar cotidiano propio de la vieja cultura. Más aún, pienso que en este proceso la nueva cultura surge cuando la presencia del nuevo emocionar contribuye a la realización de las condiciones que hacen su ocurrencia posible en el vivir cotidiano, lo que resulta en que el nuevo emocionar comienza a conservarse transgeneracionalmente como un nuevo modo corriente de vivir en la comunidad en un cambio que es aprendido simplemente de hecho por los jóvenes y los recién llegados, mientras viven como miembros de esa comunidad.

En fin, en términos generales, ya que un linaje, sea este biológico o cultural, se establece a través de la conservación transgeneracional en una manera de vivir a medida que ésta se practica de hecho por los jóvenes de la comunidad mientras viven como miembros de ella, cualquier variación ocasional de la manera de vivir corriente de una comunidad particular que comienza a ser conservada transgeneracionalmente, constituye un cambio que da origen a un nuevo linaje. El que el nuevo linaje persista o no, evidentemente depende de otras circunstancias que tienen que ver con las consecuencias de la conservación de la nueva manera de vivir. Lo que cabe destacar en este momento en relación a esto, sin embargo, es que el surgimiento de un nuevo linaje sólo puede ocurrir como una variación en torno a la manera de vivir ya establecida, que, al conservarse de manera transgeneracional, constituye y define al nuevo linaje.

En el caso particular de las culturas como linajes humanos de maneras de convivir, se produce un cambio en una comunidad humana particular sólo cuando una nueva manera de vivir como una red de conversaciones comienza a conservarse de manera transgeneracional, y eso comienza a suceder cada vez que una configuración en el emocionar, y, por lo tanto, una nueva configuración en el actuar, comienza a ser parte de la manera corriente de incorporación cultural de los niños de esa comunidad.

Esto es lo que tiene que haber ocurrido en la transformación de la manera de vivir que dio origen a la cultura patriarcal indo-europea cuando el emocionar que fundó lo que constituyó la manera típica de vivir en la apropiación, la enemistad, las jerarquías y el control, la autoridad y la obediencia, la victoria y la derrota, después de aparecer como un rasgo ocasional de la manera de vivir en alguna de la comunidades ancestrales, comenzó a conservarse generación tras generación, como un simple resultado del aprendizaje espontáneo de los niños miembros de esa comunidad. Imaginemos ahora cómo puede haber ocurrido ésto de hecho.

Entre los pueblos paleolíticos, fundamentalmente matrísticos, que vivían en Europa hace más de 20.000 años, hubo algunos que se hicieron sedentarios recolectores, agricultores, y otros que se movieron hacia el Este, hacia Asia, siguiendo las migraciones anuales de manadas de animales silvestres, como los Lapones lo han estado haciendo con los renos hasta tiempos muy recientes o quizás aún ahora. Estas comunidades humanas que seguían a los animales en sus migraciones, no eran pastores porque no poseían a estos animales. Estas comunidades humanas no poseían a los animales de los cuales vivían, porque no ponían límites a su movilidad que restringiese de manera fundamental el acceso a ellos de otros animales, como los lobos, que se alimentaban también de ellos como parte de su vivir silvestre natural. En la ausencia de tal restricción, el lobo permanecía como un comensal con derechos de alimentación no cuestionados, aunque fuese ocasionalmente amenazado para que se moviese a comer un poco más allá.

En otras palabras, yo propongo que en aquellos tiempos lejanos, nuestros ancestros matrísticos en el origen del patriarcado, no eran pastores porque no restringían el acceso de otros animales a las manadas de las cuales ellos mismos se alimentaban, y propongo que ellos no hacían eso porque el emocionar de la apropiación no era parte de su vivir cotidiano. La crianza de animales domésticos en el hogar implica una manera de vivir completamente distinta del pastoreo, entre otras cosas porque es el cuidado y la atención en la cercanía del hogar, no la apropiación, lo propio del emocionar que lo define.

Por lo tanto, mantengo que la cultura del pastoreo, esto es, la red de conversaciones que constituye el pastoreo, surge cuando los miembros de una comunidad humana que vive siguiendo alguna manada particular de animales migratorios, comienza a restringir el acceso a ellos de otros comensales normales como el lobo, y lo hacen no sólo de una manera ocasional, sino que como una práctica cotidiana que se conserva transgeneracionalmente a través del aprendizaje corriente y espontáneo de los niños que crecen como miembros de esa comunidad. Más aún, también mantengo que el pastoreo, como modo de vivir, no puede haber surgido sin el cambio en el emocionar que lo hace posible como modo de vivir, y que ese cambio en el emocionar, tiene que haber surgido en el proceso mismo en que se comenzó a vivir de esa manera. Usualmente no vemos esta interdependencia entre el cambio en el emocionar y el cambio cultural, porque no estamos corrientemente conscientes de que toda cultura como una red de conversaciones es un modo particular de entrelazamiento del lenguaje y el emocio-

nar. Además, no es fácil para nosotros seres humanos patriarcales modernos comprender el cambio en el emocionar implicado en la adopción de alguna nueva manera de vivir porque estamos acostumbrados a explicar lo que hacemos o lo que nos sucede con argumentos racionales que excluyen la mirada sobre el emocionar. Pero, lo que no es raro es la observación de que una persona puede vivir una gran transformación en su emocionar en relación a algún cambio de su manera de vivir.

En efecto, estos cambios en el emocionar ocurren con frecuencia cuando hay cambios de trabajo, o cambios de situación económica, o cambios en el ámbito de lo místico. Cuando suceden estos cambios en el emocionar uno frecuentemente piensa, éstos son una consecuencia del cambio de trabajo o del cambio de las condiciones de vida. Yo pienso que esto no es así, pienso que es el cambio en el emocionar lo que hace posible las circunstancias de vida en las cuales tiene lugar el cambio de trabajo, o el cambio de situación económica, o el cambio en el vivir místico, y que cuando sucede, los dos procesos, cambio de manera de vivir y cambio en el emocionar, tienen lugar de una manera en que se implican y apoyan mutuamente, y van juntos tan pronto comienzan. De modo que yo pienso que si queremos comprender cómo ha ocurrido un cambio de cultural histórico, tenemos que imaginar las condiciones del vivir que hicieron posible el cambio en el emocionar bajo el cual tuvo lugar tal cambio en el vivir, que dio origen a la nueva red de conversaciones que comenzó a conservarse de allí en adelante.

Volvamos ahora sobre lo que yo pienso que tiene que haber pasado en la adopción del modo de vida pastor por nuestros ancestros indo-europeos pre-patriarcales. El primer paso tiene que haber sido la operación inconsciente que constituye a la apropiación, esto es, el establecimiento de un borde operacional que negó al lobo el acceso a su alimento natural que eran los animales de la misma manada de la que vivía la familia que comenzó tal exclusión. La implementación de tal borde operacional tiene que haber llevado pronto o tarde a matar al lobo. El matar a un animal no era una cosa novedosa seguramente para nuestros ancestros. El cazador toma la vida del animal que se va a comer. Pero, tomar la vida de un animal que uno va a comer, y tomar la vida de un animal al que uno le restringe su acceso a su alimento natural, y hacer esto de manera sistemática, son acciones que surgen bajo emociones muy diferentes. En el primer caso, en el caso del cazador, el cazador o la cazadora realiza un acto sagrado, un acto propio de las coherencias del vivir en el que una vida es tomada para que otra vida pueda continuar. En el segundo caso, el que mata lo hace dirigiéndose directamente a tomar la vida del animal que mata, y esa matanza no es un caso en el cual una vida es tomada para que otra pueda continuar sino que es el caso en el que una vida es tomada para conservar una posesión que queda definida como posesión en ese mismo acto.

Las emociones que constituyen a estos dos actos como acciones totalmente diferentes, son completamente opuestos. En el primer caso, el animal cazado es un ser sagrado que es muerto como parte de la armonía de la existencia; en este

caso el cazador o la cazadora que toma la vida del animal cazado está agradecido. En el segundo caso, el animal cuya vida se toma es una amenaza para un orden artificial que la persona que se transforma en pastor crea en ese acto, y la persona que toma la vida del animal muerto en esas circunstancias, esta orgullosa. En lo que sigue, hablaré de cacería, solamente para referirnos al primer caso, para referirnos al segundo caso hablaré de matar o asesinar. Pero, nótese que tan pronto como las emociones que constituyen estas dos acciones se hacen aparentes, también se hace aparente que en la acción de caza el animal cazado es un amigo, mientras que en la acción de matar el animal muerto es un enemigo.

De hecho, yo pienso que con el origen del pastoreo surgió el enemigo como aquél cuya vida la persona que se ha vuelto pastor quiere destruir para asegurar el nuevo orden que instala a través de ese acto que configura la defensa de algo que se transforma en posesión en ese mismo acto de defensa. Esto es, yo mantengo que la vida pastoril de nuestros ancestros surgió cuando una familia que vivía siguiendo los movimientos libres de alguna manada silvestre, adoptó el hábito de impedir a otros animales que eran comensales naturales, su acceso libre a dicha manada, y que en este proceso este hábito se transformó en una característica conservada transgeneracionalmente como modo de vivir cotidiano de esa familia. Más aún, yo sostengo que la adopción de este hábito en una familia tiene que haber involucrado, como un rasgo de ese mismo proceso, cambios adicionales en el emocionar que llevaron a incluir, junto con el emocionar de la apropiación, a otras emociones como la enemistad, la valorización de la procreación, así como la asociación de la sexualidad de las mujeres con ella, el control de la sexualidad de las mujeres como procreadoras por el patriarca, el control de la sexualidad del hombre por la mujer como posesión, y la valorización de las jerarquías y la obediencia, como característica intrínsecas de la red de conversaciones que constituyó el modo de vida pastoral.

Finalmente, también mantengo que debido a la manera humana de generalizar el entendimiento, la red de conversaciones que constituyó a la vida pastora patriarcal se hizo la red de conversaciones que constituyó al patriarcado como una manera de vivir independientemente del pastoreo bajo la forma de una red de conversaciones que traen a la mano:

- a) relaciones de apropiación y exclusión, enemistad y guerra, jerarquía y subordinación, poder y obediencia;
- b) relaciones con el mundo natural que se han desplazado desde la confianza activa en la armonía espontánea de toda existencia, a la desconfianza activa en aquella armonía, y un deseo por la dominación y el control;
- c) relaciones con el vivir que se han desplazado desde la confianza en la fertilidad espontánea de un mundo sagrado que existe en la legitimidad de una abundancia armónica que tiene lugar en la congruencia y balance natural de todas las maneras de vivir, a la búsqueda ansiosa de la seguridad que trae consigo la abundancia unidireccional que se obtiene al valorar la procreación, la apropiación y el crecimiento sin límites;

- d) relaciones de existencia mística que se han desplazado, desde una aceptación original en la participación en la unidad de lo vivo a través de una experiencia de pertenencia en una comunidad humana que se extiende a la totalidad de lo viviente, hacia un deseo de abandonar la comunidad de lo viviente a través de una experiencia de pertenencia en una unidad cósmica que conforma un dominio de espiritualidad invisible que trasciende lo vivo.

Volvamos nuevamente a mi proposición de cómo la cultura patriarcal indoeuropea puede haberse originado, y de cómo nuestra cultura patriarcal europea moderna puede haber derivado de ella. Para hacer esto, procederé a reconstruir la historia, considerando las varias transformaciones que yo pienso tienen que haber ocurrido en ese proceso.

Los miembros de una pequeña comunidad humana (que puede haber sido una familia, y entiendo por familia un grupo de adultos y niños que funciona como una unidad de convivencia) que vivían siguiendo alguna manada de animales migratorios, rechazaban ocasionalmente a los lobos que se alimentaban de esa manada. Mientras este corretear a los lobos fue un suceso ocasional, y éstos no eran muertos, no tuvo lugar ningún cambio fundamental en el emocionar de los miembros de esa comunidad. Sin embargo, cuando el rechazar, corretear o perseguir a los lobos de modo que éstos no se alimentasen de la manada se transformó en una práctica cotidiana aprendida por los niños generación tras generación, se produjo, entrelazado con esa práctica, un cambio básico en el emocionar de los miembros de esa comunidad, y surgió un modo de vivir en la protección de la manada, esto es, un modo de vivir que involucraba el emocionar de la apropiación y la defensa de aquello que se había apropiado. En la medida en que esta manera de emocionar comenzó a ser conservada, generación tras generación al aprender los niños de la comunidad a vivir en las acciones que negaban al lobo su acceso normal a la manada, otras emociones aparecieron que también comenzaron a conservarse transgeneracionalmente.

Así, en la medida en que se empezó a perseguir al lobo para impedirle su acceso a su alimentación normal, surgió la inseguridad a través de la pérdida de confianza que traía consigo la continua atención que había que tener en las conductas de protección de la manada frente al lobo que había sido excluido como comensal natural. Más aún, cuando el emocionar de la inseguridad surgió, la seguridad empezó a ser vivida como la total exclusión del lobo a través de la muerte. Pero, en la medida que estos cambios en el emocionar y en el actuar tenían lugar, otro cambio en el emocionar debe haber surgido que constituyó un cambio básico nuevo en la manera de vivir de la comunidad, a saber, la enemistad como un deseo recurrente de negar a un otro en particular. Y cuando la enemistad surgió, surgió el enemigo, y con él los instrumentos de caza que se usaron para matar al lobo como un enemigo, se transformaron en armas*.

* Notemos, casi como una reflexión aparte, que en los mitos patriarcales el lobo es el gran enemigo. Se dice, cruel o sanguinario como un lobo, pero el lobo no lo es. El lobo en su vida silvestre no ataca al ser humano, lo que busca es a los animales de los que se alimenta en su vivir ancestral y que el ser humano protege en su pastoreo. Es en el surgimiento del patriarcado que el lobo surge como enemigo en un proceso que se asocia a la pérdida de confianza en el mundo natural que éste conlleva.

Pero, ¿qué implican los cambios de la manera de vivir recién mencionada? Reflexionemos un momento. Una cultura como una manera de vivir es una red de conversaciones que es transgeneracionalmente conservada como un núcleo de coordinaciones consensuales de coordinaciones consensuales de acciones y emociones alrededor del cual nuevas acciones y nuevas emociones pueden aparecer. Cuando estas nuevas acciones y nuevas emociones comienzan también a ser conservadas transgeneracionalmente en la red de conversaciones que define a esa comunidad, tiene lugar un cambio cultural. Las acciones y emociones humanas pueden ser como tales las mismas en muchos dominios diferentes de existencias (o del hacer), y lo que uno aprende en un dominio de existencia (o del hacer), puede ser fácilmente transferido a otro.

Así, una vez que las conversaciones de enemistad y apropiación fueron aprendidas en la vida pastoril, ellas pudieron ser vividas en otros dominios de existencias y pudieron tener lugar en relación a otras entidades tales como la tierra, las ideas, o las creencias, al surgir las circunstancias apropiadas del vivir. Asimismo, aunque la apropiación y la enemistad pudieron haber comenzado como aspectos del emocionar del hombre, si fue el hombre quien empezó el pastoreo en los términos que hemos señalado, nada restringe este emocionar solamente a los hombres.

El patriarcado como manera de vivir no es una característica del ser del hombre, es una cultura, y por lo tanto, es un modo de vivir totalmente vivible por ambos sexos. Hombres y mujeres, pueden ser patriarcales así como hombres y mujeres pueden ser, y han sido, matrísticos.

Continuemos ahora con nuestra reconstrucción del origen del patriarcado indo-europeo y del patriarcado europeo moderno. En la medida que la vida pastoril se mantuvo en el cuidado de los animales apropiados y en la defensa contra el lobo, quien había sido convertido en enemigo, se perdió la confianza en la coherencia y armonía natural de la existencia, y la seguridad en la disponibilidad de los medios de vida comenzó a ser una preocupación satisfecha a través del crecimiento de la manada o del rebaño bajo el cuidado del pastor. En este proceso, deben haberse producido tres cambios adicionales en la dinámica del emocionar de nuestros ancestros que se conservaron transgeneracionalmente, a saber: el deseo constante por más en una acumulación interminable de cosas que daban seguridad; la valorización de la procreación como una manera de obtener seguridad a través del crecimiento del rebaño o manada; y el temor a la muerte como una fuente de dolor y de pérdida total. Como resultado de este nuevo emocionar, la fertilidad dejó de ser vivida como coherencia y armonía de la abundancia natural de todas las formas de vida en la dinámica cíclica espontánea de nacimiento y muerte, y empezó a ser vivida como la procreación y el crecimiento que da seguridad.

La vida al interior de la familia pastoril debe haber cambiado de una manera coherente con lo anterior. La participación del hombre en la procreación que hasta aquí era vista como parte de la armonía de la existencia, debe haber empe-

zado a ser asociada con la apropiación de los hijos, de la mujer y de la familia, y la sexualidad de la mujer debe haberse convertido en una propiedad del hombre que engendraba sus hijos. Como consecuencia, los niños y las mujeres perdieron su libertad ancestral para convertirse en propiedad, y las mujeres de las familias pastoriles, a través de la asociación de su sexualidad con la procreación, junto con las hembras de la manada se convirtieron en una fuente de riqueza.

Finalmente, en la medida en que en esta transformación cultural la apropiación por el pastor de la vida sexual de la mujer tuvo lugar junto con la apropiación de sus hijos y con la valorización de la procreación, la familia pastoril se transformó en una familia patriarcal, y el hombre pastor se convirtió en patriarca. Pero, esta transformación de la manera de vivir, en la que una familia nómada comensal de alguna manada migratoria de animales silvestres pasó a ser pastora, tuvo una consecuencia fundamental, a saber, la explosión demográfica animal y humana.

De hecho, la valorización de la procreación implica acciones que abren la puerta al crecimiento exponencial de la población debido a que tal valoración se opone a cualquier acción de regulación de los nacimientos y del crecimiento de la población que la noción matrística de fertilidad, como la coherencia sistémica de todos los seres vivos en sus continuos ciclos de vida o muerte, permite.

No debemos olvidar, sin embargo, que estos cambios culturales, como cambios en la red de conversaciones que constituían la manera de vivir de la familia en cambio, surgen de cambios en el emocionar y en las coordinaciones de acciones que deben haber tenido lugar inicialmente en la armonía del diario vivir. O sea, esos cambios tienen que haber ocurrido a través de la transformación armónica de una forma conservadora de vivir que implicaba de manera natural a todos los miembros de la familia, en otra que también los implicó de una manera natural.

Así, mientras las mujeres y niños juntos con los hombres se volvían patriarcales en el proceso de llegar a ser pastores, la biología del amor debe haber continuado a la base de su estar juntos como una familia en transformación en la que hombres y mujeres no estaban en una oposición constitutiva, y en la que los niños crecían en la intimidad de una relación materno infantil de espontánea aceptación y confianza. El hombre no tenía dudas ni contradicciones básicas en sus relaciones con las mujeres y los niños que constituían su familia, ni éstos en sus relaciones con él, y los cambios fundamentales que fueron ocurriendo en la transformación que dio origen a la familia patriarcal pastoril deben haber ocurrido como proceso imperceptible para la misma familia en transformación.

En otras palabras, el cambio en el emocionar dentro de la familia con respecto a la movilidad y autonomía de las mujeres y los niños que fue ocurriendo en la familia patriarcal pastoril emergente, no fue visible dentro de la familia cambiante, debido a que los hombres, las mujeres y los niños, llegaron a ser patriarcales en ella sin conflicto. En este proceso la vida de los niños cambió de la infancia a la vida adulta en un proceso en el que el emocionar de la vida adulta surgió como

una transformación del emocionar de la infancia, y no como una negación de lo infantil y lo femenino por el hombre, de modo que esa transformación tiene que haberse vivido en la familia patriarcal emergente con inocencia.

También debemos darnos cuenta, de que estos cambios en el emocionar y el actuar, aún cuando dieron origen en la familia patriarcal a una forma de vivir completamente diferente a la forma de vivir de la familia matrística original, ocurrieron como procesos que sucedieron sin reflexión, fuera de cualquiera intencionalidad, en el simple fluir de la vida diaria. Así, en tanto el hombre que comenzó a actuar en la protección diaria de la manada aprendió a hacerlo matando eventualmente al lobo, las mujeres y los niños aprendieron también, y ellos también tomaron parte en el establecimiento de la nueva forma de vivir en enemistad con el lobo, y en la apropiación de la manada.

En este proceso, en la medida en que la apropiación y la enemistad, la defensa y la agresión, llegaron a ser parte de la forma de vivir que se conservó transgeneracionalmente en el devenir histórico de una comunidad particular, este emocionar debe haber constituido una operacionalidad delimitante que separó a esta comunidad de otras comunidades de una manera transitoria o permanente, dependiendo de si esas otras comunidades estaban o no dispuestas a adoptar el nuevo emocionar y actuar.

Pero, ya que, como dije anteriormente, el aprendizaje del emocionar es transferible, una vez que la enemistad y la apropiación han sido aprendidas como modos de emocionar en un cierto dominio particular de experiencias, pueden ser vividos en otros. Por esto, una vez que la enemistad y la apropiación llegaron a ser características de la forma de vivir en la protección de un rebaño, la enemistad y la apropiación también llegaron a ser parte de la defensa de otras características de la forma de vivir, tales como ideas, verdades, o creencias, y se abrieron las puertas para el fanatismo, la codicia y la guerra. Aún más, las oportunidades para la enemistad y la defensa de lo propio deben haber surgido en la medida en que el crecimiento de la población, y las migraciones consecuentes, forzaron el encuentro de comunidades diferentes, muchas de las cuales podrían ya haber desarrollado algunos sistemas de creencias propios que, en tanto eran ya ellos mismos pastores patriarcales, estaban también listos a defender. Creencias místicas, por ejemplo.

Los seres humanos podemos tener de manera espontánea en un momento u otro de nuestras vidas, una experiencia peculiar que vivimos como un súbito darnos cuenta de nuestra conexión y participación en un dominio más amplio de existencia que aquel de nuestro entorno corriente inmediato. Yo mantengo que esta experiencia peculiar de darse cuenta de que se pertenece o se es parte de un ámbito de identidad más amplio que el propio de una vida individual estrecha, es lo que usualmente se connota en diferentes culturas cuando se habla de una experiencia mística o espiritual.

También afirmo que la experiencia mística, repito, esta experiencia en la que uno se vive a sí mismo como componente integral de un dominio más amplio de

relaciones de existencia, puede ocurrirnos tanto espontáneamente, cuando ciertas condiciones internas y externas surgen naturalmente en el curso de nuestro vivir, como consecuencia de la realización intencional de ciertas prácticas que resultan en la creación artificial de esas condiciones. En cualquier caso, sin embargo, la forma en que la experiencia mística es vivida depende de la cultura en la que ocurre, es decir, depende de la red de conversaciones en la que está inmersa y vive la persona que tiene la experiencia mística.

Así, pienso que en la cultura matrística agricultora recolectora de la Europa prepatriarcal, las experiencias místicas deben haber sido vividas como experiencias de integración sistémica en la red del vivir dentro de la comunidad de todo lo vivo. “La comunidad y yo, el mundo del vivir, y yo, somos uno, todos los seres vivos y no vivos pertenecemos al mismo reino de existencias interconectadas... todos los seres venimos de la misma madre y somos ella a través de ser uno con ella y con los otros seres en la dinámica cíclica del nacimiento y la muerte”, podría ser una descripción de una experiencia mística en esta gente matrística hecha con nuestras palabras.

Esto es, pienso que el compartir y la participación en la armonía de la coexistencia a través de la igualdad y unidad de todos los seres vivos y no vivos sin importar cuales puedan ser sus diferencias individuales particulares en la continua renovación cíclica recurrente de la vida, deben haber sido los elementos relacionales prevalecientes de la experiencia mística matrística. Y, yo creo que la experiencia mística de la gente europea matrística prepatriarcal debe haber tenido estas características debido a que la persona agricultora recolectora raramente debe haber experimentado el vivir en total separación del apoyo y protección de la comunidad a la que él o ella pertenecía, o la ruptura de su conexión con una naturaleza armoniosa y acogedora.

En otras palabras, yo creo que la experiencia mística de la gente matrística europea prepatriarcal, debe haber sido una de conexión con lo concreto de la vida diaria, y pienso que como tal debe haber sido una apertura a ver lo visible. En suma, pienso que la “espiritualidad” matrística es constitutivamente terrestre. Con la cultura patriarcal pastoril las cosas tienen que haber sido diferentes.

Dado que el emocionar fundamental que define a la red de conversaciones patriarcales pastoriles está centrado en la apropiación, la defensa, la enemistad, la procreación, el control, la autoridad, y la obediencia, la experiencia mística de nuestros ancestros patriarcales indoeuropeos tempranos, debe haber sido muy diferente de la experiencia mística que hemos descrito para la cultura matrística europea prepatriarcal. El pastor tiene que haber pasado muchos días y noches durante el verano, alejado de la compañía protectora de su comunidad mientras cuidaba y seguía o guiaba a sus manadas en busca de buenos pastizales en los valles montañosos y la protegía del lobo a quién había convertido en enemigo. Ahí, solitario, expuesto a la expansión inmensa de los cielos estrellados y enfrentando a la grandeza imponente de las montañas, él debe haber presenciado, simultáneamente fascinado y aterrado, muchos fenómenos eléctricos luminosos inesperados que ocurren en éstas no solamente en los días de tormenta.

Yo pienso que cuando un pastor tuvo una experiencia mística espontánea en estas circunstancias, ésta tiene que haber sido vivida como una experiencia de pertenencia y conexión en un ámbito cósmico amenazante e impresionante en su poder y fuerza, lleno de enemistad y amistad al mismo tiempo, tanto bello como peligroso, un ámbito cósmico en el que uno puede existir sólo en la sumisión y en la obediencia. “Yo pertenezco al cosmos a pesar de mi infinita pequeñez, y me someto al poder de esa totalidad obedeciendo sus exigencias tal como me someto a la autoridad del patriarca”, puede ser una descripción de una experiencia mística vivida por nuestro imaginario pastor en la soledad de una noche abierta en la montaña. Así, pienso que mientras en la cultura prepatriarcal matrística de Europa, la persona que tuvo una experiencia mística debe haberse mantenido conectada a través de ella con el comfortable reino tangible del diario vivir, en la cultura pastoril patriarcal el pastor que tuvo una experiencia mística en la soledad de la montaña debe haber vivido una transformación que lo conectó con un reino intocable de relaciones de inmensidad, poder, temor, y obediencia.

Y también creo, que mientras que en la cultura matrística de la Europa prepatriarcal la persona que tuvo una experiencia mística debe haber tenido una experiencia de congruencia en la armonía de una dinámica permanentemente renovada de nacimiento y muerte, en la cultura patriarcal pastoril el pastor que tuvo una experiencia mística debe haber tenido una experiencia de sumisión y fascinación frente al flujo amenazante de un poder que dio lugar a la vida y a la muerte en la conservación y ruptura de un orden precario basado en la obediencia a su arbitrio.

La experiencia mística de la cultura patriarcal pastoril debe haber sido una experiencia de conexión en un reino abstracto de naturaleza completamente diferente al de la vida diaria, esto es, esta experiencia mística debe haber sido una experiencia de pertenencia en un ámbito de existencia trascendental, y como tal tiene que haber sido una apertura a ver lo invisible. Aún más, el cuento relatado por el pastor que volvió transformado como resultado de su experiencia mística espontánea, debe haber sido escuchado tanto con admiración como con miedo por una comunidad que entendió su discurso de autoridad y subordinación de poder y obediencia, de amistad y enemistad, de exigencia y control, en términos completamente personales, y la que pudo haber sido seducida por su grandeza. Con suficiente pasión, después de una experiencia mística un pastor puede haber llegado a ser un líder espiritual.

En breve, entonces, en la cultura matrística no patriarcal de la Europa antigua, la experiencia mística tiene que haber sido vivida como una pertenencia pleotórica de gozo en una red más amplia de existencia cíclica que englobaba a todo lo vivo y lo no vivo en el flujo de nacimiento y muerte, y debe haber implicado el autorrespeto y dignidad de la confianza mutua y la mutua aceptación. Contrariamente en la cultura patriarcal pastoril, la experiencia mística debe haber sido vivida como una experiencia de pertenencia en un ámbito cósmico inmenso, temible y seductor, de una autoridad arbitraria e invisible, y debe haber implicado la

exigencia de una absoluta negación de sí mismo en la total sumisión a ese poder propia al flujo unidireccional de enemistad y amistad de toda autoridad absoluta.

En otras palabras, mientras el misticismo matrístico invita a la participación y la colaboración en el autorrespeto y el respeto por el otro, y es, inevitablemente, no exigente, ni profético ni misionero, el misticismo patriarcal invita a la autonegación de la sumisión, y, de este modo, inevitablemente se vuelve exigente, profético, y misionero.

Quiero ahora hacer una pequeña digresión fisiológica. El sistema nervioso está constituido como una red neuronal cerrada con estructura plástica que cambia siguiendo un curso contingente a la secuencia de las interacciones del organismo que integra (ver Maturana, 1983). En estas circunstancias, la forma en que el sistema nervioso de un animal opera, es necesariamente siempre función de su particular historia de vida, y debido a esto un sistema nervioso siempre implica en su operar la historia de vida individual del animal que integra. En nosotros los seres humanos, esta relación entre la historia de vida de un animal y la estructura de su sistema nervioso implica que independientemente de que se esté despierto o dormido, y en todas las experiencias que podemos vivir, nuestro sistema nervioso necesariamente siempre opera de una manera congruente con la cultura a la que pertenecemos, y genera una dinámica conductual que hace sentido en ella.

En otras palabras, los valores, las imágenes, los temores, las aspiraciones, las esperanzas o los deseos, que una persona vive en cualquier experiencia, ya esté despierta o en sueño, ya sea esta una experiencia común o una experiencia mística, son necesariamente los valores, las imágenes, los temores, las aspiraciones, las esperanzas o los deseos de su cultura, más las variaciones en esto que él o ella puede haber añadido en su vida personal individual. Es debido a esta relación entre el operar del sistema nervioso de una persona y la cultura a que pertenece, que afirmo que la gente de las culturas europea matrística y patriarcal pastoril, deben haber tenido experiencias místicas diferentes, y que éstas diferentes experiencias místicas tienen que haber sido diferentes debido que cada una de ellas incorpora necesariamente el emocionar de la cultura en la que surge.

En otras palabras, propongo esta reconstrucción del origen de nuestra cultura patriarcal desde el darme cuenta de que todas las experiencias humanas, experiencias místicas incluidas, ocurren como parte de la red de conversaciones que constituye a la cultura en que surgen, y, por lo tanto, incorporan su emocionar. Además, dado que pienso que es el emocionar de una cultura lo que define su carácter, creo que mi reconstrucción de lo que pueden haber sido las experiencias místicas de nuestros ancestros europeos matrísticos y nuestros ancestros patriarcales pastoriles indo-europeos, es tan buena como mi reconstrucción del emocionar de estas culturas, y pienso que esta reconstrucción es buena porque recoge las emociones de los elementos matrísticos y patriarcales de nuestra cultura europea patriarcal moderna.

Continuemos entonces. Una vez que la forma patriarcal pastoril de vivir surge, la familia o la comunidad en la que comienza a ser conservada transgeneracionalmente se expande, tanto a través de la seducción de otras familias o comunidades, como a través de un crecimiento poblacional humano sin control. Aún más, tal crecimiento sin control de la población en una comunidad pastora debe haber ocurrido acompañado por un crecimiento comparable de los rebaños que inevitablemente debe haber dado lugar al abuso de los pastizales y a una expansión territorial que no puede sino haber resultado en alguna forma de conflicto en el encuentro con otras comunidades, independientemente de que éstas hayan estado centradas o no en la apropiación y la enemistad. La guerra, la piratería, la dominación política y la esclavitud, tienen que haber comenzado entonces, y eventualmente tienen que haberse producido migraciones masivas en busca de nuevos recursos de los cuales poder apropiarse.

Pienso que tiene que haber sido bajo estas circunstancias que nuestros ancestros indo-europeos llegaron a Europa en un movimiento de conquista, piratería y dominio. Si la apropiación es legítima, si la enemistad es parte del emocionar de la cultura, si la autoridad, la dominación y el control son características de la forma de vivir de una comunidad humana, entonces la piratería es posible, o aún natural. Aún más, si la apropiación es parte de la forma natural de vivir, todo está abierto a la apropiación, los hombres, las mujeres, los animales, las cosas, los países, las creencias..., si el emocionar adecuado está presente, todo puede ser capturado por la fuerza de la misma forma en la que el lobo fue excluido originalmente de su legítimo acceso a alimentarse de la manada silvestre.

Así, en la medida en que los pueblos patriarcales indo-europeos comenzaron a desplazarse hacia Europa, ellos llevaron consigo la guerra, pero no sólo la guerra, ellos llevaron consigo un mundo completamente diferente de aquel que encontraron. Los pueblos patriarcales pastoriles fueron dueños de propiedades y defensores de las propiedades, fueron jerárquicos, exigieron obediencia y subordinación, valoraron la procreación y controlaron la sexualidad de las mujeres; la gente matrística europea no se parecía en nada a esto. En su encuentro con la gente matrística europea los indo-europeos patriarcales pastoriles se encontraron con su total opuesto cultural en cada aspecto, fuese este material o espiritual.

Aún más, como pueblos patriarcales pastoriles ellos tienen que haber vivido estas diferencias opuestas como una amenaza o un peligro a su misma existencia e identidad. Y, de la misma forma en que ellos llegaron a vivir su relación con el lobo a través de la apropiación de la manada mediante su exterminio, su reacción debe haber sido la defensa de su propia cultura en la negación de la otra tanto a través de su completo control y dominio, como a través de su completa destrucción.

Los títulos de propiedad y la defensa de las "legítimas" posesiones de uno cuando estas son ideas o creencias, crean límites que separan lo que es correcto de lo que no lo es, lo que es legítimo de lo que es ilegítimo, lo que es aceptable y lo

que no es aceptable. Si nosotros vivimos centrados en la apropiación, vivimos tanto nuestras propiedades como nuestras ideas y creencias como si ellas fueran nuestra identidad.

El que esto ocurre así es evidente en el hecho de que nosotros los occidentales patriarcales modernos vivimos cualquier amenaza a nuestras propiedades y cualquier contradicción o falta de acuerdo con nuestras ideas y creencias, como un peligro o amenaza que pone en riesgo los fundamentos mismos de nuestra existencia. Consecuentemente, en su encuentro con la cultura europea matrística, los indo-europeos patriarcales pastoriles tienen que haber vivido el sistema de creencias completamente diferente de esa cultura como un peligro y una amenaza a su identidad, y esto tiene que haber sido particularmente así en relación a las creencias místicas que están en la base de las experiencias que dan significado a la vida humana. Cuando en el encuentro de los pueblos patriarcales y europeos matrísticos, el pueblo patriarcal comenzó a defender y a imponer sus creencias místicas patriarcales, se estableció una frontera de legitimidad entre ambos sistemas de creencias místicas y ambos sistemas de creencias místicas se volvieron religiones.

Una religión es un sistema acotado de creencias místicas que es definido por los creyentes como el único correcto y plenamente verdadero. Previo a su violento encuentro con el patriarcado a través de la invasión de los indo-europeos patriarcales pastoriles, la gente matrística europea no vivía en una religión debido a que ellos no vivían en la apropiación y la defensa de la propiedad.

Reflexionemos por un momento en este asunto. La gente matrística tuvo creencias místicas basadas en experiencias místicas que, creemos, expresaban o revelaban su comprensión básica de su relación con la totalidad de la existencia. Ellos expresaban esta comprensión a través de una deidad, la diosa madre que incorporaba y evocaba la coherencia dinámica y armónica de toda la existencia en una red sin fin de ciclos de nacimiento y muerte.

Contrariamente, pensamos, el pueblo patriarcal pastoril tuvo creencias místicas basadas en experiencias místicas que ellos vivieron como reveladoras de su conexión en un ámbito cósmico dominado por entidades poderosas, arbitrarias, que ejercían su voluntad en actos creativos capaces de violar cualquier orden previamente existente. El pueblo patriarcal pastoril expresaba su comprensión de las relaciones cósmicas a través de dioses que eran entidades trascendentes que imponían el temor y exigían obediencia. En su dominio místico propio, el pueblo patriarcal pastoril no tenía nada que defender y, consecuentemente, nada que imponer, cada creencia era natural y autoevidente. Dios como una entidad cósmica todopoderosa era obvio en su invisibilidad, y como tal era propiamente espiritual.

De hecho, tenía que ser así a través de la forma en que él debía haber surgido en la montaña mientras expresaba su carácter todopoderoso como patriarca cósmico. Las visiones místicas matrísticas europeas eran totalmente diferentes, debido a su carácter terrestre. Los fundamentos de la existencia para el pueblo matrístico estaban en la armonía dinámica del nacimiento y la muerte tanto como

en la armónica coherencia de todas las cosas vivientes y no vivientes. Para el pueblo matrístico no había nada que temer cuando uno se movía en la coherencia de la existencia; para ellos no había fuerzas arbitrarias que exigieran obediencia, sólo disrupciones humanas de la armonía natural debido a una falta de conciencia circunstancial y la ceguera que implica una falta de conciencia. La divinidad no era una fuerza o una autoridad, y no podría haber sido así, debido a que el pueblo matrístico no estaba centrado en la autoridad, la dominación o el control. La diosa madre concretizaba y evocaba la conciencia de esta armonía natural, y sus imágenes y los rituales en los que éstas eran usadas, pienso, eran presencia, evocación y participación en la armonía de todas las cosas existentes de una manera que permitía tanto a los hombres como a las mujeres permanecer conectados con ella en su vivir cotidiano. El pueblo matrístico europeo no tenía nada que defender, tanto porque vivían en la conciencia de la armonía de la diversidad, como porque ellos no vivían en la apropiación.

En breve, cuando el pueblo indo-europeo patriarcal pastoril invadió Europa, sus patriarcas encontraron que no podían aceptar las creencias, modo de vida espiritual, o conversaciones místicas del pueblo matrístico, debido a que éstas contradecían completamente los fundamentos de su propia existencia. Así, ellos recurrieron a defender su modo de vida, sus creencias, de la única manera que conocían, esto es, a través de la negación del otro modo de vida o sistema de creencias y del pueblo que las vivía, convirtiéndolos en sus enemigos.

Aún más, en el proceso de defender su vivir místico, los patriarcas indo-europeos crearon una frontera de negación de todas las conversaciones místicas diferentes de las suyas, y establecieron de facto una distinción entre lo que llegó a ser en lo sucesivo legítimo e ilegítimo, creencias verdaderas y falsas, y realizaron la praxis de exclusión y negación en el ámbito espiritual que operacionalmente constituye a las religiones como dominios culturales de apropiación de las mentes y almas de los miembros de una comunidad por los defensores de la verdad o de las "creencias" verdaderas. Pero, antes de seguir adelante reflexionemos más sobre lo místico y lo religioso.

Una experiencia mística, o espiritual como es llamada usualmente en la actualidad, como experiencia de pertenencia o de conexión en un ámbito más amplio que aquel de los entornos inmediatos de uno, es una experiencia personal, privada, inaccesible a otros, y como tal no es transferible. El relatar una experiencia mística frente a una audiencia adecuada, sin embargo, puede resultar cautivador y seductor en tanto evoca un empujón congruente en el que escucha, y cuando tal seducción ocurre, aún cuando no hay transferencia de la experiencia, muchos de los auditores pueden llegar a convertirse en adeptos de la explicación de la experiencia que el expositor propone, y como resultado puede formarse una comunidad de creyentes. Cuando esto ocurre empero, el cuerpo de creencias que los nuevos creyentes adoptan, cualquiera sea su complejidad y riqueza, no constituye una religión a menos que los miembros de esa comunidad afirmen que sus creencias revelan o involucran alguna verdad universal de la que ellos se apro-

pian a través de la negación de otras creencias basadas en otros relatos de experiencias místicas o espirituales.

La apropiación de una verdad mística o espiritual que se sostiene como verdad universal, constituye el punto de partida o nacimiento de una religión, y requiere de un emocionar y una forma de vivir que no estaban presentes en la cultura europea matrística. Nuestra cultura patriarcal europea confunde la religión con la espiritualidad, y en ella frecuentemente se habla de una experiencia religiosa como si fuese una experiencia mística.

Yo pienso que esta confusión opaca el hecho de que una religión no puede existir sin la apropiación de ideas y creencias, y no nos permite ver el emocionar que la constituye. A esto hay que agregar, que el advenimiento del pensamiento religioso a través de la defensa de lo que es “verdadero” y la negación de lo que es “falso”, es un proceso que nos ha cegado acerca de las bases emocionales de nuestros actos y, en consecuencia, acerca de nuestra responsabilidad en ellos, y ha obstruido nuestra posibilidad de entender que la historia humana sigue el camino del emocionar, y no un curso guiado por posibilidades materiales, o recursos naturales, debido a que oscurece nuestra visión de que son nuestros deseos y preferencias lo que determina qué vivimos como una verdad, qué vivimos como una necesidad, qué vivimos como una ventaja, y qué vivimos como un hecho.

Ahora hagamos un paralelo entre las conversaciones definitorias de las culturas patriarcal pastora y la cultura matrística europea:

CONVERSACIONES DEFINITORIAS DE LA CULTURA PATRIARCAL PASTORA

Conversaciones:

- * de apropiación.
- * en las que la fertilidad surge como noción que valora la procreación en un proceso continuo de crecimiento.
- * en las que la sexualidad de las mujeres se asocia a la procreación y queda bajo el control del patriarca.
- * en las que se valora a la procreación y se abomina de cualquier noción o acción de control de la natalidad y de la regulación del crecimiento de la población.

CONVERSACIONES DEFINITORIAS DE LA CULTURA MATRISTICA EUROPEA

Conversaciones:

- * de participación.
- * en las que la fertilidad surge como visión de la abundancia armoniosa de todas las cosas vivas en una red coherente de procesos cíclicos de nacimiento y muerte.
- * en las que la sexualidad de las mujeres y los hombres surge como un acto asociado a la sensualidad y la ternura.
- * en las que se respeta la procreación, y se aceptan acciones de control de la natalidad y regulación del crecimiento de la población.

- * en las que la guerra y la competencia surgen como modos naturales de convivencia y aún como valores y virtudes.
- * en las que lo místico se vive relacionado a la subordinación a una autoridad cósmica y trascendental, que requiere obediencia y sumisión.
- * en las que los dioses surgen como autoridades normativas arbitrarias que exigen total sumisión y obediencia.
- * en las que el pensamiento es lineal y se vive en la exigencia de sumisión a la autoridad en la negación de lo diferente.
- * en las que las relaciones interpersonales surgen basadas principalmente en la autoridad, la obediencia y el control.
- * en las que surge el vivir patriarcal de hombres, mujeres y niños, a lo largo de toda la vida como un proceso natural.
- * en las que no aparece una oposición intrínseca entre hombres y mujeres pero subordina la mujer al hombre desde la apropiación de la procreación como un valor.
- * en las que surgen la valorización de la cooperación y el compañerismo como modos naturales de convivencia.
- * en las que lo místico surge como participación consciente en la realización y conservación de la armonía de toda la existencia en el ciclo continuo y coherente de la vida y la muerte.
- * en las que las diosas surgen como relaciones de evocación de la generación y conservación de la armonía de toda la existencia en la legitimidad de todo lo que hay en ella, y no como autoridades o poderes.
- * en las que el pensamiento es sistémico y se vive en la invitación a la reflexión frente a lo diferente.
- * en las que las relaciones interpersonales surgen basadas principalmente en el acuerdo, la cooperación, y la coinspiración.
- * en las que surge el vivir matrístico de hombres, mujeres y niños, a lo largo de toda la vida como un proceso natural.
- * en las que no aparecen una oposición entre hombres y mujeres, ni subordinación de uno al otro.

Yo mantengo que nuestra forma de vivir patriarcal europea surgió en el encuentro de las culturas patriarcal pastoril y matrística prepatriarcal europea, como resultado de un proceso de dominación patriarcal directamente orientado a la completa destrucción de todo lo matrístico mediante acciones que pueden haber sido moderadas sólo por la biología del amor. De hecho, si queremos imaginarnos como puede haber ocurrido esto, todo lo que tenemos que hacer es leer la historia más reciente de la invasión de la Palestina, fundamentalmente matrística, por los Hebreos patriarcales tal como está relatada en la Biblia.

La cultura matrística no fue completamente extinguida, sin embargo, sobrevivió en bolsones culturales por aquí y por allá, y, particularmente, permaneció oculta en las relaciones entre las mujeres, y sumergida en la intimidad de las interacciones madre-hijo hasta el momento en que el niño o niña es requerido a entrar en la vida adulta donde el patriarcado aparece en su plenitud. Los hombres invasores patriarcales pastoriles, en una empresa de piratería y dominio, destruyeron todo, y después de exterminar a los hombres matrísticos se apropiaron de las mujeres matrísticas. Pienso que éstas no se sometieron voluntaria ni plenamente, lo que dio origen a una oposición en la relación hombre-mujer que no había estado presente en ninguna de las dos culturas originales.

En este proceso, en la medida en que los hombres patriarcales lucharon para someter a las mujeres matrísticas de las que se habían apropiado, las mujeres matrísticas resistieron y lucharon para mantener su identidad matrística cediendo sólo para proteger sus vidas y las vidas de sus hijos, pero sin jamás olvidar su libertad ancestral. El niño nacido bajo este conflicto fue y es un testigo participante en él, y lo vivió y lo vive como una lucha permanente entre el hombre y la mujer que eventualmente llega a vivir como si esta lucha surgiese de una oposición intrínseca entre lo masculino y lo femenino aún en el seno de su identidad psíquica individual.

En el medio de esta lucha, el hombre patriarcal como poseedor de la madre, llegó a ser para el niño el padre, una autoridad que negaba el amor al mismo tiempo que lo exigía, un ser cercano y distante que era simultáneamente un amigo y un enemigo, en un proceso que igualaba la hombría con la fuerza y la dominación, y la femineidad con la debilidad y la emoción. En estas circunstancias, las mujeres encontraron que su único refugio ante la imposibilidad de escapar al control y dominación posesiva de los hombres patriarcales era conservar su cultura matrística en relación a sus hijos e hijas, y, particularmente en relación a sus hijas, las que no tenían un futuro de autonomía en la vida adulta como sus hijos. Aún más, los niños de la nueva cultura patriarcal europea emergente, vivieron una vida que implicaba una contradicción fundamental en la medida en que ellos crecían en una comunidad matrística por algunos años, para entrar a una comunidad patriarcal en la vida adulta.

Tal como lo dije en una sección anterior, esta contradicción permanece aún con nosotros como una fuente de sufrimiento que no vemos, pero que es reconocida en mitos y cuentos de hadas, y que a veces es mal interpretada desde un punto de vista patriarcal ya sea como una lucha constitutiva entre el niño y el padre en la competencia por el amor de la madre, como en la noción freudiana del Complejo de Edipo, o como expresión de una disarmonía biológica constitutiva entre lo masculino y lo femenino.

En el primer caso, la legitimidad de la rabia del niño frente a un padre (hombre patriarcal) que abusa de la madre (mujer matrística), es opacada al tratarlo como expresión de una supuesta relación de competencia biológica del padre y el

hijo por el amor de la madre. En la relación madre-hijo matrística no perturba, el niño jamás tiene dudas acerca del amor de la madre, ni tampoco permite la madre ninguna competencia entre su hombre y su hijo por su amor, debido a que para ella estas relaciones ocurren en dominios completamente diferentes, y el hombre sabe, tanto que ella viene con hijos, como que su relación con ella durará sólo en cuanto él los ame.

En el caso puramente patriarcal pastoril, tampoco hay conflicto entre el niño y el patriarca, porque el patriarca sabe que él es el padre de los niños de su mujer, y que su mujer no duda de la legitimidad de su relación amorosa con ella y con sus niños, precisamente debido a que él es el patriarca. La situación del niño en nuestra cultura patriarcal europea presente es completamente diferente debido a que la lucha constitutiva matrística patriarcal en la que él crece no es sólo un aspecto ancestral del mito de la creación, sino que un proceso continuamente presente. De hecho, en nuestra cultura patriarcal europea actual, un niño está en un riesgo siempre presente de negación, tanto por parte del padre en su oposición a la madre, como a través del descuido por parte de una madre que está bajo una permanente exigencia que la lleva a distraer su atención del niño en el intento de recuperar su plena identidad llegando a convertirse ella misma en patriarca.

Repitamos esto en otras palabras. En la historia de nuestra cultura patriarcal europea, el proceso de negación de la cultura matrística prepatriarcal europea original no se ha detenido en la separación y oposición de una infancia matrística y una vida adulta patriarcal. Por el contrario, y con diferentes velocidades y distintas formas, en distintas partes del mundo, el empuje hacia la total negación de todo lo que sea matrístico ha llegado hasta la infancia, en una presión que erosiona continuamente los fundamentos matrísticos del desarrollo del niño como un ser humano que crece en el autorrespeto y en conciencia social a través de una relación madre-hijo fundada en el juego libre en total confianza mutua y total mutua aceptación (ver Verden-Zöller en el próximo capítulo).

Ciertamente este no es un curso escogido conscientemente, sino que uno que resulta de la expansión de la vida adulta patriarcal en el ámbito de la infancia en tanto se les pide o exige a la madre y al hijo que actúen con los valores y deseos de la vida adulta patriarcal. En la medida en que las exigencias de la vida adulta patriarcal son introducidas en la relación madre-hijo, la atención tanto de la madre como del niño se distrae del presente de su relación, y el niño llega a crecer en la desconfianza del amor de su madre en la medida en que ella, sin darse cuenta, cede a estas exigencias creando alrededor del niño un espacio de negación en el que su desarrollo humano normal en autorrespeto y conciencia social es distorsionado.

En el segundo caso, la oposición y desarmonía cultural que hay en el patriarcado europeo entre hombres patriarcales y mujeres matrísticas, es vivida como la expresión de una lucha entre el bien y el mal. En la cultura matrística no hay bien ni mal debido a que nada es una cosa en sí misma, y cada cosa es lo que es en las

relaciones que la constituyen. En una cultura matrística las acciones inadecuadas revelan situaciones humanas de ceguera o de falta de conciencia de las coherencias normales de la existencia que pueden ser corregidas sólo a través de rituales que reconstituyen tal conciencia o capacidad para ver.

En la cultura patriarcal pastoril, a través de la emoción de enemistad, una acción inadecuada es vista como mala o perversa en sí misma, y su autor debe ser castigado. En el encuentro de la cultura patriarcal pastoril con la matrística, todo lo matrístico se vuelve perverso o una fuente de perversidad, y todo lo patriarcal se vuelve bueno o una fuente de virtud.

Así, lo femenino se vuelve equivalente a lo cruel, lo decepcionante, lo no confiable, lo caprichoso, lo poco razonable, lo poco inteligente, lo débil, y lo superficial, mientras que lo masculino se vuelve equivalente a lo puro y honesto, lo confiable, lo directo, lo razonable, lo inteligente, lo fuerte y lo profundo.

Resumamos entonces esta presentación en cuatro afirmaciones que aluden a lo que ocurre en nuestra cultura europea patriarcal hoy día:

- Nuestra vida presente como pueblo patriarcal europeo, con todas sus exigencias de trabajo, de éxito, de producción, y de eficacia, interfiere con el establecimiento de una relación madre-hijo normal, y, por lo tanto, con el desarrollo fisiológico y psíquico normal del niño o niña como un ser humano autoconsciente, con autorrespeto, y con respeto social (ver Verden-Zöllner en próximo capítulo).

- El desarrollo fisiológico y psíquico inadecuado del niño o niña que crece en nuestra cultura patriarcal, se muestra en que desarrolla dificultades para establecer relaciones sociales permanentes (amor), o en la pérdida de la confianza en sí mismo, o en la pérdida del autorrespeto, o en la pérdida del respeto por el otro, así como en el desarrollo de diferentes clases de dificultades psicósomáticas en general.

- La interferencia con el libre juego madre-hijo en total confianza y en total aceptación que trae consigo la destrucción de la relación materno infantil matrística, da lugar a una dificultad fundamental en el niño o niña que crece, y eventualmente en el adulto, para vivir la confianza y el confort de la mutua aceptación y respeto que constituye la vida social como un proceso mantenido. El niño o niña y el adulto permanecen en una búsqueda sin fin de una relación de mutua aceptación que ellos no han aprendido ni a reconocer, ni a vivir, ni a conservar, cuando les ocurre. Como resultado de esto, el niño o niña y el adulto siguen fracasando continuamente en sus relaciones en la dinámica patriarcal de las exigencias y la búsqueda del control mutuo que niega precisamente el mutuo respeto y la aceptación que ellos desean.

- Las relaciones de convivencia masculina-femenina son vividas como si existiera una oposición intrínseca entre el hombre y la mujer que se hace evidente en sus diferentes valores, intereses y deseos, mientras las mujeres son vistas como fuentes de perversidad y los hombres son vistos como fuentes de virtud.

El conflicto básico de nuestra cultura europea patriarcal no es un conflicto competitivo del niño con el padre por el amor de la madre tal como la noción del Complejo de Edipo nos lleva a creer, ni la disarmonía intrínseca entre lo femenino y lo masculino supuesta en él y en las terapias que nos invitan a armonizar nuestro masculino y nuestro femenino. La rabia del niño contra el padre connotada en la noción del Complejo de Edipo, es reactiva a su observación de las múltiples agresiones que su padre realiza contra su madre. El niño crece con esta rabia, negándola debido a que también es enseñado a amar al padre como la fuente de todo lo bueno, aún cuando encuentre en su vida diaria que es tanto en el dominio práctico como en el dominio emocional de la patriarcalidad paterna donde está el origen de la continua negación de los fundamentos matrísticos de su condición humana como un ser social bien integrado.

Al mismo tiempo, la oposición entre el hombre y la mujer que vivimos en nuestra cultura patriarcal europea, es el resultado de la oposición sin fin entre lo patriarcal y lo matrístico que el niño comienza a vivir en su edad temprana, al escuchar las mutuas quejas maternas y paternas, propias de la oposición de las conversaciones patriarcales y matrísticas incluidas en nuestra cultura patriarcal europea. El conflicto básico de nuestra cultura patriarcal europea está aún en la lucha entre lo matrístico y lo patriarcal que la originó, y que aún vivimos de manera extrema en la transición de la infancia a la vida adulta como veremos en un momento.

Las mujeres mantienen una tradición matrística fundamental en sus relaciones mutuas y en sus relaciones con sus hijos. El respeto y aceptación mutuos en el respeto por sí mismo, la preocupación por el bienestar del otro y el apoyo mutuos, la colaboración y el compartir, son las acciones que guían fundamentalmente sus relaciones. Aún así, los niños, hombres y mujeres, deben hacerse patriarcales en la vida adulta, cada uno según su género. Los niños deben hacerse competitivos y autoritarios, las niñas deben hacerse serviciales y sumisas. Los niños viven una vida de continuas exigencias que niegan la aceptación y respeto por el otro propios de su infancia; las niñas viven una vida que continuamente las presiona, para que se sumerjan en la sumisión que niega el autorrespeto y dignidad personal que adquirieron en su infancia. La adolescencia y sus conflictos corresponden a esta transición. Los conflictos de la adolescencia no son un aspecto propio de la psicología del crecimiento, sino que surgen en el niño o niña que enfrenta una transición en la que tiene que adoptar un modo de vida que niega en él o ella todo el vivir que aprendió a querer y desear en la relación materno infantil y en las relaciones matrísticas de la infancia, y que tiene que ver con los fundamentos de su biología.

En otras palabras, la rebeldía de la adolescencia expresa el enojo, frustración y asco del niño o niña que tiene que aceptar y hacer suyo un modo de vida que vé como mentiroso e hipócrita. Este es el escenario en que vivimos nuestra vida adulta en la cultura patriarcal europea, y donde nos encontramos como hombres y mujeres, como hombres y hombres, como mujeres y mujeres, y donde la mayor

parte del tiempo vivimos nuestra convivencia como un forcejeo continuo por la dominación del otro, cualquiera sea el ámbito de coexistencia en que nos encontremos. Además, nos pasa que nos sumergimos en esta lucha o forcejeo sin que nos demos cuenta de ello, como simple resultado de nuestra convivencia con nuestros padres patriarcales europeos, y no necesariamente en respuesta a su deseo explícito de que sea así.

Ese modo de vivir resulta simplemente de nuestra participación inocente en el flujo de las conversaciones de lucha y guerra en que nos sumergimos al nacer: conversaciones de lucha entre el bien y el mal, entre el hombre y la mujer, entre la razón y la emoción, entre deseos contradictorios, entre la materia y el espíritu, entre valores, entre la humanidad y la naturaleza... entre ambición y responsabilidad, entre apariencia y esencia. En la medida que crecemos inmersos en estas conversaciones contradictorias, vivimos desgarrados por nuestro deseo de conservar nuestra infancia matrística, y satisfacer los deberes de nuestra vida adulta patriarcal, y requerimos de terapia para recuperar nuestra salud psíquica y espiritual a través de recuperar el respeto por nuestro cuerpo y nuestras emociones en la armonización, como se dice, de nuestro masculino y nuestro femenino.

Sin embargo, este conflicto que nos atrapa en nuestro crecimiento como niños de la cultura patriarcal europea, es también nuestra posibilidad para entrar en la reflexión y salir de la trampa de la continua lucha en que hemos caído con el patriarcado.

Sin duda el patriarcado ha cambiado de manera diferente en distintas comunidades humanas según las distintas particularidades de la historia de esas comunidades. Así, la posición de la mujer en el hogar y fuera de él, o la esclavitud como una forma de vida económica, o la manera de ejercer poder y control, han cambiado de maneras tan diferentes en distintas comunidades, que podemos hablar de ellas como distintas subculturas patriarcales que seguimos llamando patriarcales porque se ha conservado en ellas la red fundamental de conversaciones que las constituye como tales.

Sólo el surgimiento de la democracia ha sido de hecho una amenaza al patriarcado porque surge como una expansión de las conversaciones matrísticas de la infancia de una manera que niega las conversaciones patriarcales. De modo que el hecho de que el patriarcado haya seguido distintos caminos en distintas comunidades humanas, no niega la validez de mi argumento. El patriarcado ocurre en el dominio de las relaciones humanas como un modo de ser humano; el patriarcado no es una manera de vida "económica", es un modo de relación entre seres humanos, es un modo de existencia psíquica humana.

Como decimos en la introducción a esta colección de ensayos, el patriarcado surgió como un cambio en la configuración de deseos que definían nuestro modo de coexistencia en el medio de un vivir matrístico, y sólo un nuevo cambio en la configuración de nuestros deseos en nuestra coexistencia puede llevarnos a un cambio que nos saque del patriarcado. Y este cambio podrá pasarnos ahora sólo si queremos que nos pase.

LA DEMOCRACIA

Las culturas son constitutivamente sistemas conservadores. Alguien se hace miembro de una cultura, ya sea al nacer en ella, o al incorporarse a ella como joven o adulto, en el proceso de aprender la red de conversaciones que la constituye al participar en esas mismas conversaciones en el curso del vivir como miembros de ella. Los niños, o los adultos recién llegados, que no entran en tal proceso, no llegan a ser miembros de la cultura, y son expelidos, excluidos, o aceptados como residentes extranjeros. Una cultura es constitutivamente un sistema homeostático para la red de conversaciones que la define, y el cambio cultural, en general, no es fácil, y sobre todo, no lo es en nuestra cultura patriarcal que es constitutivamente un dominio de conversaciones que genera y justifica en forma explícita acciones destructivas contra aquellos que directa o indirectamente la niegan con su conducta. Es en relación a ésta dinámica conservadora del patriarcado, que el origen de la democracia constituye un caso peculiar de cambio cultural, ya que surge en el medio de éste como una ruptura súbita de las conversaciones de jerarquía, autoridad, y dominación, que lo definen. Reflexionemos sobre lo que puede haber sucedido.

a) Origen de la democracia: Mi proposición

La oposición entre una infancia matrística y una vida adulta patriarcal que está en el fundamento de nuestra vida patriarcal europea, se manifiesta en nosotros como adultos en una añoranza inconsciente por la inocente y directa dignidad de nuestra infancia. Esta añoranza constituye en nosotros una disposición operacional siempre presente bajo la forma de un deseo recurrente inconsciente por vivir en la coexistencia fácil que surge del mutuo respeto, sin la lucha ni el esfuerzo continuo por la dominación del otro propio de la cultura patriarcal, y como tal, es un aspecto remanente de nuestro emocionar infantil matrístico. Yo pienso que esta añoranza por el respeto mutuo constituye el fundamento emocional en que surgió la democracia en Grecia como una cuña que abrió en nuestra cultura patriarcal una grieta a través de la cual pudo emerger nuevamente en nuestra vida adulta el emocionar infantil matrístico oculto. Al mismo tiempo, pienso también que es precisamente la naturaleza matrística del emocionar que da surgimiento a la democracia lo que desencadena la oposición recurrente del patriarcado a ella. Mi proposición con respecto a esto es la siguiente:

La democracia surgió en la plaza del mercado de las ciudades-estado griegas, en el Agora, mientras los ciudadanos hablaban entre ellos acerca de los asuntos de su comunidad, y como un resultado de sus conversaciones acerca de tales asuntos. Los ciudadanos griegos eran gente patriarcal en el momento que la democracia empezó a sucederles de hecho como un aspecto de la praxis de su vivir cotidiano. Sin duda se conocían desde niños y se trataban los unos y los otros como iguales. Sin duda todos ellos conocían y estaban preocupados personalmente

por los asuntos de la comunidad sobre los que hablaban y discutían. De modo que el hablar libremente acerca de los asuntos de la comunidad en el Agora, como si estos fueran cuestiones comunes legítimamente accesibles al examen de todos, seguramente empezó como un suceder espontáneo y fácil para los ciudadanos griegos.

Pero, en la medida en que los ciudadanos griegos comenzaron a hablar de los asuntos de la comunidad como si estos fueran igualmente accesibles a todos ellos, los asuntos de la comunidad se convirtieron en entidades que se podían observar y sobre las que se podía actuar como si tuviesen existencia objetiva en un dominio independiente, esto es, como si fuesen “públicos” y por eso no apropiables por el rey.

El encontrarse en el Agora o en la plaza del mercado haciendo públicos los asuntos de la comunidad al conversar de ellos, llegó a convertirse en una manera cotidiana de vivir en alguna de las ciudades-estado griegas, y en el proceso, el emocionar en los ciudadanos cambió cuando la añoranza matrística fundamental por la dignidad del mutuo respeto propia de la infancia fue de hecho satisfecha espontáneamente en la operacionalidad de esas mismas conversaciones. Más aún, en la medida en que ese hábito de hacer públicos los asuntos de la comunidad de una manera que constitutivamente excluía a esos asuntos de la apropiación por el rey, se estableció, a través de las conversaciones que los hacía públicos, el oficio de rey se hizo de hecho irrelevante e indeseable.

Como consecuencia, en algunas ciudades-estado griegas, los ciudadanos reconocieron ésta manera de vivir a través de un acto declaratorio que abolió la monarquía y la reemplazó por la participación directa de todos los ciudadanos en un gobierno que mantuvo la naturaleza pública de los asuntos de la comunidad implícita ya en esa misma manera cotidiana de vivir; y esto ocurrió mediante una declaración que, como proceso, era parte de esa manera de vivir. En esa declaración la democracia nació como una red acordada de conversaciones que:

- a) realizaba al estado como una manera de coexistencia comunitaria en la que ninguna persona o grupo de personas podía apropiarse de los asuntos de la comunidad, y que mantenía estos asuntos siempre visibles y accesibles al análisis, examen, consideración, opinión, y acción responsable de todos los ciudadanos que constituían a la comunidad que era el estado;
- b) hacía la tarea de decidir acerca de los diferentes asuntos del estado la responsabilidad directa o indirecta de todos los ciudadanos;
- c) coordinaba las acciones que aseguraban que todas las tareas administrativas del estado fueran asignadas transitoriamente a través de un proceso de elección en el que cada ciudadano tenía que participar en un acto de fundamental responsabilidad.

El que en una ciudad-estado como Atenas, no todos sus habitantes fueran originalmente ciudadanos, sino que lo fueran solamente los propietarios de la tie-

rra, no altera la naturaleza fundamental del acuerdo de coexistencia comunitaria democrática como una ruptura básica de las conversaciones autoritarias y jerárquicas de nuestra cultura patriarcal europea. Tal vez, esta situación discriminatoria entre los habitantes de la ciudad-estado fue una condición que hizo posible el surgimiento institucional de la democracia al surgir ésta, aparentemente, sólo como una reordenación de las relaciones de autoridad que conservaba las dimensiones jerárquicas del patriarcado de una manera que ocultaba tanto su inspiración constitutivamente matrística, como su operacionalidad constitutivamente antipatriarcal. El que la democracia es de hecho una ruptura en la coherencia de las conversaciones patriarcales, aunque no las niega completamente, se hace evidente, por una parte, en la larga lucha histórica por mantener la democracia, o por establecerla en nuevos lugares, contra un esfuerzo recurrente por reinstalar en su totalidad las conversaciones que constituyen el estado autoritario patriarcal, y por otra parte, en la larga lucha por ampliar el ámbito ciudadano, y por lo tanto, la participación del vivir democrático a todos los seres humanos, hombres y mujeres, que quedan fuera en su origen. Además, el que la democracia surge bajo una inspiración matrística, aún cuando no recupera completamente la manera de vivir matrístico, es evidente en su operacionalidad de respeto mutuo que crea un pensar sistémico a través de la aceptación de los otros en la medida que niega y se opone a la apropiación de los asuntos de la comunidad por cualquier persona particular, clase de persona, o grupo de personas.

Pero, aunque al surgir la democracia no niega completamente el patriarcado, y a pesar de la presión continua patriarcal para negar la democracia revirtiendo a una patriarcalidad total, la manera de pensar que la democracia implica, se ha expandido a todos los dominios de las relaciones humanas, a las emociones, a las acciones, y a las reflexiones, creando espacios en los que el acuerdo, la cooperación, la reflexión y la comprensión, reemplazan a la autoridad, el control, y la obediencia, como maneras de coexistencia humana. ¿En todos los dominios de la coexistencia humana? Sí, dentro de los confines de la contradicción básica de nuestra cultura patriarcal europea. De hecho, la democracia en su manera de constitución es una manera de vivir que yo llamo o considero neomatrística.

Sin embargo, como no todas las formas de patriarcado tienen un núcleo cultural matrístico en la infancia, no todas incluyen un fondo de conversaciones matrísticas que permitan un emocionar adulto en el que las conversaciones democráticas pueden vivirse como algo que hace sentido como un modo naturalmente legítimo de coexistencia. Así pasa, por ejemplo, en las formas patriarcales más puras como las propias de los pueblos que viven bajo las diferentes ramas de la religión musulmana.

Las personas crecidas originalmente en el seno de las conversaciones patriarcales musulmanas, deben primero cambiar algunas dimensiones de su espacio convencional en una dirección matrística para que las conversaciones democráticas les hagan sentido como generadoras de un espacio de coexistencia legítimo y deseable.

b) Ciencia y filosofía

Cuando los asuntos de la comunidad pasaron a ser públicos en las ciudades-estado griegas, y el hablar de ellos se convirtió en parte de la manera diaria del vivir, el emocionar que hace posible el pensar objetivo, esto es, el pensar que trata a los objetos que surgen en la experiencia del observador como si ellos constituyesen entidades y procesos con existencia independiente de su hacer, llegó a ser el punto de partida para dos maneras diferentes de pensar y tratar el mundo de las experiencias, específicamente, la ciencia y la filosofía. Estas dos maneras de pensar y tratar con los fenómenos de la experiencia, difieren en que lo que una persona quiere hacer en sus relaciones al hablar de ellos. En la cultura matrística, donde el orden de las relaciones humanas no está fundado en relaciones de autoridad y obediencia, los objetos son lo que son en la relación en que ellos surgen al ser distinguidos. En la cultura patriarcal donde el orden en las relaciones humanas está fundado en la autoridad y la obediencia, los objetos son lo que son determinados desde la autoridad de su creador, es decir, son en sí mismos.

En ninguna de estas dos culturas, sin embargo, las conversaciones objetivantes son parte de su manera normal de vivir. Con la objetivización de los asuntos de la comunidad que dá surgimiento a la democracia en la plaza del mercado de las ciudades-estado griegas, la práctica de la objetivización llega a ser característica de muchas conversaciones diferentes, al menos entre los ciudadanos, y abre la posibilidad de argumentar en otros aspectos de la vida cotidiana en términos objetivos. Pero no pasa solamente eso.

Las dos maneras de relacionarse en la acción propias de los aspectos matrísticos y patriarcales de nuestra cultura patriarcal europea, comienzan a participar de manera diferente en la objetivización. Así, en tanto en la disposición matrística los objetos y procesos son los que son en la relación que los constituye en la distinción, ellos son lo que llegan a ser según como son usados. En la disposición matrística los objetos no tienen identidad propia que imponer, y como ellos surgen como distinciones en una comunidad no centrada en la autoridad, es el acuerdo o consenso de la comunidad en relación a algún propósito común o a alguna dimensión de la convivencia lo que decide de hecho lo que será el proceso u objeto distinguido, no éste desde sí mismo. Esto es, desde el aspecto matrístico del pensar que se origina al surgir la objetivización que lleva a la democracia, las propiedades y características de los objetos y los procesos surgen como relaciones constituyentes que aparecen en su distinción. En este pensar es la participación en el convivir como el modo de vivir que da a los objetos y procesos su existencia, lo que lleva a la validación operacional que hace posible la reflexión y el explicar científico como un modo sistémico de dar cuenta de la vida cotidiana.

En cambio, desde el aspecto patriarcal del pensar objetivamente que surge con la democracia, es la autoridad lo que manda y determina, y los objetos y procesos distinguidos son lo que ellos son desde sí mismos y constituyen autoridad para todo lo que tenga que ver con ellos desde el operar de sus propiedades y ca-

racterísticas intrínsecas. Como resultado, desde este pensar, el control, el poder y la obediencia deben prevalecer a cualquier costo, y surgen principios explicativos trascendentales que, como medios de dominación a través de la razón, dan origen al explicar filosófico como un explicar lineal fundado en verdades innegables. En la disposición matrística, y, por lo tanto, en la democracia como un dominio neomatrístico, se conserva el respeto mutuo; en la disposición patriarcal, y por lo tanto, en la jerarquía y la autoridad, se conservan el poder, la subordinación y la obediencia.

Yo no pienso que los ciudadanos griegos se hacían estas reflexiones cuando la democracia comenzó a sucederles en su vivir cotidiano. Lo que yo afirmo es que su emocionar se movía de esa manera, y que como resultado de ese emocionar surgieron las dos maneras de argumentar que aún distinguimos hoy con los nombres de ciencia y filosofía. Además, yo también sostengo que como consecuencia del distinto emocionar que implican estas dos maneras de argumentar, resultó el establecimiento de los dos dominios de acciones básicamente diferentes que son la ciencia y la filosofía como dominios de explicaciones, es decir: el dominio de las acciones de la ciencia como un dominio de explicaciones validadas a través de la coherencia de las experiencias del científico, y el dominio de las acciones de la filosofía como un dominio de explicaciones validadas a través de su coherencia con la conservación de los principios básicos que el filósofo mantiene.

De lo dicho, es aparente que yo pienso que la práctica del pensar objetivo surgió con la democracia inmerso inicialmente en el carácter autoritario de nuestra cultura patriarcal europea aún presente, y en tanto permaneció así, normativo, permanece aún normativo en la política, en el seno de la vida democrática y en muchos aspectos del vivir fuera de ella, y constituye el pensar ideológico y el explicar filosófico. Como resultado, lo que predomina desde el comienzo del pensamiento europeo moderno con el origen de la democracia griega, es el uso normativo de teorías filosóficas que dan cuenta de la experiencia humana por medio de principios explicativos que son juzgados como trascendentalmente válidos *a priori*, o a través del uso de la razón bajo la forma de teorías filosóficas de carácter político, moral o religioso fundadas en verdades aceptadas *a priori* como evidentes e innegables.

Desde entonces, son muchas las nociones básicas y principios explicativos distintos que han sido usados en muchas teorías filosóficas diferentes como nociones y principios que se tratan como si revelasen características objetivas innegables de una realidad trascendente más o menos cognoscibles, como si existiesen con independencia de lo que el observador hace, y que son usados como fundamentos para todas las cosas. El agua, el fuego, el movimiento, la materia, la mente, la conciencia... y muchas otras nociones más, han sido usadas de esta manera a lo largo de la historia del patriarcado europeo.

El pensamiento matrístico que está a la base de la objetivización no normativa que constituye el fundamento del explicar científico, no se desarrolló inicial-

mente en esta historia, o se desarrolló sólo parcialmente formando pequeñas áreas aisladas de sistemas explicativos de validación operacional que permanecieron subordinadas a las normas de doctrinas filosóficas que pretendieron incluirlas y validarlas. De hecho, aunque la posibilidad de la ciencia como una manera relacional y operacional de reflexión y explicación surge con el suceder de la democracia, no se desarrolla propiamente hasta mucho más tarde en la historia de la cultura patriarcal europea. Y cuando la ciencia de hecho se desarrolló, lo hace de una manera fundamentalmente contradictoria con el pensamiento patriarcal que siempre intenta, ya sea usarla de una manera normativa, o subordinada a la filosofía.

En otras palabras, la ciencia y la filosofía como maneras distintas de tratar con el objeto, surgen junto con la democracia en el proceso que da origen al emocionar de la objetivización, pero, como tanto la democracia como la ciencia, son rupturas matrísticas de la red de conversaciones patriarcales, ambas enfrentan una continua oposición patriarcal que las destruye totalmente, o que las distorsiona sumergiéndolas en una clase de formalismo filosófico jerárquico.

c) La democracia hoy

Vivimos hoy un momento en la historia de la humanidad en la cual, de una manera o de otra, muchas naciones han declarado a la democracia como su forma preferida de gobierno. Sin embargo, la práctica actual de la democracia como una coexistencia neomatrística responsable en el respeto mutuo y el respeto a la naturaleza que su realización trae consigo, permanece hoy día en muchas de aquellas naciones como un mero deseo literario, o sólo parcialmente realizada, debido a su negación directa o indirecta a través de una larga historia política de conversaciones recurrentes de apropiación, jerarquía, dominación, guerra y control.

Veamos algunas de las formas frecuentes que adoptan estas conversaciones recurrentes que niegan la democracia.

- a) Conversaciones que confunden la democracia con una manera electoral de lograr el "poder político". El emocionar básico bajo el cual tienen lugar estas conversaciones, es el deseo abierto o encubierto por la dominación o control de la conducta de los otros con el fin de satisfacer un deseo privado de autoridad y apropiación. Conversaciones de esta clase ocultan el hecho de que lo que en una cultura patriarcal se llama poder, tiene lugar en la obediencia del otro a través de la sumisión obtenida por la coerción. Más aún, tal coerción usualmente tiene lugar disfrazada bajo argumentos que afirman que el poder es una propiedad o don de aquellos que ejercen la coerción a través de las acciones de sus adeptos de una manera que oculta la coerción que ellos ejercen. La democracia no opera en términos de poder, autoridad o exigencias de obediencia; muy por el contrario, la democracia se realiza mediante conductas

que surgen de conversaciones de coinspiración que generan cooperación, consenso y acuerdos.

- b) Conversaciones que niegan el libre acceso a la observación, examen, opinión, o acción en los asuntos de la comunidad a algunos de sus miembros, y que hacen esto con argumentos que afirman que aquellos miembros de la comunidad excluidos son intrínsecamente incapaces de tener una participación adecuada en aquellos asuntos. La emoción fundamental involucrada en conversaciones de exclusión diferencial de ésta clase, es la preferencia patriarcal por relaciones de jerarquía y de control en el operar de una comunidad humana. Estas preferencias usualmente se ocultan bajo algún argumento de justicia o derecho, validado a través de referencias a algún sistema de nociones y principios tratados como trascendentalmente válidos. Pero, debido a su forma de constitución no hay ni puede haber ninguna justificación trascendental para la democracia; la democracia es una manera de vivir en comunidad que surge, cuando es de hecho adoptada, como un acuerdo social abierto que proviene de una añoranza o deseo profundo de recobrar una vida matrística como un vivir en el respeto mutuo y el autorrespeto.
- c) Conversaciones que justifican la negación del acceso a los medios básicos de subsistencia a algunos miembros de la comunidad a través de argumentos que afirman la legitimidad de la competencia en un mundo abierto a la libre empresa. El emocionar fundamental envuelto en estas conversaciones en nuestra cultura patriarcal, es el de la enemistad que surge con el deseo de la apropiación. La enemistad, la interferencia activa con el acceso que otro ser viviente podría normalmente tener a sus medios de subsistencia, es una característica de nuestra cultura patriarcal que ésta justifica con argumentos que hacen de la apropiación del mundo natural una virtud, o aún un derecho trascendental. En un vivir democrático, la cooperación, el compartir y la participación son partes de su emocionar básico, y la acción a que conduce tal emocionar frente a la escasez, es la distribución participativa, no la apropiación. De manera que cualquier argumento que justifica la apropiación restringe o interfiere el acceso a los medios de vida a algunos de los miembros de una comunidad democrática, destruyendo la democracia en esa comunidad.
- d) Conversaciones que validan la oposición entre los derechos del individuo y los derechos de la comunidad bajo el argumento de que el individuo y la comunidad necesariamente se niegan unos a otros a través de un conflicto de intereses. El emocionar fundamental que estas conversaciones involucra, es apropiación y enemistad bajo la afirmación de que la individualidad humana se constituye en una dinámica de oposiciones en la que cada individuo surge a través de un proceso de activa diferenciación del otro. Sin embargo, el individuo humano no surge de una dinámica de oposiciones, sino que, por el contrario, surge en el desarrollo del autorrespeto y dignidad que tiene lugar a través de la confianza y respeto mutuos en un ámbito social propio de la vida matrística de la infancia en la que él o ella llegó a convertirse tanto en un ser

individual como en un ser social. Por consiguiente, la coexistencia democrática no surge en la historia europea del deseo de satisfacer intereses comunes, sino que de la añoranza por la aceptación y el respeto mutuos. En otras palabras, el vivir democrático según lo que yo digo, no surge como un mecanismo que permite resolver conflictos de intereses, sino que surge como un intento de realizar un modo neomatrístico de convivencia en la constitución de un estado democrático como un proyecto común. La democracia no es una solución, es un acto poético que define un punto de partida para una vida adulta neomatrística porque es la constitución por declaración de un estado como un sistema de convivencia que es un sistema social humano, un ámbito de mutuo respeto, de cooperación y de coparticipación, coextenso con una comunidad humana regida o realizada por tal declaración.

- e) Conversaciones que afirman la necesidad de orden y estabilidad para asegurar la libre empresa y la libre competencia bajo el argumento de que es la libre empresa y la libre competencia lo que lleva al progreso social, en el supuesto implícito de que con la noción de progreso se connota algo que es un valor en sí. El empujón fundamental en nuestra cultura patriarcal en relación a la noción de progreso, es el propio de los deseos de apropiación o autoridad involucrados en las conversaciones de jerarquía, crecimiento, control y subordinación. Pero, el control de los otros, la obediencia bajo las relaciones jerárquicas que se mantienen mediante la coerción, y el crecimiento como una acumulación de bienestar a través de la apropiación de los medios de vida de los otros, son acciones que estabilizan la exclusión y generan miseria material, depredación ambiental y sufrimiento, debido a que constituyen dinámicas de negación recurrente de los fundamentos matrísticos de nuestra infancia occidental, y más profundamente de nuestra constitución como seres humanos, y son, por lo tanto, intrínsecamente negadoras del respeto mutuo y autorrespeto constitutivo del vivir democrático. Más aún, esta manera de vivir en el continuo juego de la competencia y la demanda de estabilidad, hace a la educación un instrumento de crianza de niños patriarcales que vivirán en contradicción emocional al vivir tanto en la continua negación de la democracia como una manera de coexistencia humana, como en la permanente añoranza por la recuperación de sus fundamentos matrísticos.
- f) Conversaciones de poder, de control, y de confrontación en la defensa de la democracia, o para resolver las dificultades que surgen en el vivir en ella, en vez de conversaciones de reflexión, de acuerdo y de responsabilidad en relación al propósito común que la funda. El empujón que da surgimiento a estas conversaciones implica la pérdida de la confianza en el otro junto con el deseo por la seguridad y protección que una autoridad amiga fuerte que controla al otro asegura, en una forma de coexistencia en la que cada desacuerdo se vive como una amenaza que tiene que ser encarada a través de la guerra y la negación de los otros, y en la que cada dificultad se vive como un problema que tiene que ser resuelto mediante la lucha, y en la que cada oportunidad para

una nueva acción se aparece como un desafío que tiene que vivirse como una confrontación. Esta clase de conversaciones niega la democracia, de hecho o por inspiración, al destruir el respeto mutuo fundamental que hace posible la coinspiración para la convivencia en respeto mutuo que la constituye.

- g) Conversaciones que alaban a las relaciones jerárquicas, de autoridad, y de obediencia, como virtudes que aseguran el orden en las relaciones humanas. Conversaciones de esta clase aseguran una división jerárquica de las actividades humanas y estabilizan los privilegios sin el uso de la fuerza. El empujón que da surgimiento a estas conversaciones es el deseo de mantener y asegurar el control de los privilegios apropiados. Las conversaciones de esta clase restringen el acceso que todos los miembros de una comunidad democrática deberían tener a los asuntos de la comunidad, y lo conceden como un privilegio a sólo algunos. Las conversaciones de esta clase destruyen la democracia por la negación de sus fundamentos.
- h) Conversaciones que presentan todo desacuerdo en una comunidad democrática como lucha por el poder bajo el argumento de que la democracia es una oportunidad para que participen en tal lucha todas las fuerzas sociales. En estas conversaciones el empujón fundamental va a través del deseo de control y dominación bajo el cual vivimos nuestro ser adulto en nuestra cultura patriarcal europea. En este empujón vivimos todos nuestros desacuerdos como amenazas a nuestra identidad, y no los respetamos como expresión de una diversidad legítima de coinspiradores para una vida en democracia. Conversaciones de esta clase oscurecen el propósito común de la vida en democracia y tarde o temprano la niegan en su totalidad.
- i) Conversaciones de competencia y creatividad, que afirman que el progreso es una característica necesaria de la vida humana, y que el progreso es el incremento en la dominación de la naturaleza y el control de la vida. En estas conversaciones el empujón fundamental es la avaricia, el deseo por la apropiación y el control. Las conversaciones de competencia y de creatividad niegan al otro, ya sea directamente en el acto de competir, o indirectamente mientras afirman que el otro carece de la creatividad básica necesaria en una sociedad que sobrevive solamente a través de una búsqueda interminable de la novedad. Estas conversaciones niegan la democracia al negar al otro en su total legitimidad, al devaluar la armonía del vivir que surge en la consensualidad, y al alabar las diferencias que surgen en una lucha continua.
- j) Conversaciones de urgencia e impaciencia que exigen la acción inmediata, y que bajo el argumento de desconfianza intentan imponer una visión particular antes de que ésta sea sometida a la reflexión pública. Estas conversaciones surgen en el deseo de control y certeza a cualquier costo, y son presentadas bajo el argumento de derecho y justicia. Estas conversaciones destruyen cualquier espacio para las conversaciones de coinspiración, limitando la posibilidad de cualquier acuerdo que pueda conducir a la comprensión y a la acción

democrática. Las conversaciones que implican desconfianza dan surgimiento a la desconfianza, y destruyen la democracia al hacer posibles las acciones autoritarias.

La democracia es una ruptura en nuestra cultura patriarcal europea que surge de nuestra añoranza matrística por la vida en el respeto mutuo y la dignidad, que la vida centrada en la apropiación, la autoridad y el control, niega. Como tal, la democracia es una obra de arte, un sistema de convivencia artificial generado conscientemente, que puede existir solamente a través de las acciones propositivas que le dan origen como una coinspiración en una comunidad humana. Sin embargo, al no darnos cuenta de la no racionalidad constitutiva de la democracia como un producto de una coinspiración social matrística, tratamos de darle una justificación racional, argumentado en términos de principios trascendentales de justicia y derecho, que juzgamos como universalmente válidos precisamente a través de esa misma argumentación racional. Más aún, como nuestros argumentos racionales han fallado al no convencer a aquellos que no aceptaban ya *a priori* los fundamentos matrísticos no racionales de nuestro argumento, y que, por lo tanto, no necesitaban de ellos, hemos hecho solamente la otra cosa que sabemos hacer en nuestra cultura patriarcal, esto es, hemos recurrido al uso de la fuerza bajo el fundamento de teorías filosóficas que justifican su uso para el bien común. Pero, la fuerza también ha fallado en el intento de crear una convivencia democrática, y fallará necesariamente siempre porque la fuerza constitutivamente niega el dominio de las conversaciones de confianza, de respeto mutuo, de autorrespeto y de dignidad, que debemos vivir si queremos vivir en democracia. Esto no es todo, sin embargo.

La democracia no es un producto de la razón humana, la democracia es una obra de arte, es un producto de nuestro emocionar, una manera de vivir de acuerdo a un deseo neomatrístico por una coexistencia dignificada en la estética del respeto mutuo. Lo que hace difícil el vivir en democracia en el medio de una cultura patriarcal que continuamente la niega, es el que las gentes que quieren vivir en democracia son en su origen patriarcales. Y es precisamente porque ellas también son patriarcales en su origen, que ellas no entienden que la democracia no tiene justificación trascendental, y que es de hecho artificial, un producto de la coinspiración, y creen que una vez que la democracia ha llegado a ser estabilizada, puede ser defendida racionalmente a través del uso de nociones tales como derechos humanos como si éstos tuviesen validez universal trascendente, sin darse cuenta de que estos son también arbitrarias obras de arte. La democracia, como una forma de coexistencia matrística en el medio de una cultura patriarcal que se opone a ella y que constitutivamente la niega, no puede ser estabilizada ni defendida, puede ser solamente vivida, y será democracia solamente en tanto sea vivida. La defensa de la democracia, y de hecho, la defensa de cualquier sistema político, necesariamente conduce a la tiranía.

Por lo tanto, todo lo que podemos hacer si de hecho queremos vivir en democracia, es vivir de acuerdo a ella en el proceso de generar acuerdos públicos para

todas la acciones que queremos que tengan lugar en ella, y hacerlo así mientras vivimos de acuerdo a aquellos acuerdos públicos que le dan origen y la constituyen. Vivir en democracia es un acto de responsabilidad pública que surge de un deseo de vivir tanto en la dignidad individual como en la legitimidad social que ella implica como una manera matrística de vivir, y fallamos en nuestro intento solamente cuando no realizamos esta manera de vivir mientras afirmamos que queremos vivir en ella.

REFLEXIONES ETICAS FINALES

Hay solamente unas pocas consideraciones adicionales que quiero hacer, casi como un resumen de todo lo que he dicho en este largo ensayo.

Yo he sostenido en este ensayo que la vida humana es cultural, esto es, tiene lugar como red de conversaciones en el entrelazamiento del lenguaje y el emocionar, o, lo que es lo mismo, que la vida humana tiene lugar como una red de coordinaciones consensuales de coordinaciones consensuales de acciones y emociones entre seres humanos que han llegado a ser humanos viviendo una vida humana. Además, he hecho la totalidad de mi argumentación en este ensayo atendiendo al emocionar que en cada momento hace posible la red de conversaciones que define a una cultura particular como una manera particular de coexistencia en una comunidad humana.

En el proceso de presentar mis argumentos, he mantenido que la existencia humana surge en el linaje particular de primates bípedos a que pertenecemos cuando el vivir en conversaciones como un entrelazamiento del lenguaje con el emocionar, comenzó a ser conservado generación tras generación como parte de la manera de vivir que definió desde entonces a ese linaje y lo hizo de hecho el linaje humano. Más aún, también he sostenido en este ensayo, que, el que el vivir en redes de conversaciones haya resultado ser la característica más central de la manera de vivir de nuestros ancestros, indica que ellos deben haber vivido una historia de coexistencia fundada en la biología del amor. Pero, al hacer esta afirmación, también he afirmado que el amor, como el dominio de aquellas acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en coexistencia con uno, es tanto la emoción básica que constituye la vida social en general, como la emoción básica en la historia humana tanto en el origen del lenguaje como en la realización y conservación de la manera humana de vivir.

En fin, también he sostenido en este ensayo, que debido a nuestro origen evolutivo, los seres humanos somos, en tanto animales, animales dependientes del amor que se enferman al ser privados de él en cualquier edad, y que como seres humanos, somos seres culturales que podemos vivir en cualquier cultura que no niegue totalmente en su desarrollo inicial una relación madre-hijo de íntimo contacto corporal en mutua confianza total.

La guerra, la agresión, la maldad, como maneras de vivir en la negación de los otros no son características de nuestra biología. Como animales, nosotros los seres humanos somos, sin duda, biológicamente capaces de agresión, de odio, de rabia, o de cualquier emoción que la experiencia nos muestra que podemos vivir, y que constituye un dominio de acciones que conduce a la destrucción o negación de los otros, pero nosotros vivimos estos dominios de acciones ya sea como episodios transitorios, o como alienaciones culturales que sabemos nos distorsionan en nuestra condición humana y nos llevan a la locura o a la infelicidad. La agresión, la guerra, la maldad, no son parte de la manera de vivir que nos define como seres humanos y que nos dio origen como tales.

Sin embargo, los seres humanos existimos en conversaciones, y podemos cultivar las conversaciones de agresión, de guerra, de odio, de control, de obediencia, y podemos generar y vivir en culturas que cultivan estos dominios de acciones como lo hicieron nuestros ancestros indo-europeos al generar su cultura patriarcal, y lo siguen haciendo aún las culturas patriarcales descendientes de ella como nuestra propia cultura patriarcal europea.

En otras palabras, pienso que el conflicto entre el bien y el mal que ha dado origen a tantos mitos en la historia de nuestra cultura, no es propio de nuestra animalidad, y tampoco lo es de nuestra condición humana, sino que corresponde a un aspecto de la historia de la humanidad que surge con la cultura patriarcal indo-europea y que en tanto se hace manera cotidiana de vivir, tarde o temprano nos enajena de nuestra condición humana de seres hijos del amor.

Como seres humanos occidentales modernos decimos que valoramos la paz y vivimos como si los conflictos que surgen en la convivencia pudiesen ser resueltos en una lucha por el poder; hablamos de cooperación y valoramos la competencia, decimos que valoramos la participación, pero vivimos en la apropiación que niega al otro los medios naturales de subsistencia; hablamos de la igualdad humana pero continuamente validamos la discriminación; hablamos de justicia como un valor, pero vivimos en el abuso y la deshonestidad; mantenemos que valoramos la verdad, pero negamos que mentimos para conservar las ventajas que tenemos sobre los demás... Esto es, en nuestra cultura patriarcal occidental vivimos en conflicto y frecuentemente decimos que la fuente de estos conflictos está en el carácter conflictivo de nuestra naturaleza humana. Frecuentemente se dice que tanto la lucha entre el bien y el mal como el vivir en agresión, son características propias de la naturaleza biológica de los seres humanos. Yo no estoy de acuerdo con esto, no porque piense que el ser humano en su naturaleza sea pura bondad o pura maldad, sino que porque considero que la cuestión del bien y del mal no es biológica sino que cultural. Este conflicto en que los seres humanos patriarcales occidentales modernos vivimos nos agobiará con sufrimientos, y eventualmente nos destruirá a menos que lo resolvamos. En mi parecer la mayor parte de la humanidad vivimos el presente de una cultura que nos ciega ante nuestros fundamentos enajenándonos en la apropiación, en el poder, en las jerarquías, en la guerra, esto es, vivimos en la negación de nuestra condición de hijos

del amor que genera nuestra cultura patriarcal europea. Más aún, pienso que nuestro conflicto como seres humanos modernos de la cultura patriarcal europea a la cual pertenecemos, surge de la contradicción emocional en que nos sumerge la sucesiva incorporación a los modos de vida matrístico y patriarcal que vivimos al crecer como miembros de ella.

Veamos nuevamente la naturaleza del conflicto fundamental en que vivimos inmersos en nuestra cultura patriarcal europea cuando vivimos la oposición de estas dos maneras de vivir que se niegan una y otra en todos los aspectos de su emocionar: la manera matrística de vivir en nuestra infancia, en la que nos formamos como seres sociales inmersos en la dinámica relacional de la biología del amor en la que hombres y mujeres son de sexo diferente pero iguales en una coparticipación equivalente en la configuración del convivir; y la manera patriarcal adulta de vivir, que recurrentemente nos sumerge en la negación de la biología del amor a través de una dinámica de relaciones mutuas fundada en la fascinación de la manipulación de la naturaleza y la vida, asociada a la idea de la superioridad intrínseca del hombre sobre la mujer, en una oposición fundamental de lo masculino y lo femenino.

La manera matrística de vivir intrínsecamente abre un espacio de coexistencia con la aceptación tanto de la legitimidad de todas las maneras de vivir, como de la posibilidad de acuerdo y consenso en la generación de un proyecto común de convivencia; la manera patriarcal de vivir restringe intrínsecamente la coexistencia a través de las nociones de jerarquía, de dominación, de verdad, y de obediencia, que exigen la autonegación y la negación del otro. La manera matrística de vivir nos abre a la posibilidad de la comprensión de la vida y la naturaleza, porque nos conduce al pensamiento sistémico al permitirnos ver y vivir la interacción y coparticipación de todo lo vivo en el vivir de todo lo vivo; la manera patriarcal de vivir restringe nuestro entendimiento de la vida y la naturaleza al conducirnos a la búsqueda de una manipulación unidireccional de todo en el deseo de controlar el vivir.

Sin embargo, en este conflicto se encuentra también la posibilidad de salir de él mediante la reflexión en un proceso que puede llevarnos a una comprensión que de otro modo no seríamos capaces de tener, esto es, tanto a la comprensión del origen de nuestros deseos por la democracia, como a la comprensión del origen de nuestros deseos de ecuanimidad y justicia. De hecho, ¿cómo sabemos de ecuanimidad y justicia de modo que podemos desearlas? Se dice que está en la naturaleza humana vivir en el conflicto entre el amor y el odio, así como el vivir en la agresión y la guerra. Y cuando se habla de la naturaleza humana se habla de biología humana. Además frecuentemente se dice, al referirse a los aspectos indeseables de la conducta humana, que ellos revelan su naturaleza animal.

En este ensayo he sostenido que esto no es así, y que no es nuestra naturaleza animal, ni aún nuestra naturaleza humana como animales en el lenguaje y el conversar, lo que nos conduce a vivir en la agresión y la competencia, sino que

nuestra cultura patriarcal europea. Y afirmo que es lo patriarcal lo que genera agresión y competencia como maneras de vivir, y que es el conflicto entre la cultura matrística prepatriarcal europea y patriarcal pastoril en el origen de nuestro presente cultural patriarcal occidental en el encuentro que le dio origen, lo que da origen al conflicto entre el bien y el mal, el amor y el odio, que como dije más arriba se afirma frecuentemente son características de la naturaleza humana.

De cualquier modo, afirmo que nosotros, miembros de la cultura patriarcal europea a la cual pertenecemos, sabemos o conocemos de participación, de ecuanimidad, y de cooperación, a través de nuestra infancia matrística, y que deseamos el vivir en democracia cuando queremos recuperar la esencia de nuestra infancia matrística. Esto es, sostengo que nosotros miembros de la cultura patriarcal europea queremos democracia cuando queremos recuperar la dignidad, el autorrespeto, y el respeto por los otros, y que queremos recobrar esto solamente en la medida en que lo hemos vivido en nuestra infancia. Más aún, sabemos que estos deseos no corresponden a una añoranza vacía o una mera esperanza, porque llegado el momento sabemos qué hacer en la coexistencia neomatrística de la democracia. Y de hecho sabemos qué hacer porque hemos vivido inmersos en nuestra infancia en conversaciones matrísticas, y estas conversaciones tienen que ver con nuestra condición propiamente humana de seres amorosos que dependen del amor para su salud física y mental.

Así, sabemos que debemos atender a la crianza de nuestros niños ofreciéndoles las relaciones matrísticas de total confianza y aceptación en las que ellos crecen en dignidad, esto es, en el respeto por sí mismo y por los otros, y sabemos también que nuestros niños deben vivir así hasta entrar plenamente en su juventud, de modo que su autorrespeto y su conciencia y responsabilidad social no puedan ser totalmente negados por las conversaciones patriarcales adultas (ver Verden - Zöllner en el próximo capítulo). También sabemos que nosotros los adultos también necesitamos vivir en autorrespeto y respeto por los otros si hemos de vivir una vida sana física y psíquicamente, y, finalmente, sabemos además que todo lo que tenemos que hacer para que el autorrespeto suceda como un fenómeno natural del vivir, es actuar con autorrespeto y respeto por los otros, aceptándolos como legítimos otros en coexistencia con nosotros en la práctica de las conversaciones neomatrísticas de la democracia tanto en el acuerdo como en la discrepancia.

El mundo está cambiando y los derechos de la mujer han llegado a ser aceptados, ¿es así? Podemos decir que las mujeres están recobrando sus derechos como ciudadanos totalmente democráticos a través de los movimientos feministas. Pero, el hecho de que la mujer afirme, y de que los hombres concuerden con ella, de que ella tiene que luchar o pelear por lo que ella afirma son sus legítimos derechos como ciudadana democrática, reafirma la patriarcalidad, que es precisamente el dominio cultural donde la cuestión de la dignidad y el respeto mutuo en las relaciones humanas son vividas en términos de derechos y deberes que tienen que ser asegurados en alguna forma de lucha social, no como algo natural y

propio de la convivencia social humana. Es la disolución de la lucha que debe llegar después de la lucha el verdadero propósito de esa lucha, y tal disolución sólo es posible en el pasaje de una cultura patriarcal a una neomatrística.

El curso de la historia de la humanidad sigue el camino del emocionar, y no el camino de la razón, o de las posibilidades materiales, o de los recursos naturales, seamos conscientes de ello o no. Y esto es así porque son nuestras emociones lo que constituye los distintos dominios de acciones que vivimos en las distintas conversaciones en que aparecen como tales los recursos, las necesidades o las posibilidades. Así, la vida que los seres humanos vivimos, lo que somos y lo que llegaremos a ser, como también el mundo o los mundos que traemos a la mano con el vivir y como los vivimos, son siempre nuestro hacer, y, a la larga, al darnos cuenta de que esto es así, los mundos que vivamos serán de nuestra total responsabilidad. El entendimiento, como mirada contextual que acoge todas las dimensiones de la red de relaciones e interacciones en que tiene lugar lo que se entiende, nos abre la posibilidad de darnos cuenta de nuestras emociones cuando lo que entendemos es nuestra propia vida, y, por lo tanto, también nos abre la posibilidad de ser responsables de nuestras acciones. En fin, si al darnos cuenta de nuestra responsabilidad nos damos cuenta de nuestro darnos cuenta, y actuamos de acuerdo a ello, llegamos a ser libres, y nuestras acciones surgen en libertad.

Al ser responsables actuamos conscientes de las consecuencias de nuestras acciones y según nuestro deseo de ellas. Un acto responsable implica, por lo tanto, conciencia de que toda conducta humana tiene lugar en un ámbito de relaciones vitales mucho más amplio que el de la propia individualidad, y es, por lo tanto, una experiencia espiritual. Por esto, un acto responsable y libre aunque puede tener consecuencias dolorosas, no trae consigo sufrimiento. En estas circunstancias, nuestra posibilidad de salirnos de la contradicción emocional básica en que nos encontramos inmersos en nuestra cultura patriarcal occidental, y así escapar al sufrimiento que ésta contradicción trae consigo, está en nuestra posibilidad de darnos cuenta de que su origen es cultural y no biológico.

Yo he dicho muchas veces que los seres humanos somos seres emocionales como todos los mamíferos, que por existir en el lenguaje y en el conversar, usan la razón para ocultar o justificar sus deseos. Esta afirmación no desvaloriza la razón. Todo lo dicho en este artículo, o más en general, todo lo que los seres humanos hacemos surge en nuestro ser racional porque lo racional consiste en operar en las coherencias del lenguaje. El problema con la racionalidad no está en ella, sino que en la apropiación de la verdad en las situaciones de conflicto que surgen cuando en un espacio de convivencia humana se rompe la unidad cultural. En tanto somos miembros de la misma red de conversaciones, de la misma cultura, y vivimos inmersos en la misma red de nociones fundamentales que guían nuestro hacer y nuestro pensar como verdades evidentes, nunca vivimos discrepancias racionales, sólo desacuerdos emocionales o meros errores lógicos. Todo sistema racional, sea éste científico, técnico, filosófico, o místico, se funda

en premisas fundamentales aceptadas implícita o explícitamente *a priori*, esto es, según las preferencias explícitas o implícitas del que lo acepta.

Al crecer miembro de una cultura, se crece inmerso de modo natural, y como algo que uno acepta como propio y espontáneamente deseado y preferido, en una red de conversaciones que implican un empujón que especifica operacionalmente el conjunto de premisas fundamentales que funda las distintas argumentaciones racionales de esa cultura. Una cultura es, para los miembros de la comunidad que la vive, un ámbito de verdades evidentes que no requieren justificación, y cuyo fundamento no se ve ni se investiga a menos que en el devenir de esa comunidad surja un conflicto cultural que lleva a tal reflexión. Esta última es nuestra situación actual.

Como miembros de la cultura patriarcal europea, vivimos dos culturas opuestas en una. En nuestra infancia vivimos inmersos en lo que es una cultura principalmente matrística, y en nuestra vida adulta vivimos casi exclusivamente una cultura patriarcal. Esta oposición cultural si nos damos cuenta de ella, sin embargo, es también nuestra oportunidad al ofrecernos una ocasión de reflexión, para darle a la racionalidad su verdadero lugar. Desde el pensar científico que surge como posibilidad con la democracia como una forma de pensar neomatrística, es posible darse cuenta de que todo sistema racional tiene un fundamento emocional. Pero también es posible darse cuenta de que en tanto uno se da cuenta de eso, uno puede hacerse responsable de su racionalidad, y no amarrarla a creerse dueño de un acceso privilegiado a una verdad trascendente, y así darle al pensamiento racional y al hacer humano de hecho responsabilidad y libertad.

Los seres humanos somos demasiados y lo contaminamos todo con cantidades crecientes de desechos como resultado de una sobrepoblación que surge de que en nuestra cultura patriarcal occidental consideramos a la procreación y el crecimiento como valores en sí, y no como meras preferencias culturales. Así, generamos miseria a nuestro alrededor movidos por el deseo de un enriquecimiento ilimitado a través de apropiarnos de todo a cualquier costo bajo el argumento de que la libre empresa es un derecho. Destruimos y alteramos el mundo natural en que somos seres vivos, porque, cegados por nuestro orgullo de maestros de lo tecnológico, queremos controlarlo y explotarlo, arguyendo que es nuestro derecho como los seres más inteligentes de la tierra. Vivimos en la tensión y la exigencia porque en nuestro afán de ser los mejores, competimos y usamos a los otros como la medida de nuestro valer y no nuestro propio hacer, afirmando que la competencia lleva al progreso y que el progreso es un valor.

Siempre actuamos, consciente o inconscientemente, según nuestros deseos, pero como no siempre somos responsables de ellos, generamos en otros y en nosotros mismos un sufrimiento que no siempre deseamos. Por lo tanto, si queremos actuar de un modo diferente, si queremos vivir un mundo distinto, debemos cambiar nuestros deseos, y para ello debemos cambiar nuestras conversaciones, pero tenemos que hacerlo totalmente conscientes de lo que queremos para corregir nuestro actuar si éste nos lleva en una dirección no deseada. Nuestras dificult-

tades actuales como humanidad no se deben a que nuestros conocimientos sean insuficientes o a que no dispongamos de las habilidades técnicas necesarias; nuestras dificultades como humanidad surgen de nuestra pérdida de sensibilidad, de nuestra pérdida de dignidad individual y social, de nuestra pérdida de autorrespeto y respeto por el otro, y en general, de la pérdida de respeto por nuestra propia existencia en la que nos sumergimos llevados por las conversaciones de apropiación, de poder, y de control de la vida y de la naturaleza, propias de nuestra cultura patriarcal.

En fin, pienso que las reflexiones que he presentado en este ensayo muestran que la única salida de esta situación es mediante la recuperación de nuestra conciencia de responsabilidad individual frente a nuestros actos al ver nuevamente que el mundo que vivimos lo configuramos con nuestro quehacer. Además pienso, que esto es posible sólo en la recuperación del vivir matrístico, que de hecho vivimos cuando honestamente vivimos en las relaciones neomatrísticas de un vivir honesto en las conversaciones que constituyen el vivir democrático, y nos hacemos responsables de nuestra racionalidad haciéndonos responsables de nuestros deseos.

Bibliografía

- Gimbutas Marija, 1982. *The Goddesses and Gods of Old Europe*. University of California Press.
- Gimbutas Marija, 1991. *The Civilization of the Goddess: the world of old Europe*. Harper Collins, San Francisco.
- Maturana R. Humberto, 1988 "Ontología del conversar".
Revista Terapia Psicológica, 7 (10); 15-21.
Santiago de Chile.
- Verden-Zöllner Gerda, 1978 *Materialien zur Gabi-Studie*.
Univ. Bibliothek Salzburg, Viena.
- Verden-Zöllner Gerda, 1979 *Der imaginär Raum*.
Univ. Bibliothek Salzburg, Viena.
- Verden-Zöllner Gerda, 1982 "Feldforschungsbericht: Das Wolfstein -
Passauer - Mutter - Kind - Modell. Einführung
in die Ökopsychologie der frühen Kindheit".
Archiv des Bayerischen Staatsministeriums für
Arbeit und Sozialordnung, München.

**EL JUEGO EN LA
RELACION MATERNO INFANTIL:
Fundamento Biológico de la conciencia de sí mismo
y de la conciencia social**

Gerda Verden-Zöller

a Humberto Maturana Romesin

TABLA DE CONTENIDOS

I. INTRODUCCION

II. EL PROBLEMA

1. El presente de nuestra cultura.
2. El presente de nuestra biología: Epigénesis.
3. Nuestra ceguera ante el presente.
4. Juego y jugar.
5. Emociones.

III. QUE HACER.

1. Ritmo corporal.
2. Balance corporal.
3. Movimiento.
4. Signos elementales.
5. Espacio.
6. Construcción de teorías.
7. Construcción del mundo elemental de la imaginación.

IV. EL COMIENZO (1972-1979)

V. EL DESARROLLO (1979-1986)

1. Juego libre del niño y filogénesis.
2. Cinco modalidades de experiencia corporal.
3. Talleres semanales de juego para madres, niños profesores y profesoras de jardín infantil.
4. Investigación de campo.
5. Fundación del Instituto de Investigación de Ecopsicología de la Niñez Temprana.
6. Niños en grandes áreas metropolitanas.

VI. LAS CONSECUENCIAS DEL DARSE CUENTA

VII. REFERENCIAS

I. INTRODUCCION

Este es un artículo inusual, tanto en su contenido como en su presentación. Su contenido es poco usual debido a que es un informe sobre un estudio de la normalidad en la relación materno-infantil hecho desde lo normal y no desde lo patológico. Esto es, lo que yo presento aquí, son mis reflexiones acerca de mi investigación sobre el desarrollo del conocimiento del propio cuerpo y del cuerpo del otro, en relación con el desarrollo de la conciencia de sí y la conciencia social en los niños, como una capacidad operacional que ellos adquieren normalmente como resultado de su vivir en un dominio de aceptación mutua total en sus interacciones con sus madres. Y es poco usual en su presentación, porque no está concebido en términos analíticos dando argumentos psicológicos o neurofisiológicos para apoyar lo que en él se dice, sino que está más bien ideado como una presentación evocativa de la comprensión de lo que ocurre en la relación materno-infantil a través de una serie de afirmaciones que revelan lo que he observado en el devenir de dicha relación. Antes de comenzar, sin embargo, quiero presentar la naturaleza de mi tarea.

Mientras yo trabajaba con una niña epiléptica con limitaciones sensomotoras, que había nacido ciega y que no había recuperado la visión después de una operación ocular, en un proceso que nos llevó a ambas a vivir en interacciones recurrentes que nos involucraban en una aceptación mutua total, fui testigo, como si fuera en cámara lenta, de su total transformación en un ser normal, tanto en lo individual como en lo social. ¿Cómo fue que esto ocurrió?

Después que esta pregunta surgió en mí yo no la pude abandonar, y me dediqué por más de diez años, a través de la creación y el trabajo en talleres de juego materno-infantil, al estudio y la comprensión de los fenómenos implicados en esa transformación. Ahora, después de esta larga investigación, estoy dispuesta a plantear, como una conclusión general, que la conciencia individual y la conciencia social del niño o niña surgen a través de sus interacciones corporales con su madre en una dinámica de total aceptación mutua en la intimidad del juego. La simplicidad de esta respuesta en el contexto del frecuente desarrollo normal del niño o niña a través de su crecimiento biológico natural como miembro de una comunidad humana, no debe oscurecer el valor de lo que acabo de decir para la comprensión del desarrollo humano normal. En realidad, el mero hecho de que esta respuesta sólo pudiese ser obtenida después de una larga investigación, muestra nuestra ceguera cultural ante muchos aspectos del desarrollo normal del niño humano como un ser bien integrado tanto en lo individual como en lo social.

Deseo añadir acá, que mi comprensión de los fenómenos biológicos implicados en el desarrollo del niño, ha sido grandemente enriquecida por el trabajo de Humberto R. Maturana, y quiero agradecerle por esto. Lo que Maturana dice a este respecto puede ser expresado en sus propias palabras: “Saber es hacer, y hacer es saber. Pero, la acción y el comportamiento surgen de la operación de la corporalidad del organismo de acuerdo a su estructura en el momento de su acción o su conducta, y la estructura de un organismo es en cada instante el presente de su historia biológica en un devenir epigénico que comienza en su concepción. Debido a esto, nadie puede actuar o comportarse fuera del dominio de posibilidades que su corporalidad implica, y el subconjunto de los actos o conductas posibles que un organismo desarrolla de hecho a lo largo de su historia individual, depende de cómo él vive ésta historia. De modo que un niño o niña necesariamente llegará a ser en su desarrollo el ser humano que su historia de interacciones con su madre, y los otros seres que lo rodean, permita de acuerdo a como se transforme su corporalidad en esas interacciones. El ser humano que un ser humano llega a ser, se va constituyendo a través de la vida humana que éste vive”. ¡Sigamos!

II. EL PROBLEMA

1. El presente de nuestra cultura

En Occidente pertenecemos a una tradición cultural que ha separado por largo tiempo cuerpo y mente, cuerpo y espíritu, cuerpo y alma, afirmando que el espíritu o el alma es una entidad que pertenece a un dominio trascendental más real y más permanente que el cuerpo, y que éste pertenece a la transitoriedad de las formas que adopta el mundo material. Como resultado de esto, en Occidente vivimos de una u otra manera una continua devaluación del cuerpo por su incapacidad para alcanzar las alturas de nuestras idealizadas almas. Tal como lo plantea la tradición cristiana, podemos salvarnos si conquistamos o vencemos, “las tentaciones de nuestros cuerpos”; o como lo plantea el budismo, podemos ir más allá de la ilusión del yo, abandonando la inpermanencia del mero fenómeno, al buscar la permanencia de la pura conciencia o la nada del nirvana.

Esta negación del cuerpo se acompaña en nuestra cultura con un continuo empuje hacia la separación y oposición del observador y lo observado, del ser humano y la naturaleza. La expresión más extrema de esta separación entre el ser humano y naturaleza, entre el observador y lo observado, aparece en la Biblia, la principal fuente escrita de lo que se considera la vida espiritual en nuestra tradición judeo-cristiana. Dice el Génesis, Capítulo I, 26: “Así habló el Señor: tendrás autoridad sobre los peces del mar, las aves del cielo, sobre los animales de la tierra, y sobre las criaturas que se arrastran sobre el suelo”.

La afirmación bíblica acerca de la creación de Adán, a imagen y semejanza de un Dios espiritual masculino, para que sea Señor del resto de su creación, ha justificado en nuestra cultura occidental no sólo nuestra devaluación de nuestra corporalidad humana en favor de nuestra esencia espiritual, sino que también ha justificado nuestra devaluación de las mujeres como diferentes de la imagen de Dios. Aún más, esta afirmación ha constituido también nuestra separación del resto de la naturaleza, creando un espacio para nuestra ceguera frente a ella tanto como frente a nosotros mismos como parte de ella. En otras palabras, nuestra ceguera cultural frente a la naturaleza y a nuestra inclusión en ella como miembros de la tradición judeo-cristiana, no es el resultado de nuestras limitaciones como seres humanos, sino que es una característica cultural constitutiva de la actitud de dominio que mantenemos con respecto a ella como resultado del mandato bíblico. Ser Señor sobre alguien o sobre algo, implica la negación de éste alguien o algo a través de su completa subordinación a los caprichos del Señor, y, por lo tanto, una ceguera operacional que elimina cualquier posibilidad de comprenderlo. Un Señor es Señor a través de prestar atención sólo a sus propios deseos, negando aquellos de sus criados obedientes. Este es el caso incluso cuando uno quiere ser Señor sobre su propio cuerpo. La atención a los deseos y las necesidades del otro, destruye la autoridad (dominio) y crea la amistad (compañía). Cuando esto ocurre la obediencia es reemplazada por la cooperación, y la lucha por la aceptación y respeto mutuos en la coexistencia.

Nuestro propósito de controlar la naturaleza, y como Señores sobre ella, nuestro deseo de someterla a nuestra arbitrio, nos ha cegado ante ella y ante nuestra participación en su constitución, y ha limitado nuestra comprensión de ella. El resultado es un desastre ecológico que amenaza nuestra existencia como seres humanos. Similarmente, nuestros intentos para controlar nuestra corporalidad a través de su negación en la separación de cuerpo y mente, o materia y espíritu, afirmando el señorío del espíritu sobre el cuerpo, nos ha cegado ante nuestro cuerpo, y ha limitado nuestra comprensión de nosotros mismos como seres que como seres humanos existimos de hecho en el entrelazamiento de emoción y razón. El resultado ha sido la neurosis, el fanatismo, el sufrimiento social, la guerra y el crimen. Sin embargo, hay otra característica de la cultura occidental moderna a la que pertenecemos, que también ha contribuido a nuestra ceguera frente a nuestra corporalidad, y ésta es su casi total orientación a la producción y a la apropiación. La orientación a la producción y a la apropiación implica un modo de vivir en el que la atención se vuelve continuamente hacia los resultados de los actos, productivos o no, generándose una ceguera operacional respecto del presente en que ellos ocurren. Como resultado de esto, vivimos un vivir en el que no vemos nuestro presente como seres humanos, ya que continuamente miramos más allá de él para encontrar nuestra identidad en los productos de nuestra actividad intencional. En otras palabras, en nuestra cultura occidental hemos asociado nuestra identidad con el resultado de nuestra actividad, productiva o no, así como con las cosas que poseemos, y nos hemos vuelto ciegos ante nuestro presente como el punto de partida de cualquier cosa que hagamos. Más aún esta orien-

tación hacia la producción y hacia la apropiación en las relaciones humanas, también trae consigo el continuo intento de controlar al otro, y, por lo tanto, la ceguera ante él o ella, ya que el intento de controlar al otro implica su negación tanto como la negación de sus circunstancias en la manipulación de la relación. Más directamente, en las relaciones humanas el intento de controlarlas necesariamente implica la negación del otro, ya sea en una exigencia de obediencia a través de un argumento racional ciego a este, o mediante la amenaza.

Pero esto no es todo. Nuestra separación cultural de espíritu y cuerpo, así como la ceguera acerca de nuestra corporalidad que implica esta separación, junto con la separación de seres humanos y naturaleza que la acompaña, resulta en una falta fundamental de confianza en los procesos naturales en muchas áreas básicas de la existencia humana. Esta falta de confianza es frecuentemente negada con afirmaciones de admiración acerca de la sabiduría de la naturaleza, pero es continuamente reafirmada en un discurso recurrente acerca de las fuerzas naturales que tienen que ser dominadas o controladas. Por esta falta de confianza y permanente deseo de dominio, no vemos, o vemos demasiado tarde, que no es el control sino que la comprensión lo que le da armonía al vivir, encanto a la coexistencia, y libertad creativa en nuestras relaciones con la naturaleza en la medida en que la constituimos en nuestro vivir. Nuestra falta de confianza en los procesos naturales es particularmente evidente en nuestra actitud acerca del desarrollo del niño, tanto en sus dimensiones sociales como individuales. Así, debido a esta falta de confianza y a nuestra separación cultural de cuerpo y espíritu, no vemos la participación natural de las interacciones corporales del niño que crece en la constitución de su conciencia individual y social. La falta de confianza y el deseo de dominio y control generan ceguera, sólo la aceptación de otro implica el deseo de comprender, y es visionaria.

El que los seres humanos existimos en nuestras corporalidades plenamente como entidades espirituales, es evidente en nuestra vida diaria en el sufrimiento espiritual que vivimos con los sufrimientos de nuestros cuerpos y viceversa. Lo que en la vida cotidiana llamamos nuestra vida espiritual, es una forma de vivir en el mundo que configuramos en nuestra coexistencia corporal con otros. O, en otras palabras, lo que llamamos vida espiritual es una experiencia de pertenencia en un ámbito de existencia multi-corporal mayor que el de la propia corporalidad, incluso cuando intentamos describir dicha experiencia en términos abstractos tales como identidad con Dios, o como identidad con la totalidad de la existencia, o como experiencia de comunidad interpersonal. De hecho, al aceptar la separación de cuerpo y espíritu como identidades que se niegan mutuamente, se inicia para nosotros y los demás un sufrimiento que puede desaparecer sólo con una experiencia de unidad que los junte de nuevo. A través de la separación de cuerpo y espíritu que hacemos en nuestra cultura, junto con la instrumentalización que hacemos de nuestras relaciones interpersonales en nuestra orientación a la producción y la apropiación, vivimos una vida que devalúa la aceptación mutua, e inconscientemente enseñamos a nuestros niños a no amar, en tanto el

amor es el convivir en las acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en convivencia con uno. Debido a la separación de cuerpo y espíritu que hacemos en nuestra cultura, y a la frecuente instrumentalización de nuestras relaciones interpersonales, muchos de nuestros niños crecen en ceguera social y ceguera ante sí mismos al no aprender a vivir en la aceptación mutua plena como algo natural y espontáneo. El que esto no le ocurra a todos los niños aún, sólo revela que hay aún situaciones en su desarrollo que les permite vivir la aceptación corporal de sí mismo que es necesaria en la vida individual y social consciente bien integrada.

En nuestra cultura occidental usualmente exigimos un propósito para la mayoría de nuestras interacciones y relaciones, ya sea con nosotros mismos, con otros seres humanos, o con cualquier cosa que concebimos como parte del mundo que nos rodea. Esta exigencia es evidente cuando nos encontramos con alguien y preguntamos: ¿qué es lo que quieres? ¿qué puedo hacer por ti? ¿qué estás haciendo aquí? o en las justificaciones que ofrecemos por nuestras acciones al decir: “yo quisiera que tú hicieras ésto o esto otro *debido a...*”, “es bueno hacer esto *porque...*”. Mientras estas preguntas y justificaciones son legítimas bajo ciertas circunstancias, ellas nos ciegan acerca de nosotros y acerca de los otros cuando se transforman o llegan a ser una forma de vivir, debido a que ellas nos ciegan acerca de nuestras emociones y no nos permiten aceptarnos a nosotros y a los otros en la simple legitimidad del mero ser. Usualmente no vivimos la vida en el presente sino que en el futuro en relación a lo que queremos, o en el pasado en relación a lo que hemos perdido. Como resultado de esto, somos sólo deseos y expectativas insatisfechas o quejas y frustraciones inolvidables, y no podemos respetarnos a nosotros mismos o a los otros debido a que no hay nada que respetar. Por esto mismo, no somos capaces de querernos (aceptarnos) a nosotros mismos ni a los otros, y vivimos generando expectativas ilegítimas recurrentes sobre nosotros y sobre los demás. En síntesis vivimos limitados en nuestra identidad individual y social así como en nuestra conciencia de ser porque no nos respetamos a nosotros mismos.

Debido a su propia alienación en la separación de cuerpo y espíritu, y a la instrumentalización de sus relaciones a través de su conformidad con la actitud productiva que nuestra cultura exige, las madres modernas frecuentemente no tienen conciencia de su corporalidad, y, por lo tanto, no tienen plena conciencia social, y sin darse cuenta instrumentalizan sus relaciones con sus hijos. Ellas los enseñan, los educan, los guían hacia su futuro ser social, pero debido a esta falta de conciencia corporal y social, no están con ellos en términos de vivir con ellos en una aceptación mutua total, y sus esfuerzos porque sus hijos e hijas crezcan como seres íntegros capaces de ser ciudadanos felices y responsables fracasan muchas veces por insuficiente desarrollo de su conciencia de sí y su conciencia social. Estar con alguien en una actividad con un propósito definido puede ocurrir como un proceso en el que los participantes prestan atención al proceso en sí mismo, o como un proceso en el que los participantes solo prestan atención a los

resultados esperados. En el primer caso, los resultados finales desaparecen del proceso, y éste es vivido como un presente en continua transformación. En el segundo caso, el presente desaparece, y todo lo que es evidente son los resultados esperados. Cuando esto último sucede a un niño en su relación con su madre, se interfiere, como veremos más adelante, con el desarrollo de su conciencia individual y de su conciencia social.

2. El presente de nuestra biología: Epigénesis

Debido a su constitución biológica, la corporalidad humana no es fija, y tiene la plasticidad ontogénica (de desarrollo) propia de un sistema cuya estructura cambia siguiendo un curso contingente a la secuencia de sus interacciones. Esto se expresa en biología diciendo que la historia individual (ontogénica) de un sistema vivo cursa como un proceso epigénico. En un proceso epigénico la estructura inicial total de un sistema viviente (su constitución genética total) determina sólo un punto de partida estructural común para todos los cursos epigénicos pensables como posibles y operacionalmente independientes que su dinámica constitutiva de cambios estructurales puede seguir. Al mismo tiempo, como en un proceso epigénico el curso de los cambios estructurales que un sistema viviente de hecho sigue en su realización ontogénica como un sistema viviente particular, surge momento a momento en su historia individual de interacciones, no es indiferente para él qué historia de interacciones vive.

En otras palabras, debido a la epigénesis no es indiferente para el desarrollo de un niño o niña como tal, y en consecuencia, para el desarrollo de sus posibilidades de conciencia individual y social así como para el desarrollo de su capacidad de autoaceptación y de aceptación de otro, cómo vive él o ella su corporalidad en sus primeros años de vida. Todas las dimensiones de la percepción, del darse cuenta de sí mismo, o del darse cuenta del otro, surgen en la ontogenia humana como operaciones relacionales a través de la epigénesis del cuerpo de un *Homo sapiens sapiens* en el vivir humano normal del quehacer humano en una convivencia de aceptación mutua, esto es, en un dominio social humano. En otras palabras, la epigénesis del sistema nervioso humano, la epigénesis del sistema endocrino humano, en general, la epigénesis del cuerpo humano como una red de sistemas en interacciones en un medio, en suma, la epigénesis del sí mismo humano, ocurre sólo en el dominio de relaciones en interacciones humanas que es el dominio social humano.

Lo humano no está determinado en la constitución genética total o en la estructura inicial total de cigoto de *Homo sapiens sapiens* del ser humano, ni queda determinada en el compartir la vida en una comunidad humana como los animales domésticos lo hacen. Lo humano surge en el entrelazamiento de ambas dimensiones, la genética del *Homo sapiens sapiens* y la cultural de la sociedad humana, en la epigénesis humana particular que implica vivir como un ser humano entre seres humanos. Nosotros, los seres humanos, somos concebidos *Homo*

sapiens sapiens, y nos volvemos humanos en el proceso de vivir como seres humanos al vivir como miembros de una comunidad social humana.

En otras palabras, nuestra capacidad para la coexistencia social surge en nosotros sólo en la epigénesis humana en la biología del amor, vale decir, en la medida que crecemos en la validación operacional de la autoaceptación en la aceptación del otro, a través de la intimidad de los encuentros corporales con nuestras madres en la confianza mutua total. Los seres humanos tenemos la capacidad de vivir en el amor si crecemos en el amor, y necesitamos vivir en amor para nuestra salud espiritual y fisiológica. Sin duda que los seres humanos también podemos aprender la indiferencia, la desconfianza o el odio, pero cuando esto ocurre y se torna central en nuestra forma de vivir, la vida social se termina, y debido a que la vida social está constituida como un dominio de existencia fundado en el amor, no en la indiferencia, la desconfianza o el odio, si se acaba la convivencia social humana, se acaba lo humano.

El amor es la emoción, la disposición corporal dinámica que constituye en nosotros la operacionalidad de las acciones de coexistencia en aceptación mutua en cualquier dominio particular de relaciones con otros seres, humanos o no. La biología del amor es fundamental en el desarrollo de todo ser humano individual. Los humanos como seres racionales lenguajeantes, somos animales que pertenecemos a una historia evolutiva centrada en la conservación de una manera de vivir en la biología del amor que hizo posible el origen del lenguaje, y que nos caracteriza aún hoy día. Tal forma de vivir, la forma homínida de vivir, se funda en la mutua aceptación en una coexistencia que está centrada en la ternura y la sensualidad de la caricia mutua, en la cercanía de una intimidad sexual prolongada, en el compartir la comida, en la convivencia en grupos pequeños, y en la cooperación del macho en el cuidado de los niños. Maturana y yo pensamos que el vivir en el lenguaje pudo surgir en esa historia evolutiva debido a que la conservación de la forma homínida de vivir constituyó de hecho la posibilidad operacional para que las coordinaciones conductuales consensuales de un convivir prolongado e íntimo en la sensualidad, la ternura y la cooperación, se involucrasen recursivamente como coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, no sólo como un fenómeno ocasional, sino que como un modo de vivir conservado generación tras generación en el aprendizaje de los niños (ver Maturana 1989 y 1990).

También pensamos que cuando el vivir en el lenguaje surge en esta historia evolutiva, lo hace en un fluir relacional e interaccional que entrelaza las coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales del lenguaje con el emocionar propio de esos primates, constituyendo lo que llamamos el conversar. En fin, pensamos que es el vivir en el conversar lo que constituye a lo humano, y que lo humano surge de hecho cuando el convivir en el conversar como un modo de vivir que se conserva generación tras generación en el aprendizaje de los niños, pasa a definir al linaje del cual nosotros somos ahora el presente. Como re-

sultado de esto, mantenemos, todo el quehacer humano se da en conversaciones como coordinaciones de coordinaciones consensuales del hacer y el emocionar, y toda actividad humana existe como una red de conversaciones. Esto es, el cocinar, la medicina, la alfarería, la agricultura, ...son redes de conversaciones inmersas en redes de conversaciones que definen a las culturas en que las personas viven. En otras palabras, según lo anterior, los seres humanos somos el presente de una historia evolutiva de coexistencia consensual en la que surgió el conversar como resultado de la intimidad de el vivir homínido en la aceptación mutua, de modo que, hablando en rigor, nosotros los seres humanos somos hijos del amor, y la biología de nuestras corporalidades, así como la biología de nuestro desarrollo infantil, pertenecen a la biología del amor. Pero, aún más, esto es así de manera tan fundamental, que el crecimiento normal de un niño humano requiere de la biología de la mutua aceptación en interacciones corporales íntimas con la madre, y la mayoría de nuestras enfermedades y sufrimientos surgen de alguna interferencia en nuestro operar en la biología del amor.

Finalmente, en la biología del amor no es la sinceridad lo significativo sino que la operacionalidad de la mutua aceptación. Si hay sinceridad, entonces la operacionalidad de la aceptación del otro en coexistencia íntima dura hasta que el amor desaparece; si no hay sinceridad entonces la operacionalidad de la aceptación del otro dura hasta que se proclama la hipocresía. En cada caso, mientras la operacionalidad de la aceptación mutua está presente, la biología del amor está en acción. Sin embargo, ya que la aceptación mutua insincera generalmente no dura mucho, la historia evolutiva que dio origen a la humanidad no puede haber ocurrido bajo la hipocresía, la agresión o el engaño.

La aceptación mutua no puede tener lugar como una forma espontánea y mantenida de vivir con otro si no hay autoaceptación, y, por lo tanto, autorrespeto. Y la autoaceptación y el autorrespeto no pueden surgir como características de la ontogenia del niño en la relación materno-infantil si esta relación no fluye en la mutua aceptación corporal total implícita en la operacionalidad de las interacciones no intencionales del juego. Pero las interacciones madre-hijo no siempre fluyen como no intencionales. Esto es debido a nuestra inmersión enajenante tanto en la separación del cuerpo y del espíritu, como en la actitud de estar constantemente tratando de controlar nuestras circunstancias a través de la búsqueda de algún resultado, en el intento de realizar en todo lo que hacemos la descripción de nuestros deseos, o la imagen que tenemos de cómo las cosas deben ser, en un proceso propio de nuestra cultura patriarcal que continuamente nos atrapa en la mera apariencia.

En realidad, la total aceptación corporal mutua en la relación madre-hijo no puede ocurrir cuando la madre ve al niño o al bebé como un futuro adulto, o cuando ella vive sus interacciones o relaciones con él o ella como parte de un proceso educativo. Ser aceptado es ser visto en una interacción en el presente, y no ser visto en el presente en una interacción, es ser negado. El ver o no ver al otro es función de nuestro emocionar. Esto es, el cómo nosotros interactuamos con otro es un

asunto emocional debido a que nuestras emociones especifican en cada instante el dominio de acciones en que estamos en ese instante. O, en otras palabras, son nuestras emociones las que especifican nuestras acciones, no lo que nosotros hacemos en términos de movimientos o clases de operaciones corporales.

Consideremos por un momento la relación madre-hijo, y hagámoslo en el entendimiento de que la maternidad es una relación permanente de cuidado que un adulto adopta hacia un niño o niña, y que puede ser realizada tanto por un hombre como por una mujer. Cuando la madre presta atención al futuro de su hijo o hija, mientras interactúa con él o ella, la madre en realidad no encuentra al niño o niña en la interacción debido a que su emoción y su pasión no están en el encuentro sino que en algo diferente. Cuando una madre que está haciendo algo con su hijo o hija está atenta al resultado de lo que el niño o niña hace, la madre en realidad no ve al niño o niña y no está con él o con ella en el presente de la intimidad corporal de su hacer común. El que una madre esté ciega acerca de su hijo o hija, y no le vea en el fluir de sus interacciones mientras éstas ocurren, es intrascendente si pasa de manera ocasional. Sin embargo, cuando esta ceguera de la madre deviene en la forma cotidiana de relación entre la madre y el hijo o hija, y el niño o niña es sistemáticamente invisible ante su madre, el niño o niña no vive su cuerpo como válido en la relación, y no tiene modo de aprender su corporalidad como constituyendo su identidad en lo que él o ella hace. Como consecuencia, el niño no tiene posibilidades de crecer en autoconciencia ni de desarrollar respeto por sí mismo.

El Yo o el sí mismo es la identidad de un individuo en una comunidad, y como tal surge en la distinción de una corporalidad como un modo de intersección de diferentes redes de coordinaciones de acciones o conductas en el conversar de esa comunidad. Debido a esta forma de constitución del Yo, este y la conciencia corporal van juntos, y no hay ninguna posibilidad de autoidentidad en conciencia de sí mismo sin conciencia corporal. Así, cuando en la epigénesis de un niño o niña, se interfiere con el desarrollo de su conciencia corporal a través de interacciones que niegan o rechazan su corporalidad, se interfiere tanto con el desarrollo de su conciencia corporal como con el desarrollo de su conciencia de sí y de su autoaceptación. Además, al surgir la conciencia de sí y la autoaceptación del niño o niña en la medida en que este es visto y acogido como tal en el presente de un contacto corporal íntimo en total aceptación por la madre, la madre surge como otro Yo en la realización de esa misma aceptación mutua entre madre e hijo o hija, y comienzan en el niño o niña la praxis de la dinámica social como la dinámica de la mutua aceptación (amor) en la convivencia.

Si este proceso ocurre durante un tiempo suficientemente prolongado a lo largo de la vida del niño o niña que se desarrolla, éste crece en conciencia corporal aceptándose a sí mismo y a los otros en la praxis de una dinámica social que puede permitirle vivir las distintas dimensiones de su identidad cultural como posibilidades de coexistencia con otros seres humanos, y no como limitaciones de su ser. Una epigénesis infantil que conduce a la autoaceptación, conduce a la acep-

tación de los otros como seres legítimos en coexistencia cercana, y es, entonces, una epigénesis infantil en la que la conciencia social surge en el niño o niña como consecuencia de su crecimiento en una relación materno-infantil vivida en una total mutua aceptación corporal en la que el niño o niña crece en aceptación de sí mismo al aceptar su propia corporalidad y la corporalidad del otro. Esto es, para que un niño crezca en conciencia social y aceptación del otro, debe crecer en conciencia de la propia corporalidad en la aceptación de sí mismo.

Los seres humanos llegamos a ser lo que nuestras corporalidades llegan a ser en tanto vivimos, creciendo como seres humanos diferentes, en las diferentes culturas a las que pertenecemos, a través de diferentes historias de epigénesis. Y esto nos ocurre a nosotros y en nosotros de manera espontánea en el proceso de vivir, independientemente de lo que hacemos en nuestras diferentes culturas, pero en cada caso de manera contingente al curso de nuestros diferentes haceres en ellas. Así, ya que lo que nosotros hacemos como seres humanos, lo hacemos en la medida en que participamos en las diferentes conversaciones (coordinaciones consensuales recursivas de acciones y emociones) que constituyen las diferentes dimensiones de la cultura particular (red particular de conversaciones) a que pertenecemos, nosotros llegamos a ser cualquier cosa que lleguemos a ser en un curso de cambio corporal que tiene a las conversaciones en que participamos como parte del medio en que nuestra epigénesis ocurre.

Por lo tanto, las conversaciones en las que participamos a lo largo de nuestras vidas, y particularmente durante nuestra infancia, constituyen tanto el trasfondo que acota el curso de nuestros cambios estructurales epigénicos como el ámbito de posibilidades en que se da nuestro continuo devenir estructural como seres humanos. Por estas mismas razones, todas las cosas que hacemos en nuestras acciones, en nuestros movimientos, la forma como nos conducimos en nuestras corporalidades como corporalidades en interacciones, surgen como dimensiones de la cultura en que ocurre nuestra epigénesis y en la que llegamos a ser lo que llegamos a ser, en la continua transformación corporal que es nuestro devenir. Así, lo que hacemos con nuestros cuerpos jamás es trivial, y llegamos a ser lo que llegamos a ser de acuerdo a como nos movemos, solos o con los otros, y a como nos tocamos mutuamente, constituyendo, momento a momento, nuestros espacios de acciones en la transformación de nuestra corporalidad.

3. Nuestra ceguera ante el presente

Es nuestra orientación cultural a la producción lo que nos ciega en cada momento a nuestro presente, y lo que dirige nuestra atención continuamente a un pasado o a un futuro que ocurre sólo en el espacio de la descripción de nuestras expectativas o de nuestras quejas, fuera del dominio de nuestras acciones en el momento. Para estar en el presente debemos simplemente estar en lo que estamos en el momento. Para que una madre esté en el presente con su hijo o hija, ella debe estar con su atención en lo que está en ese momento, y ella puede hacer eso

sólo a través de interacciones con su hijo o hija que ocurren en el juego, o sea en la mutua aceptación total sin expectativas que lleven la mirada más allá del momento.

En la tradición greco-judeo-cristiana de nuestra cultura occidental vemos aquello que llamamos la naturaleza como un ámbito de fuerzas independientes y frecuentemente amenazantes que tenemos que subyugar y controlar para vivir, y no como nuestro dominio de existencia y la fuente de todas nuestras posibilidades. Además, nuestra cultura occidental nos centra emocionalmente tanto en el valorar la intencionalidad, la productividad, y el control, y nuestra atención está tan orientada a los resultados de lo que hacemos, que raramente vivimos nuestro hacer como un acto en el presente. Como resultado de esto, no confiamos en los procesos naturales que nos constituyen y en los que nos encontramos inmersos como condición de nuestra existencia, y estamos ciegos a las distorsiones que introducimos en nuestras vidas y en las vidas de otros con nuestro continuo intento de controlarlas.

Aún más, debido a esta falta de confianza, vemos a las dificultades que encontramos en nuestro continuo empeño por controlar a la naturaleza, como expresiones de insuficiente control, e insistimos en nuestra conducta controladora. Esto puede ocurrir en la relación materno-infantil cuando la madre en sus interacciones con su niño o niña presta atención a su futuro y las usa para educarlo, preparándolo precisamente para lograr dicho futuro. Cuando esta dinámica intencional se establece en la relación materno-infantil, la madre deja de ver al hijo o hija como un individuo particular, y restringe sus encuentros con él o ella como tal. En la medida en que esta restricción ocurre, un abrazo deja de ser un abrazo como una acción de plena aceptación del ser particular del niño o niña que se abraza, y se transforma en una presión con una cierta dirección; asimismo una mano que ayuda deja de ser un apoyo para la identidad individual del niño o niña, y se transforma en una guía externa que niega esa identidad.

Como he dicho antes, el Yo es una dimensión social humana que se realiza a través de una corporalidad particular, y que surge como un entrecruzamiento particular de las distintas conversaciones que constituyen y definen a la comunidad social en que ese Yo vive con otros Yo en la aceptación mutua. Todo niño o niña, por lo tanto, debe adquirir su Yo o identidad individual social como una forma particular de ser en su corporalidad a través de vivir en una comunidad humana particular de mutua aceptación. Esto ocurre de manera natural en la medida en que el niño o niña crece en la estrecha intimidad del encuentro corporal en la confianza y aceptación total de su madre, así como de los otros niños y adultos con los que convive, en un proceso a través del cual el niño o niña se desarrolla espontáneamente (sin intención ni esfuerzo) como un niño o niña sensorialmente normal, con plena conciencia corporal, y en conciencia de sí y conciencia social. De hecho, estamos tan habituados a este desarrollo normal de los niños, que no vemos el dominio de relaciones humanas en el que ocurre como un proceso natural, y cuando fracasa no sabemos que es lo que falla ni sabemos qué

hacer, y entonces recurrimos al control. Aún más, cuando intentamos corregir una falla básica en las relaciones humanas en un niño recurriendo al control, lo que usualmente obtenemos es un fracaso mayor porque en nuestra ceguera sobre el presente a través de mantener nuestra atención en el futuro, negamos al niño.

Indudablemente, un observador puede obtener la peculiar certeza deseada en la relación entre una acción y su resultado que connotamos con la palabra control, en algunos sistemas bien específicos de producción cuando él o ella los conoce plenamente. Además, el control en estos términos usualmente se alcanza en un sistema productivo por medio de la retroalimentación, vale decir, introduciendo como parte del sistema productivo un mecanismo a través del cual la diferencia entre algunas de las consecuencias de un ciclo de producción y el fin particular deseado, se incorpora como factor (componente) en la operación del próximo ciclo de producción. Debido a la permanente atención sobre un resultado esperado que una actitud productiva implica, tal actitud normalmente nos induce a no respetar la legitimidad del presente de nuestras relaciones y circunstancias, y vivimos en una continua tendencia a modificarlas, negando nuestra identidad y la de los otros, en un proceso que desvirtúa lo que de hecho es lo central de lo humano: la convivencia en el respeto por sí mismo y por el otro desde la autoaceptación.

El desarrollo de un niño, tanto como un ser biológico como un ser social, necesita del contacto recurrente con la madre en aceptación total en el presente. Pero una madre no puede encontrar a su hijo o hija en el contacto corporal de total aceptación si ella, como resultado de una actitud productiva, está orientada a las consecuencias de sus interacciones con el niño o niña y no hacia él o ella como un niño o niña que existe en el presente del encuentro.

En una cultura centrada en la producción, como es nuestra cultura occidental o como ha llegado a ser nuestra cultura occidental, aprendemos a estar orientados a la producción en todo lo que hacemos como algo natural. Así es como en nuestra cultura occidental no hacemos solamente lo que hacemos. Trabajamos para alcanzar un fin; no descansamos simplemente, descansamos con el propósito de recuperar energías; no comemos simplemente, ingerimos alimentos nutritivos; no jugamos simplemente con nuestros niños, los preparamos para el futuro. Sin duda podemos esgrimir lo que nos parece son muy buenas razones para actuar de esta manera: debemos ganarnos la vida, estamos cansados, debemos prestar atención a nuestra salud, debemos educar a nuestros hijos. El resultado es que usualmente mientras interactuamos con otros seres humanos nuestra atención está puesta más allá de la interacción en las consecuencias esperadas, y no vemos al otro como un partícipe efectivo en el encuentro, no vemos las circunstancias en las que este ocurre, o no nos vemos a nosotros mismos con el otro. En breve, estamos ciegos a nuestro presente. Si esta ceguera ocurre a una madre, ella no encuentra a su hijo o hija en la interacción y éste o ésta vive una privación de contacto corporal que interfiere con un desarrollo normal tanto en su corporalidad como en su conciencia de sí y su conciencia social. En otras palabras, el niño o niña no se aprende a sí mismo como un Yo integral en el respeto y acep-

tación de sí mismo, no se aprende a sí mismo como un ser social en el respeto al otro, y no desarrolla conciencia social.

Si la madre no está preocupada por el futuro, si la madre no se ve a sí misma cansada y esperando descansar, si la madre no está ansiosamente preocupada por algo que está más allá del presente, entonces, y sólo entonces, tiene la posibilidad operacional de encontrarse con su hijo o hija como un niño o niña individual efectivo y real. Encontrar un hijo o una hija como un niño o niña individual real, es encontrarlo como una entidad biológica completa cuya existencia es válida y legítima en sí misma, y por sí misma, y no en referencia a otra cosa. Más aún, hacer esto es entrar en interacciones con el niño o niña que se satisfacen en su realización más allá de cuán complejas pueden aparecer estas a un observador. Cuando esto ocurre, el niño vive su propia presencia como una totalidad legítima que él o ella puede aceptar plenamente en el contexto de su existencia social.

4. El juego y el jugar

Lo que connotamos en la vida cotidiana cuando hablamos de jugar, es una actividad realizada como plenamente válida en sí misma. Esto es, en la vida diaria distinguimos como juego cualquier actividad vivida en el presente de su realización y actuada emocionalmente sin ningún propósito exterior a ella. O, en otras palabras, hablamos de juego cada vez que observamos seres humanos u otros animales involucrados en el disfrute de lo que hacen como si su hacer no tuviera ningún propósito externo. Sin embargo, aunque corrientemente hacemos estas connotaciones al hablar de juego, en la actitud productiva de nuestra cultura corrientemente no nos damos cuenta de que lo que define al juego es un operar en el presente, y nos parece que los niños al jugar imitan las actividades de los adultos como si estuvieran preparándose para su vida futura. Como resultado de esto, el juego ha sido frecuentemente visto por psicólogos y antropólogos, aún cuando hay excepciones (ver Bateson, 1972), como una actividad que los niños o los animales jóvenes realizan en preparación para su vida adulta como si este fuera su propósito biológico, llegando en el proceso a ser ciegos ante su falta de intencionalidad.

Ahora quiero cambiar este punto de vista, reconociendo que aquello que connotamos al hablar de juego en la vida diaria no profesionalizada es una actividad vivida sin propósitos aún cuando por otro lado tenga un propósito, y que frecuentemente realizamos de manera espontánea, tanto en la infancia como en la vida adulta, cuando hacemos lo que hacemos atendiendo en nuestro emocionar al hacer y no a sus consecuencias.

La propositividad y la intencionalidad son formas humanas de vivir en las cuales se justifica lo que se hace haciendo referencia a los resultados que se espera del hacer. Más aún, la propositividad y la intencionalidad, como dominios operacionales en nuestra cultura occidental, son sistemas de conversaciones (entrelazamientos del lenguaje y el emocionar) en los que reflexionamos sobre las con-

secuencias de nuestro quehacer de manera que generamos en nosotros una dinámica emocional que continuamente aparta nuestra atención de lo que hacemos en el momento de hacerlo, y la pone en sus supuestas consecuencias. Por eso, no son los movimientos u operaciones realizadas, sino que la atención (orientación interna) bajo la que es vivida mientras se realiza, lo que constituye a una conducta particular como juego o no juego. Es por estas razones aun sin darnos cuenta de ello, que usualmente clasificamos la conducta animal como juego o no juego, según la intencionalidad o propósito que nosotros vemos en ella.

Haciendo esta clasificación, sin embargo, nos cegamos frente al hecho de que nuestra afirmación de intencionalidad o propositividad revela nuestra preocupación por las consecuencias de las acciones del animal observado, y como tal pertenece a nuestras reflexiones en el lenguaje y no revela ninguna característica de estas acciones. Toda conducta vivida fuera de los dominios del propósito o de la intencionalidad, ocurre como válida en sí misma, y si es vivida como tal, es vivida en el juego. Sólo nosotros los seres humanos, así como otros que como nosotros vivan que viven en el lenguaje, podemos vivir conductas que no pertenecen al juego.

El bebé humano encuentra a la madre en el juego antes de comenzar a vivir en el lenguaje. La madre humana, sin embargo, puede encontrar al bebé en el *no juego* debido a que ella está ya en el lenguaje cuando comienzan las conversaciones que constituyen a su bebé. Si la madre humana encuentra al bebé en el juego, o sea en la congruencia de una relación biológica en la total aceptación de su corporalidad, el bebé es visto como tal y es confirmado en su ser biológico en el flujo de su crecimiento y transformación corporal como bebé humano en interacciones humanas. Si la madre no se encuentra con el bebé en el juego, ya sea debido a sus expectativas, deseos, aspiraciones, o ilusiones, o a que su mirada y la del bebé, o sus respectivas orientaciones en la acción, no se encuentran, la biología del bebé es negada o no es confirmada en el flujo de su crecimiento y transformación corporal como bebé humano en interacciones humanas. Si esta negación del bebé ocurre sólo ocasionalmente, ninguna dificultad fundamental surge en su crecimiento como niño o niña, pero si el desencuentro entre bebé y madre se torna sistemático, se perjudica el crecimiento del bebé y surge un niño o niña con alteraciones fisiológicas y psíquicas en vez de uno normal.

En términos generales este deterioro del desarrollo de un bebé debido al desencuentro con la madre no es un fenómeno peculiarmente humano. En general, cualquier bebé mamífero que no encuentra a su madre en el juego que lo confirma como bebé, tiene dificultades para crecer como un adulto normal capaz de vivir la vida solitaria o comunitaria de su clase. Habitualmente no vemos que todas las actividades de los animales que no existen en el lenguaje ocurren en el juego, porque las distinguimos en términos de lo que nos parece su finalidad cuando hablamos de ellas en las conversaciones de propositividad e intencionalidad propias de nuestra cultura a través de las cuales nos separamos del presente. En el dominio no humano del no lenguaje, la crianza, la limpieza, la búsqueda de ali-

mentos, la pelea, la defensa de los cachorros, el cortejo, el apareamiento, son todas actividades realizadas y vividas tal como nosotros vivimos el juego cuando jugamos.

En la medida en que los seres humanos introducimos propósitos e intencionalidad en la descripción de nuestras acciones o en nuestras reflexiones acerca de nuestras acciones cuando hablamos o reflexionamos acerca de lo que hacemos, dirigimos nuestra atención más allá del presente de nuestro hacer hacia lo que esperamos como resultado de ese hacer. Cuando hacemos esto mientras interactuamos con otros seres humanos que no se mueven con nosotros en nuestra desviación de la atención, dejamos de verlos debido a que entramos en un dominio de acciones (en un emocionar) incongruente con ellos. Si esta desviación de la atención le ocurre a una madre en sus interacciones con su niño o niña, el niño o niña vive sus interacciones con la madre en la negación operacional de su identidad y no es confirmado en su corporalidad (biología) como un ser humano en crecimiento. Esta desviación de la atención de la madre puede ocurrir bajo cualquier circunstancia particular de interacciones, así, si el niño está siendo alimentado en el momento en que esta incongruencia emocional surge entre la madre y el niño, el niño o niña como organismo *Homo sapiens sapiens* puede ser alimentado, mientras que el niño o niña como ser humano que crece no es visto y resulta negado y desconfirmado como tal. Este desplazamiento atencional más allá del presente hacia la finalidad de lo que se está haciendo, ocurre también a los adultos en el curso de sus interacciones cuando ellos ponen propósito e intencionalidad en ellas a través de atender más sus preocupaciones personales (o intereses personales) que a la cooperación o coparticipación en la tarea común. Cuando esto pasa, uno o los dos adultos que interactúan se vuelven ciegos ante el otro al entrar en un desencuentro emocional que usualmente se vive como una falta de comprensión en el dominio racional.

5. Emociones

Lo que en la vida diaria distinguimos como emociones cuando observamos la conducta animal, humana o no humana, son, como fenómenos biológicos, configuraciones corporales dinámicas que especificando en cada instante los cursos posibles de cambios de estados de un organismo, especifican en él en cada instante un dominio de acciones posibles. Nosotros como mamíferos, y en particular nosotros como seres humanos, vivimos en un continuo fluir emocional consensual que aprendemos en nuestra coexistencia en comunidad con otros animales, humanos y no humanos, desde el seno materno.

Aún más, como dije anteriormente cuando me referí al conversar, nuestro emocionar humano fluye entrelazado con nuestro lenguajear, y muchas dimensiones de nuestro fluir emocional consensual son peculiares a nosotros como seres humanos en tanto emergen como variaciones de nuestro emocionar de mamíferos en la medida que éste se expande en los nuevos dominios de coordinaciones de

acciones que surgen en nuestro vivir en el lenguajear. En estas circunstancias, la congruencia del actuar requiere de congruencia del emocionar, y es debido a esto, que un desencuentro o incongruencia del emocionar entre dos personas en interacciones recurrentes resulta en que éstas siguen cursos de acciones incoordinados, y frecuentemente contradictorios.

En su crecimiento normal un niño o niña adquiere, a través de sus interacciones con su madre y otros miembros de la comunidad en que vive, el dominio consensual multidimensional de coordinaciones emocionales propios de su familia y su cultura. Como resultado de esto, normalmente la mayoría de los desencuentros emocionales vividos en sus interacciones por los miembros de una familia o de una cultura, son ocasionales y transitorios, y, por lo tanto, de consecuencias transitorias para su forma de emocionar en sus dominios de coexistencia en coordinaciones conductuales consensuales. Sin embargo, cuando el interactuar en desencuentro emocional se transforma en una forma cotidiana de coexistencia para los miembros de una familia o de una cultura, éstos inevitablemente entran en una dinámica creciente de incongruencia corporal que continuamente reduce sus posibilidades de operar en las coordinaciones conductuales consensuales de la familia o cultura. Si este desencuentro emocional ocurre en la relación madre-hijo, el niño o niña no crece como un niño o niña normal, tanto en su desarrollo sensorio-motor como en el desarrollo de su conciencia corporal y su conciencia de sí, y, consecuentemente, crece como un niño o niña incapaz de participar en relaciones interpersonales normales de mutua aceptación y respeto en la vida adulta. Si éste desencuentro emocional se transforma en una forma de vivir entre los adultos, el crecimiento en la incongruencia corporal entre ellos a que da lugar, conduce a una continua reducción de sus dominios de mutua aceptación en coordinaciones consensuales de acciones y emociones que resulta eventualmente en sufrimiento por la negación mutua recurrente, y, en último término, en soledad emocional. La única cura para tal sufrimiento es la entrada en un espacio de mutua aceptación, lo que no puede ocurrir a menos que aquellos adultos hallan aprendido a hacerlo mientras crecían en relaciones de juego con sus madres.

III. ¿QUE HACER?

¿Qué hacer? Presentaré mi respuesta a esta pregunta mientras describo lo que pienso acerca del desarrollo de la conciencia de la conciencia corporal y el conocimiento del cuerpo en el proceso de constitución del yo y de la conciencia social humana en el niño que crece, a través de mi descripción de lo que hago con las mujeres que siguen mis “Seminarios de Eco-Psicología Maternal” así como de lo que les digo al guiar sus acciones en ellos.

1. Ritmo corporal

“Los ritmos corporales, y el fluir de las configuraciones de coordinaciones senso-motoras en el estrecho contacto corporal que se da entre una madre y un niño, son la base desde donde surge la conciencia humana”.

“El bebé en crecimiento vive en un fluir de configuraciones temporales como formas rítmicas de movimientos recurrentes en el vientre materno. Protegido y seguro en un suceder pulsante y polirrítmico, el embrión que va a llegar a ser un ser humano, crece desarrollando sus propios ritmos corporales a dúo con los ritmos corporales de la madre que lo contiene y alimenta en su útero: ritmo cardíaco, respiración, movimientos y vibraciones de la voz de la madre”.

“Después de la íntima relación en el útero entre el bebé que crece y la madre, el proceso epigénico temprano más importante para el desarrollo de la conciencia humana tiene lugar en la musicalidad elemental de los ritmos corporales vibratorios y sonoros de la relación materno-infantil mientras ésta da de mamar, acaricia, mece, habla, arrulla y acuna al recién nacido”.

“Para que las madres lleguen a ser capaces de crear para el niño un ambiente melódico armónico elemental al comienzo de su vida, para que ellas lleguen a ser capaces de tener una resonancia óptima con la competencia rítmica básica del niño en el espacio en que él encuentra el mundo que comienza a vivir, ejercitamos divisiones acompasadas del espacio y del tiempo a través de ritmos sonoros en el contar, cantar y recitar palabras y sonidos. Para esto escuchamos el ritmo de nuestro corazón y palpamos el impulso de nuestro pulso, sumergiéndonos en una fina red de sonidos que crean un espacio. Así, simplemente cantamos al compás del latir de nuestros corazones o jugamos a cantar cualquier cosa siguiendo el ritmo de los intervalos elementales de nuestros pulsos. Recuperamos la vieja tradición casi olvidada del arrullo y de las canciones de cuna, y descubrimos que ellas evocan nuestros ritmos fundamentales. Buscamos y anotamos canciones de cuna de nuestro país y de todo el mundo, y las cantamos juntas”.

“Pido a las mujeres que observen y anoten las expresiones musicales elementales espontáneas de sus niños. Las mujeres anotan y registran lo que sus niños cantan cuando creen que no están siendo observados así como las circunstancias y situaciones en las cuales ellos han cantado. Aún más, invito a las mujeres que ellas mismas canten las canciones que sus hijos cantaron, y les pido que recuerden los primeros sonidos de juego de sus niños. Jugamos a hacer diálogos rítmicos, y hacemos sonidos a los intervalos elementales del ritmo cardíaco para ser capaces de sentir el juego sonoro rítmico de los niños pequeños”.

“Pregunto a las mujeres, cuales son las rimas y rondas que sus niños prefieren. Luego repetimos en conjunto esas rimas y rondas palmoteando acompasadamente al mismo tiempo que recitamos y danzamos esas rimas y rondas siguiendo sus distintos ritmos. Le pregunto a las mujeres por las canciones que sus niños siempre cantan y les gusta escuchar. Cantamos esas canciones. Practicamos cantando historias y cuentos de hadas. Finalmente, hablamos con los niños cantando”.

“Las mujeres disfrutaban todas estas actividades y las hacen con gusto. Se trata de actividades que no tienen significado más allá de ellas mismas, y que son ejecutadas sin ninguna referencia a uso o propósito, pero que abren nuestra conciencia a nuestro ser en el presente en un espacio experiencial comparable al que las madres vivieron en su infancia y que sus niños viven ahora o vivieron al nacer”.

2. Balance Corporal

“Hay procesos y configuraciones de movimientos simples que el niño necesita vivir para contruir los espacios relacionales sociales en los que va a existir a través del desarrollo de su conciencia corporal. Son tan simples, que los adultos usualmente no los percibimos, aún cuando las madres atentas normalmente pueden recordarlos cuando se les pregunta. Por esto yo hablo con las mujeres sobre cómo surgen en el niño o niña, como un proceso de orientación y manejo corporal espontáneo en la libertad del juego, las habilidades rítmicas básicas de balanceo, de producción de simetría en los movimientos, de equilibrio al columpiarse en torno a un punto central...”.

“En respuesta una mujer puede decir: ‘Sí, no es posible pasar junto a una piedra, una pequeña pared, o un tronco caído, sin que el niño quiera balancearse sobre él. Los niños se cuelgan de las puertas y sillas, saltan sobre las camas y ejercitan sus habilidades de balanceo sobre las bicicletas’. Otra mujer puede decir: ‘Ah, y cuando ellos dibujan, a menudo hacen lindos diseños sólo con líneas con las que dividen proporcionalmente la hoja de papel’ ”.

“Así nos damos cuenta de que los niños se ocupan en crear balances en todas las áreas de sus sentidos, no sólo en el movimiento corporal. Esto es, ellos crean espontáneamente orden buscando el punto medio entre los extremos; por ejemplo, entre lo ruidoso y lo suave, y entre alto y bajo, en el área del sonido, o, entre luz y oscuridad, y brillo y opacidad, en el ámbito visual”.

“Las mujeres y yo jugamos buscando el balance en el área del color; por ejemplo, ordenando colores desde los más claros a los más oscuros, y distinguiendo alguno intermedio. O, buscamos el balance en el área del sonido, tratando de encontrar un punto medio entre dos extremos de intensidad sonora. Mientras hacemos esto una mujer puede de repente decir: ‘Mi hija Verena (que tiene 4 años y medio) tuvo un período en el que ella sólo pintaba escalas de colores. En lo más alto del papel llenaba el espacio con amarillo, y en lo más bajo con violeta, poniendo verde en el medio’. Así Verena creaba un punto medio en un área particular de distinciones cromáticas. Pero, lo que los niños gustan y gozan más, es la búsqueda y el encuentro del balance en el contacto corporal con sus madres”.

“Jugamos mucho creando situaciones en las que los niños tienen que regular su propio balance en una variedad de posiciones sobre los cuerpos de las madres, estando éstas sentadas, tendidas o de pie. Los niños se encuentran en su elemento en estos juegos con sus madres, en los que mientras juegan ejercitan y diferencian sus habilidades de balance. Animados al ser invitados a jugar de esta manera los niños inventan una variedad de juegos audaces y suaves con sus madres, y sobre los cuerpos de ellas”.

“Las mujeres me dicen que sus niños recuerdan todos los ejercicios de balanceo que jugaron juntos en los pequeños grupos regionales de juego materno-infantil, y que también quieren jugar al caballo, montar y volar, en la casa con

ellas y con sus padres. Las mujeres se vuelven animadas y reflexivas viendo la felicidad con que sus niños juegan los juegos de balanceo, y me piden que también hagamos ejercicios de balanceo y de sensibilidad corporal en los grupos de madres. Las madres me preguntan cuál es la razón por la que los niños desean jugar juegos de balanceo con ellas. Como respuesta, yo les digo que los niños tienen la capacidad innata y la necesidad biológica de aprender a balancearse, así como de dominar y mantener el balance bajo muchas circunstancias diferentes por medio de movimientos vibratorios de ajustes, y que la forma fisiológica normal a través de la cual los niños hacen eso en su desarrollo, es en el fluir de sus interacciones corporales en el juego con sus madres”.

“Además, también les digo a las mujeres que el niño o niña siente, en el momento de balancearse en interacción con su madre, que ella está completamente concentrada en él o ella en total aceptación mental y corporal, y que ella está sólo para él o ella sin distraerse por nada y sin prestar atención a ninguna otra cosa que no sea su ‘acto’, como ellos a menudo dicen, y que esto es esencial para el sano desarrollo psíquico y corporal del niño o niña. Aún más, en el curso de estos ejercicios de balanceo, las mujeres que se balancean con sus niños experimentan un profundo sentido de seguridad en la vibración corporal de sus hijos. Al mismo tiempo los niños y niñas sienten que sus habilidades son puestas a prueba amorosamente debido a que ellos deben regular su balance en una posición más bien poco usual sobre los cuerpos de sus madres las que los acogen totalmente, y esto los hace muy felices”.

“Algunas mujeres se quejan de dolores de espalda. Cuando esto ocurre hacemos cuidadosamente los ejercicios individuales de concentración y balance. Estos ejercicios están orientados principalmente a relajar la espalda y estirar la columna de una manera que baja el tono muscular y permite recuperar la flexibilidad original. Las mujeres desean también aumentar su apreciación por las situaciones en que sus niños ejercitan espontáneamente su capacidad de balance, y trabajando con su propia sensibilidad corporal despiertan su conciencia de tales situaciones a través de ampliar el conocimiento de su propio cuerpo. *En este proceso las mujeres se vuelven también perceptivas de muchos otros hechos habituales simples en relación a sus hijos e hijas que usualmente pasan desapercibidos.* Normalmente en estas circunstancias, ellas desean comprender la importancia de la invención y práctica del balance corporal como un proceso fundamental en el desarrollo de la conciencia individual y social del niño. El que las mujeres se interesen por comprender el desarrollo de la conciencia del niño es importante para que este proceso se lleve a cabo en sus hijos o hijas, ya que es sólo gracias a esta comprensión que ellas pueden proteger y estimular el libre juego en la total confianza e intimidad del contacto corporal materno infantil que lo hace posible”.

“De hecho, cuando las mujeres comprenden esta relación entre conciencia corporal y conciencia individual y social, ellas quieren experimentar y sentir más aún sus propios cuerpos como instrumentos precisos y sensibles de conciencia, igual que sus hijos, y lograr ir más allá de las frustraciones, dolores y tensiones de

la vida moderna. Más aún, en este proceso las mujeres se hacen conscientes de la belleza de sus cuerpos, el cuerpo humano, a través del encuentro paciente y amoroso con él en la medida en que entran en contacto paciente y amoroso, con el cuerpo de otro ser humano en el cuerpo de sus hijos”.

3. Movimiento

“Yo converso con las mujeres acerca del largo proceso en la historia de los seres vivos a través del cual la posición erecta del hombre, así como otras capacidades corporales humanas, surgieron como parte de la continua transformación de la forma de vivir de muchas clases sucesivas de animales, de modo que ellas puedan darse cuenta de sus propias capacidades corporales constitutivas, así como de sus posibilidades para explicarlas. Como resultado de esto, las mujeres se ven a sí mismas como parte de una historia más fundamental que sus circunstancias particulares, y se atreven a intentar nuevas aventuras en experiencias corporales después de los juegos de ritmo y balanceo”.

“En preparación para el reconocimiento de que los movimientos libres, no inhibidos, tienen una importancia fundamental para la construcción de la conciencia de sí mismo y la conciencia social del niño que crece, yo aliento a las mujeres a recordar con sus cuerpos las diferentes formas de movimiento que sus niños han experimentado en su desarrollo desde la condición fetal en el útero hasta la plena posición erecta humana.

Aún más, yo alerto a las mujeres acerca de las diferentes formas y habilidades de movimientos que normalmente aparecen en sucesión a lo largo del desarrollo de un niño, tanto como acerca de los diferentes modos como los niños construyen sus territorios y dan forma a sus dominios de existencia a través del desarrollo de sus habilidades de movimiento en una diferenciación expansiva de sus capacidades corporales motoras”.

“Le pregunto a las mujeres: ‘¿Pueden ustedes mostrarme qué es lo que un niño mira, huele, escucha, toca o siente cuando gatea?’, o ¿cuán lejos se distancia el niño de su madre cuando gatea? Las mujeres dicen: ‘No podemos’. Yo contesto: ‘Inténtenlo’, sus cuerpos pueden recordar, intenten danzar el desarrollo motor de sus niños. Olviden el mundo que las rodea, empiecen dentro de ustedes mismas, recuérdense así mismas; olvídense una de la otra, olviden donde están, sólo comiencen a actuar los movimientos de sus niños, y repentinamente, de manera casi increíble, realmente ocurre, y el meneo y el gateo comienzan con inocencia, en un proceso en el que las mujeres crean en sus movimientos las formas y ritmos que ellas han visto en sus niños, y que ellas mismas también vivieron como tales”.

“Tras algunos minutos de meneos y gateos sobre el piso, y en la continua transformación de sus movimientos, las mujeres eventualmente alcanzan la posición erecta y se preguntan ¿que ocurre después de esto en el desarrollo del movimiento del niño? Al hacerse esta pregunta en este momento, las mujeres se dan

cuenta de la enorme expansión de conciencia en la diferenciación motora que emerge en el niño con la posición erecta. También se dan cuenta de que en el encanto de la danza y en la gracia del jugar con los ritmos de los movimientos elementales en la posición erecta, el niño teje su mundo como su dominio de existencia en la medida que conecta una forma de movimiento con otra: caminar, brincar, saltar, galopar...”.

“Con esta nueva conciencia y a través de nuestra comprensión de nuestras propias actividades sensorio-motoras, nosotras intentamos entender mejor situaciones como la siguiente. La pequeña Gaby saltaba con los zapatos de taco alto de la mamá, la que le pidió que se los sacase porque era muy peligroso saltar con ellos. Al oír a la mamá la niña, sin interrumpir su ritmo de salto suplicó en forma plañidera: ‘No, no, déjame, es mejor con estos zapatos que suenan tan bonito’. Saltar es música”.

“En síntesis, es dándonos cuenta experiencialmente de cómo un niño configura el mundo o dominio de existencia que él o ella vive a través de la transformación de su capacidad de moverse, que llegamos a estar abiertos a comprender que debemos permitir al niño simplemente ser en tanto le ofrecemos espacio y tiempo libres para que dé curso espontáneo al empleo de sus habilidades motoras innatas en un dominio de mutua aceptación y respeto. A través de vivir libremente los ritmos y formas espontáneas de sus movimientos, los niños se experimentan a sí mismos, a sus territorios, a sus dominios de existencia, y de hecho crean su entorno”.

“Sólo cuando nosotros permitimos que la actividad motora del niño ocurra en la espontaneidad del juego libre, puede el niño llegar a la plena conciencia operacional de su cuerpo y de sus posibilidades. En realidad, es sólo cuando un niño o niña conoce operacionalmente su cabeza, sus pies, sus brazos, su vientre y su espalda como su propio cuerpo cuando se mueve, que puede él o ella conocer el arriba, el abajo, los lados, el frente y el atrás, como características del mundo que él o ella vive, y puede saber que hay algo arriba, abajo, al frente, detrás o al lado, dándole origen con sus movimientos”.

“Es sólo a través de sus movimientos que un niño o niña puede llegar a ser operacionalmente consciente de la forma dinámica de su corporalidad, y es sólo cuando un niño o niña es operacionalmente plenamente consciente de su corporalidad, que puede vivirla como el patrón de orientación (el esquema corporal humano) con el que él constituye y organiza su entorno y se orienta en él. En otras palabras, es sólo a través de mis propios movimientos que yo llego a ser operacionalmente consciente de mi forma corporal humana como un patrón de orden, y es sólo cuando yo estoy operacionalmente plenamente consciente de de mi cuerpo como un ámbito de movimientos que puedo crear un mundo coherente como el espacio operacional en que vivo, constituyéndolo como un entorno en el que me puedo mover libremente. Esto es, mi entorno, mi mundo, es operacionalmente la expansión de mi cuerpo”.

“La configuración de su entorno o espacio circundante por un niño o niña como un dominio de movimientos, es reforzada por los juegos rituales que juega,

tales como el “luche” y la “pata coja”, juegos comunes con diferentes nombres en todo el mundo. En estos juegos rituales el esquema corporal es dibujado o marcado con cintas en el suelo, y se cantan o recitan sílabas y números mientras se danza sobre él”.

“Finalmente, las mujeres se dan cuenta de que cuando cantan y danzan los movimientos y ritmos de su infancia, ellas se vuelven de nuevo como niñas, y, sumergiéndose en lo que hacen descubren como ellas, como niñas, generaron el mundo en que viven”.

4. Signos elementales

“En los primeros meses y años de su vida, un niño construye gradualmente, jugando, o sea, a través de su operar en coordinaciones senso-motoras en el juego, su conciencia corporal operacional. Aún más, a través de su conciencia corporal operacional en el ámbito de las coordinaciones senso-motoras que involucran su superficie táctil en lo que como observadores vemos como su “vivir en el tocar y el ser tocado”, o que involucran su superficie visual en lo que vemos como su “vivir sus ojos en visión”, o que involucran su superficie gravitacional en lo que vemos como su “vivir sus movimientos en el balanceo”, el niño gradualmente crea su entorno como un espacio de coordinaciones senso-motoras que nosotros vemos como un espacio de acciones y conductas. En otras palabras, en la medida en que el niño o la niña crece, convierte la operacionalidad motora de su cuerpo en un espacio circundante con dimensiones tales como arriba y abajo, adelante, atrás, y lados alternativos, cada uno constituido como una configuración diferente de coordinaciones senso-motoras que involucran de manera distinta sus músculos y sus superficies sensoriales”.

“Los niños, cuando no están demasiado restringidos, a menudo recorren caminos circulares y elípticos espontáneamente, o configuran mediante brincos y saltos un entorno inmediato según las dimensiones dinámicas de su corporalidad, yendo en líneas verticales y horizontales, ángulos rectos, cruces, cuadrados, zigzags, espirales y culebras, y hacen esto de una manera asombrosamente sistemática. Así podemos ver en las calles de ciudades y pueblos, que los niños organizan sus movimientos alrededor de las lozas rectangulares, o dibujos de caracolas, o espirales, o de su esquema corporal mientras brincan y cantan sus movimientos. Por ejemplo, un juego favorito que los niños bailan en las calles donde aún les es posible hacerlo es:

y uno	un sombrero	adelante
y dos	un bastón	atrás
y tres	un paraguas	de lado”.

“También los niños comienzan a dibujar líneas verticales, horizontales, cruces, círculos, diagonales (comenzando desde la esquina más baja de la derecha a

la esquina más alta de la izquierda, y desde la esquina más baja de la izquierda a la esquina más alta de la derecha), triángulos, cuadrados y espirales, sobre cualquier superficie, después de que empiezan a moverse independientemente de sus madres y tiene la oportunidad de caminar según las líneas de su cuerpo dentro de la casa, en el jardín y en la calle. Y ellos hacen estos dibujos por mucho tiempo sin distraerse de lo que están haciendo. A los niños les gusta hacer esto, especialmente en superficies grandes como el piso de las piezas, las murallas, el pavimento de la calle, las playas con arena, o las grandes hojas de papel blanco que yo les doy en los grupos de juego materno-infantil. De esta manera el niño extiende el eje de su cuerpo y las direcciones de sus movimientos en lo que nosotros vemos como su entorno inmediato” (Figuras 2, 3, 4 y 5).

“El dibujar de esta manera es para el niño como danzar el conocimiento de su cuerpo, tanto como sus principales posibilidades de movimiento, con las manos. De este modo los niños conectan las formas que han experimentado con sus movimientos corporales en un cierto dominio de coordinaciones senso-motoras, con otras formas o configuraciones ornamentales que ellos han experimentado o vivido en un dominio diferente de coordinaciones sensorio-motoras. Cuando hacen esto los niños suelen decir: ‘Hacer líneas es tan lindo’; o ‘Mamá yo hice un dibujo, un dibujo precioso’ ”.

“Durante este período es importante para la confianza del niño o niña en sus habilidades innatas, y para el desarrollo de su autoaceptación y respeto, que la madre le demuestre su placer frente a los puntos coloridos, círculos, pelotas, líneas, cruces, triángulos, cuadrados y espirales que él o ella haga. También es importante en este período para la aceptación por las madres de lo que ocurre en el niño, que de vez en cuando ellas también usen algo de su tiempo en dibujar estos signos elementales en grandes hojas de papel, sentadas en el suelo. Haciendo esto, las madres juegan con los signos elementales de la manera como sus niños dan forma y significado a sus espacios perceptuales crecientes, y pueden reconocer que el objeto percibido es creado en la combinación de dimensiones operacionales muy simples. Junto con los niños y artistas ellas pueden descender en la “pre-historia de lo visible” tal como lo dice Paul Klee, y pueden experimentar lo que Paul Cézanne quería decir cuando él decía que ‘Todas las cosas en la naturaleza tienen forma de pelotas, conos, cubos o cilindros’ ”.

5. El espacio

“Las mujeres tratan de entender lo que sus hijos hacen en su “espacio de juego”, el cual es para ellos su “espacio de existencia” ”.

“Los niños establecen para sí mismos puntos de referencia como puntos imaginarios (que llamamos imaginarios debido a que nosotros no los vemos como ellos los ven) de comienzo y término. Ellos corren, brincan y saltan, siguiendo las conexiones y caminos imaginarios que unen tales puntos. Los niños dividen estas

rutas imaginarias con marcas. Saltan de una marca a otra y repitiendo sus movimientos una y otra vez, de una manera ritual, cantan o recitan sílabas o rimas al ritmo de sus movimientos. A veces simplemente cuentan los pasos en sus rutas. Ellos hacen todo esto totalmente absortos, como si quisieran imprimir lo que hacen en sus mentes. Después de un tiempo cambian sus movimientos y corren con rapidez de un punto a otro en las rutas que han establecido, o súbitamente empiezan a saltar a lo largo de su ruta imaginaria después de haber brincado por ella durante un rato”.

“Cada cosa es hecha por los niños como si ellos quisieran fijar en sus mentes lo que hacen, como diciéndose a sí mismos: ‘Debo cantar, dám dá dám dá tantas veces, luego yo debo recorrer mi ruta saltando una vez; ‘o’, mi camino tiene tantos saltos de distancia, ‘o’ aún, mi camino me toma tantos saltos de distancia desde el punto de comienzo hacia el punto final’. Los niños no dicen esto, pero actúan como si lo dijeren: mediante el ritmo construyen el tiempo. La extensión en el tiempo del camino que los niños siguen es una idea, una abstracción de sus movimientos corporales en el dominio de los ritmos. El camino no existe, como pudiéramos decir, de una manera concreta o palpable. La ruta es construida en lo más profundo del sí mismo del niño como un proceso de memoria en la conducta. La ruta es construida al recordarla (rehacerla) en los diferentes pasos que son necesarios para moverse desde el punto de inicio al punto final. En lo más íntimo del ser del niño, esto es, en su darse cuenta operacional de su cuerpo, los diferentes pasos que constituyen la ruta son integrados como una operacionalidad particular, que, en tanto es usada como tal, da origen a la ruta como la *Gestalt* o configuración operacional que la constituye.

Es por medio de esta síntesis corporal senso-motora, en la que el niño o niña constituye mediante configuraciones de coordinaciones senso-motoras las dimensiones espaciales tales como adelante y atrás y las dimensiones temporales tales como antes y después, que el niño o niña crea los mundos que él o ella vive y vivirá, como diferentes dominios de coordinaciones senso-motoras. Sin estas configuraciones de conciencia corporal operacional no hay camino, sólo hay lo que pasa cuando el pie toca la tierra, no hay mundo o mundos, solamente sensaciones aisladas”.

“Al jugar los niños construyen sus relaciones espaciales, sus dominios de acciones, las configuraciones (*Gestalts*) senso-motoras que como operaciones con relaciones y acciones vemos emerger como si ellos les diesen origen operando en la interioridad de sus mentes en un espacio imaginado anterior al espacio que ellos constituyen de hecho en el fluir de sus dinámicas corporales. Los niños generan sus espacios de acciones y dominios relacionales conectando muchos puntos o momentos senso-motores diferentes de sus movimientos, como operaciones relacionales discretas en muchas configuraciones dinámicas coherentes nuevas que expanden sus dominios de coordinaciones senso-motoras. Antes de empezar a vivir en el lenguaje, el niño o niña crea su espacio de acciones como un simple espacio relacional corporal, pero cuando comienza a vivir en el len-

guajear, la creación del espacio del niño se expande en todos los dominios de coordinaciones de acciones que él o ella comienza a generar en las interacciones que él o ella vive con su madre y los otros adultos y niños con quienes convive según sea ese nuevo modo de vivir en el convivir del lenguaje”.

“Esta creación de espacios del niño humano en crecimiento, particularmente en el dominio del lenguaje, es el logro espiritual más básico, y el fundamento efectivo de su pensamiento operacional y abstracto. Con dificultad y gran esfuerzo, las mujeres empiezan a ver que el bebé y el niño realizan sus capacidades básicas para desarrollarse como seres humanos efectivos a través del crecimiento de su conciencia corporal operacional en la medida en que crean sus propios espacios de relaciones y de acciones en el juego mientras interactúan en el dominio humano. Más aún, las madres se dan cuenta de que la realización individual de esta capacidad básica para la abstracción operacional en la creación de relaciones temporales y espaciales por el niño humano en crecimiento, es un requisito para el desarrollo de su habilidad humana para operar como un ser social de una manera basada en la conciencia individual, y, por lo tanto, para su realización efectiva como una entidad social humana”.

“A través de la repetición rítmica de sus movimientos en el juego libre, no inhibido, los niños especifican y cuantifican relaciones espaciales exactas, y al cantar y recitar en estas repeticiones rítmicas, definen un dominio abstracto de acciones que relaciona sucesiones de relaciones espaciales. Esto es, los niños constituyen el espacio y el tiempo a través de su juego libre como diferentes redes de coordinaciones senso-motoras que especifican diferentes dominios de acciones, creando *quantas* espaciales y temporales que ellos varían a través del cambio en el ritmo de sus movimientos repetitivos. Con el fin de entender completamente esta capacidad fundamental para la abstracción operacional que los niños realizan en la constitución del espacio y el tiempo, las mujeres intentan vivir nuevamente esa creación a través de sus propios movimientos. Para hacer esto, las mujeres se mueven como los niños, creando con su propios cuerpos los caminos que constituyen su espacio, e intentan representar gráficamente los pasos con los cuales ellas han creado estos caminos, dibujando aquellos caminos que ella previamente han contado y cantado”.

“Lentamente las mujeres entienden: En la primera infancia, a través del juego, mientras viven muchas experiencias recurrentes de movimiento, tocando, balanceando, y haciendo ritmos, los niños gradualmente constituyen y desarrollan el conocimiento operacional de sus cuerpos en muchas configuraciones de redes entrecruzadas de coordinaciones senso-motoras. Si miramos a los niños en su crecimiento, los vemos moviéndose y orientándose en lo que nosotros llamamos su ambiente o entorno, mientras que lo que ellos en verdad hacen es constituir y dar estructura a su mundo como un dominio de coordinaciones senso-motoras que surge de la expansión de sus cuerpos en la medida que adquieren dominio de ellos. Más aún, como fenómeno humano, este es un proceso que en los niños se expande de modo vertiginoso cuando ellos comienzan a vivir en el lenguaje en

una continua creación, expansión, y transformación de muchos dominios interrelacionados de coordinaciones de acciones con otros en la realización de sus correlaciones senso-motoras, y que termina solamente con la muerte”.

“Durante éste proceso, en la primera infancia, los niños dibujan una y otra vez *una casa*: usualmente un rectángulo techado con un triángulo. Cada madre conoce la *casa* de su propio niño. Todas las coordinaciones y direcciones esenciales del cuerpo están contenidas en ésta casa. Hacia el fin de la primera infancia, sin embargo, repentinamente, el conocimiento de los niños de sus propios cuerpos y de lo que ellos han constituido como su ambiente inmediato en su *espacio de juego*, se libera de lo que nosotros como observadores externos llamamos lo concreto y palpable, y ellos se nos aparecen como escapando de lo que vemos como lo que puede ser experimentado directamente. Las líneas del cuerpo se extienden como líneas espaciales. Estas líneas espaciales son, en la vida del niño, inicialmente coordinaciones senso-motoras que constituyen conexiones en un espacio de juego, que como observadores externos vemos como desplazamientos en un ambiente, y, luego, correlaciones senso-motoras que constituyen conexiones en un espacio de juego que nosotros no vemos como parte de un ambiente externo al niño, y que nos aparece como teniendo lugar sólo como un espacio abstracto, interno, a través de los que consideramos como movimientos imaginados. Cuando esta condición aparece, los niños empiezan a vivir algunas de sus correlaciones senso-motoras como experiencias corporales y motoras que vemos en ellos como la distinción del espacio en un sentido amplio, incluyendo el cielo y las estrellas. En este proceso los niños empiezan a ser capaces de mirar más allá, lejos del aquí y el ahora, en su *imaginación*, de una manera espacial y temporal en la medida en que configuran a través de su conciencia corporal el dominio de las relaciones espacio-temporales” (Figuras 6 y 7).

“Cuando el niño nace es aún sólo una posibilidad embrionaria de conciencia y de reflexión sobre sí mismo. Es solamente a lo largo del período maduracional de su primera infancia, que un niño constituye espontáneamente a través del juego libre con su madre y otros adultos y niños, la manera de vivir en el lenguaje que constituye la conciencia humana como una distinción de la conciencia del propio cuerpo en el contexto de la distinción de otras corporalidades similares. Es solamente si el niño alcanza autoconciencia al vivir su infancia en la riqueza de la experiencia senso-motora de su vida temprana en la interacción corporal en total aceptación con su madre, que él puede separarse de ella (o él) con la corporalidad efectiva de un individuo socialmente seguro desde la aceptación y el respeto por sí mismo. Cuando esta autoconciencia comienza aparecer, y el niño comienza a separarse de su madre, él o ella es capaz de orientarse a través de sus conciencia corporal operacional en el dominio humano de relaciones espaciales y temporales. Aún más, a medida que el niño crece en autoconciencia en el dominio humano de relaciones espaciales y temporales, él o ella tiene la posibilidad y es capaz de crecer como un adulto que no teme que su individualidad se vaya a perder o destruir a través de su integración social. En este punto dramático del desarrollo de la conciencia humana, el niño piensa y dice: ‘La mamá está muerta’ ”.

“Por supuesto la mamá no está muerta, pero los niños en su conciencia corporal se separan de la corporalidad de la madre, esto es, ellos no usan más la distinción de la corporalidad materna como el único punto de referencia en su dinámica de correlaciones senso-motora al construir su mundo circundante. El niño en este punto de su crecimiento ya ha vivido las experiencias senso-motoras que son un pre-requisito para la constitución de la conciencia humana: el libre movimiento en un dominio social como un ámbito de relaciones espacio-temporales en la aceptación de sí mismo y de los otros. La madre y el niño lo han logrado. Como resultado de esto, el niño es capaz de tener lo que vemos como un mundo imaginado, es capaz de orientarse en él, y de estar en él como un individuo total. En otras palabras, el niño se ha vuelto capaz de ver en su mente la Gestalt (configuración) de la vida humana como su propia vida, en el movimiento cíclico de avance y retroceso que constituyen el espacio y el tiempo”.

“En este momento el niño empieza a hacer preguntas acerca de el comienzo y el final de la vida: esto es, preguntas filosóficas. Mirando hacia adelante el niño concibe su propio futuro: ‘¿Mamá tú sabes con quien me voy a casar?; ¿Mamá tú sabes lo que voy a ser algún día?’. El niño crea un espacio que permanece intacto a medida que él va y viene y que él no podría haber creado antes de haber creado su recién lograda red de correlaciones senso-motoras en el contexto del lenguaje: las estrellas, el cielo, el paisaje... aparecen. Más aún, a medida que el niño crea este ámbito imaginado de identidades separables y permanentes en su espacio de correlaciones senso-motoras mientras crece en coordinaciones de coordinaciones de acciones en total aceptación mutua con su madre y con otros adultos y niños, el niño crea lo que vemos como su mente interior, como su dominio de relaciones con aquellas entidades imaginadas permanentes y separables”.

“Por favor, no pregunten cuándo sucede esta transformación en el crecimiento del niño; no pregunten a qué edad es ésta metamorfosis en la que las experiencias senso-motoras del niño, que como tal son vividas como meros sucesos, se vuelven conciencia humana en la complejidad de las relaciones humanas. No pregunten a qué edad el niño adquiere la posibilidad de imaginar lo intocable en una red de dimensiones espaciales y temporales. No sucede a ninguna edad, sucede como un cambio en el dominio de las relaciones del niño a medida que crece en conciencia corporal en su vivir en el lenguaje mientras danza en la total aceptación mutua con su madre a través de la vida. Yo he visto niños de 3 años que ya tenían la imaginación reflexiva típicamente humana, y otros que aún a los 6 años todavía no existían en el espacio relacional humano”.

“La madurez en conciencia humana que un ser humano alcanza, depende de como él vive como un niño o niña en la creación de lo que nosotros vemos como su ámbito de coordinaciones de acciones con su madre. Si el niño o niña crece en una aceptación corporal total por su madre al encontrarse continuamente con ella en el juego, él o ella se convierte en un adulto afectuoso que no teme perder su identidad individual en la aceptación de los otros como ser social, y no necesita reafirmarse en la negación de los otros en el curso de una competencia intermi-

nable. Pero cuando el niño en las grandes ciudades no puede obtener a través del libre juego (esto es a través de la aceptación corporal total) la conciencia sensoriomotora que constituye el fundamento de la conciencia humana, no puede realizar plenamente el espacio relacional humano. Si cuando esto sucede el niño o niña no está completamente distorsionado, lo menos que le ocurre es que él o ella permanece dependiente del control externo.

Sin embargo, hay un signo que indica que el niño ha logrado acceso al espacio relacional humano. En mi investigación eco-psicológica llamo a éste signo “esquema de orientación filogenética de los seres humanos”. Este signo tiene la forma de un rectángulo dividido por dos líneas axiales y dos diagonales que se cruzan en un punto central. El niño produce este esquema espontáneamente en el período en el cual él o ella logra los fundamentos de la conciencia humana. La producción de este esquema por un niño o niña es un indicio de que él o ella en adelante se orientará en el dominio de la imaginación humana, construyendo el espacio y el tiempo en una forma creativa humana. Llamo a este esquema de orientación, el “esquema de orientación filogenética”, debido a que surge como una característica espontánea del desarrollo del niño o niña que crece en la relación de total aceptación por su madre, y es como tal una expresión de la transmisión filogenética de la realización de la posibilidad que un bebé nacido de una mujer humana tiene de llegar a ser un ser humano” (Figuras 8, 9, 10, 11 y 12).

“Todos nosotros, en la medida que somos capaces de vivir como seres humanos socialmente conscientes, hemos tenido en nuestras vidas individuales las condiciones necesarias para desarrollarnos en la forma en que la conciencia espacio temporal y social humanas surgen, y hemos tenido también la posibilidad de construir nuestros mundos mentales *internos* como el dominio humano de relaciones espacio-temporales imaginario. Estas condiciones, sin embargo, no siempre suceden fácilmente con los niños de nuestros días debido a que en nuestra cultura occidental actual les concedemos cada vez menos tiempo y menos espacio libre para la *danza espacial* en estrecho contacto corporal en total confianza mutua con la madre bajo la cual la conciencia humana surge. Debido a nuestra conciencia de esta condición, y a que en mi trabajo con Gabi y con los grupos de juego materno infantiles yo he encontrado que los niños generan sus relaciones espacio-temporales creando espontáneamente signos elementales básicos que constituyen los fundamentos operacionales y la corporización de esas relaciones, las madres y yo hacemos el esfuerzo de crear, a través del uso de estos signos, las condiciones que podrían abrir la posibilidad de iniciar el desarrollo de tal conciencia espacio-temporal en los niños con alguna esperanza de que éste se complete de manera saludable.

De acuerdo a esto, formamos círculos o espirales con cinta de color en el suelo, o dibujamos de esa misma manera el esquema de orientación filogenética humano que, en cuanto contiene todos los signos elementales en su construcción, contiene todas las direcciones de los movimientos corporales como un dominio de posibilidades. Mediante el ritmo de nuestros movimientos construimos juntos la

imagen prototípica del espacio de movimientos humanos sobre la *geometría* dibujada en el suelo. Con el fluir de formas y movimientos repetitivos, tanto cuando danzamos las formas espaciales prototípicas una y otra vez, como cuando integramos estas formas espaciales en nuestras rimas y canciones, creamos el tiempo en nuestra conciencia corporal operacional como un dominio de correlaciones senso-motoras. Esto es, creamos lo temporal a través de nuestros movimientos corporales por medio de movimientos repetitivos exactos entre puntos espaciales fijos. Nuestras danzas rítmicas crean la temporalidad y nuestros pies en la danza y el ritmo constituyen la medida del tiempo. Empezamos a jugar con direcciones en el espacio, y con caminos hechos con danzas elementales repetitivas hacemos una coreografía elemental del comienzo y el término de los procesos rítmicos que constituyen el tiempo como una presencia corporal en nuestras correlaciones senso-motoras.

Así, a través de este juego espacial vivimos la experiencia de que un período de tiempo (tal como una canción), y una distancia en el espacio (como cierta sucesión de pasos), como distinciones en distintos dominios de correlaciones senso-motoras en nuestra corporalidad, no tienen correspondencia directa en lo tangible y existen en lo que como observadores vemos como nuestra imaginación fuente de todas nuestras ideas. A través de esta experiencia liberadora y sorprendente del espacio y el tiempo como aspectos diferentes de sus dinámicas corporales las madres empiezan a entender y a respetar el juego espacial de sus niños y niñas cuando estos se mueven en sus espacios de juego aprendiendo a aceptar y confiar en sus cuerpos y en los cuerpos de los otros, en el proceso de llegar a ser seres sociales como aspecto de su conciencia corporal operacional”.

6. Construcciones de teorías

“Los períodos de tiempo y la distancia en el espacio no tienen correspondencia directa en lo que como observadores vemos como lo tangible. El tiempo y la distancia son productos de procesos que llamamos mentales, o de la mente interior, y existen como tales como aspectos de un dominio humano de existencia que se constituye cuando la mente humana surge con el espacio relacional humano imaginario. Los niños ejercitan su potencialidad innata para la abstracción, y, por lo tanto, su potencial creativo humano, creando el tiempo y el espacio al jugar danzando sobre el esquema de orientación. En este proceso, la demarcación de un espacio imaginado, y su subdivisión en pasos secuenciales a través de la producción de formas de movimientos repetitivos entre puntos fijos, constituye la construcción operacional de lo que un observador podría llamar la primera teoría espacial del yo y del mundo por un niño en crecimiento”.

“En mi experiencia, el presentar el esquema de orientación en el mundo *externo* fascina a los niños. A menudo los niños caminan sobre las líneas del esquema de orientación por un largo rato y las siguen cantando al mismo tiempo. Pare-

ce que para los niños es asombroso, y al mismo tiempo liberador de ansiedad, el usar en la creación del mundo externo esta estructura que equivale de manera tan clara y completa a su conciencia corporal. Es como si ellos se encontrasen a sí mismos, o como si se encontrasen en la intimidad de su hogar cuando las correlaciones senso-motoras llegan a ser idénticas con el *mundo* que viven”.

“Las madres también practican una coreografía elemental sobre el esquema de orientación, y al hacerlo crean sus caminos danzados, los practican, y, finalmente, ejecutan pequeñas creaciones espacio-temporales de una manera ritual. Cada madre contribuye de alguna manera que le es propia. Así cristalizan distintas configuraciones de arreglos espacio-temporales después de vivas discusiones acerca de los problemas de espacio y tiempo. Permítanme describir uno de estos acontecimientos. Una madre permanece en el punto central del esquema de orientación dibujado en el piso mientras otras se ubican en los otros puntos de intersección de las líneas del esquema de orientación. La mujer que está en el centro invita a moverse a las dos que están paradas en la línea horizontal a su derecha y a su izquierda. Luego hace lo mismo con las dos mujeres que están en la línea vertical al frente y detrás de ella, e indica a aquellas que están paradas en los extremos de las diagonales que deben comenzar a moverse. Después de un ir y venir en una danza simétrica en pares sobre las cruces axiales y diagonales por un rato, las madres giran alrededor del cuadrado cantando, en un caminar que llega a ser un flujo espiral hacia el centro. Finalmente, esta espiral comienza a moverse hacia afuera y cada madre vuelve a su posición de partida en el esquema de orientación”.

“El juego danzado descrito aquí es solamente una de las incontables variaciones en la construcción de movimientos sobre el esquema de orientación que las madres crean en su espacio de movimientos. Juntas las madres planifican su danza; juntas, después de realizar la danza que ellas han planeado, ejecutan gráficamente dibujando en el suelo, los caminos que ellas han recorrido caminando o danzando en su espacio de movimientos. Planear y ejecutar un juego espacial sobre el esquema de orientación, y después hacer una reflexión gráfica de las rutas caminadas en el espacio de movimientos, es un buen ejercicio de imaginación espacial no solamente para los niños sino que también para los adultos”.

“Para los niños, la planificación, la realización, y finalmente el registro gráfico de estas coreografías elementales, es la preparación más iluminadora, más efectiva, y la más entretenida, para la abstracción espacio-temporal, o imaginación, que como tal es la misma para todos los seres humanos. Esto es, la actitud básica latente para la organización espontánea de configuraciones espacio-temporales en el desarrollo del lenguaje, presente en todas las gentes del mundo, cualquiera sea lo que ellos hacen con ella culturalmente. El esquema de orientación filogenético es el escenario abstracto sobre el cual todos jugamos cuando comenzamos a ser seres humanos, y es debido a esto que la construcción del esquema de orientación en la creación del espacio relacional humano de la conciencia corporal, es básico para toda construcción ulterior de realidad en nuestras

vidas. Como consecuencia, toda construcción teórica ocurre en nosotros en la expansión de la construcción de nuestro espacio de movimientos e interacciones entrelazado con nuestra capacidad para crear lo temporal a través de los movimientos repetitivos entre puntos fijos”.

“En el territorio básico de conciencia corporal operacional que construimos en nuestra infancia a través de correlaciones senso-motoras, y que cuando crecemos en lenguaje llega a ser un espacio de imaginación en el lenguaje, podemos los seres humanos conectar de diferentes maneras elementos de nuestra experiencia que para un observador externo no están relacionados o conectados en lo tangible. Creamos un mundo de relaciones de correlaciones senso-motoras a través de correlaciones senso-motoras en el flujo de nuestras interacciones. Al hacer esto, usamos y expandimos la operacionalidad implicada por el esquema de orientación espacial, conectando nuestras experiencias en la forma de resolución de problemas, patrones de significado, cuentos de hadas, fábulas y explicaciones científicas. El esquema de orientación espacial es una abstracción que no significa nada en sí mismo, su presencia expresa el logro de cierta capacidad operacional en el desarrollo de la conciencia corporal en el niño, pero no representa esa capacidad”.

“Sin embargo, partiendo de la realización en nuestra dinámica corporal de las correlaciones senso-motoras que el esquema de orientación espacial connota, y en tanto cada uno de nosotros construye su propia realidad como su dominio de correlaciones senso-motoras en sus interacciones con los otros, todos construimos en conjunto los patrones de significados que constituyen los diversos mundos que vivimos. Y cuando nos abandona todo significado en la muerte, desaparecemos en el vacío de la nada desde donde surgimos al comienzo de nuestra vida. Es simplemente el estar en el existir lo que nos hace y nos conecta”.

IV. EL COMIENZO (1972-1979)

Lo que viene a continuación es casi un relato autobiográfico, pero lo presento porque lo considero necesario para que se pueda comprender cómo empecé a observar en los niños, particularmente en Gabi, los fenómenos que condujeron al entendimiento y a las reflexiones de que se trata este ensayo.

Durante mis estudios y práctica como psicóloga del desarrollo, tuve acceso a numerosas teorías psicológicas que intentaban explicar la transformación del niño como un ser humano completo. Para mi sorpresa, todas ellas me parecieron inadecuadas para tratar el desarrollo de las habilidades perceptivas y el poder de comprensión que los niños empezaban a exhibir muy tempranamente en sus vidas. Estas distintas teorías a mi parecer describían mejor o peor la historia de aparición de esas habilidades sin mostrar como surgían del vivir y en el vivir del niño. Esta es la razón por la cual pronto empecé en mi investigación a practicar con los niños formas artísticas de expresión corporal, buscando comprender el origen de sus habilidades a través de observarlos en su vida cotidiana. Así, nos

introducimos juntos en la danza, o sea en el arte del movimiento, en el canto, o sea en el arte de la música, y en el mundo que conecta a ambos, vale decir, en el arte del ritmo. Y esto gustó enormemente a los niños.

Los niños pequeños y sus madres hicieron ejercicios de juegos rítmicos, de balanceos y de danzas elementales con entusiasmo. Yo tuve la impresión de que en el ritmo, balancéandose, saltando, brincando, danzando y cantando, los niños estaban en su elemento. Ante esta experiencia empecé a preguntarme: ¿por qué los niños son capaces de hacer estas cosas artísticas tan bien, y mejor que más tarde cuando adultos? ¿de dónde viene o como se constituye esta habilidad?; ¿qué es lo básico en ella?, y cambié la formulación del problema presentándolo en términos de desarrollo. ¿Qué significan el ritmo, la música, y los movimientos para el desarrollo de la conciencia humana en la primera infancia?

En mis esfuerzos por continuar estos estudios, fui acogida por el Centro Bávaro para la Investigación Educativa en el Instituto del Estado para la Educación Temprana. Como miembro de ese Centro trabajé con madres, niños, y profesores de jardín infantil, por todo Bavaria desde el año 1972 al año 1975. El Ministerio Bávaro de Cultura y el Ministerio Federal de Educación y Ciencia de la República Federal Alemana, apoyaron y promovieron juntos mi trabajo. En este tiempo fundé un grupo de estudio con profesores de arte (Gerda Zöller, 1972 y 1974).

La necesidad de entender el desarrollo estético de los niños a través de sus propias actividades en un época en que su medio de crecimiento está en peligro, fue valorizada y apoyada por funcionarios responsables del gobierno que financiaron mi proyecto de investigación en el ritmo, la música y el movimiento (Gerda Zöller, 1973). El propósito de dicho proyecto de investigación era explicar el desarrollo estético espontáneo del niño. En el comienzo, sin embargo, las dificultades aparecieron insuperables. Yo sabía muy bien que no había hasta entonces ninguna teoría adecuada en el campo de la psicología preocupada del desarrollo de las actividades espontáneas de los niños. También me parecía que el camino que la psicología tradicional había tomado enajenaba al ser humano de sí mismo a través de una confusión del fenómeno psicológico con su apariencia y había generado métodos y teorías que terminaban en la manipulación del niño más bien que en el entendimiento de su desarrollo. El Instituto Estatal para la Educación Temprana en el Centro Bávaro para la Investigación Educativa, no podía evitar el aplicar estos métodos y teorías a aquellos seres que son los más sensibles y necesitados de protección en nuestra sociedad, esto es, los niños de edad temprana. Se requería una nueva perspectiva y un nuevo enfoque teórico.

En estas circunstancias, pensé que necesitaba gente de pensamiento cercano al mío para desarrollar mi trabajo. Después de una búsqueda intensiva encontré personas con quienes pude intercambiar mis ideas y observaciones acerca de las actividades espontáneas de los niños, y quienes tuvieron voluntad para reflexionar sobre ellas. Yo encontré a esta gente no solamente en el dominio de la psicología, sino que también en el campo del arte y de las ciencias naturales. Ellos fueron,

Heinz von Foerster del campo de la biocibernética y la teoría de sistemas, Anton Hajos quien se preocupaba con problemas de percepción, Hans Peter Reinecke quien investigaba en acústica y música, y Dieter Ungerer quien estuvo involucrado en el estudio de los procesos senso-motores. Georg Verden ya fallecido, fue el artista de nuestro grupo de estudio. Mi tarea era integrar la contribución de todos los participantes del grupo de estudios, incluyéndome a mí misma, en el intento de explicar el desarrollo de la conciencia humana en la primera infancia.

En marzo de 1975 este grupo se juntó por primera vez en Múnich, y se decidió un plan para estudiar los procesos involucrados en el desarrollo de la conciencia humana en el niño, dentro del marco del proyecto de investigación en estética ya mencionado. Nosotros supusimos, desde el principio, que las experiencias que involucraban a la música y el movimiento en el niño jugaban un rol en esto. Este enfoque no concordó con lo esperado por el grupo representativo del Instituto Estatal para la Enseñanza Temprana, y yo renuncié al proyecto en Junio de 1975. La suerte, el azar, la providencia o como quiera que uno llame a un evento inesperado que tiene consecuencias fundamentales en el curso de la vida de uno, vino en mi ayuda. Ocurrió a través de mi encuentro con una niña particular, Gabi. La niña que era ciega de nacimiento, había sido operada al principio de su segundo año de vida sin recobrar la visión, llegando más adelante a ser una niña motoramente incapacitada y epiléptica. Cuando me encontré con Gabi por primera vez en el comienzo del año 1976, ella tenía el desarrollo mental de una niña de dos años y medio, aún cuando su edad era ya alrededor de 7 años. Yo la encontré por casualidad. Ella se me acercó espontáneamente y no quiso dejarme ir. Yo acepté esto y empecé a preocuparme de ella, pero no tenía idea de lo que ella esperaba de mí o de lo que yo haría con ella. Cuando encontré a Gabi ella sufría de tuberculosis, y a los médicos del sanatorio para niños donde fue ubicada les agradó de que yo cuidara de ella, y nos dejaron a nuestro propio arbitrio, sin interferir, permitiéndome hacer uso de una pieza tranquila y espaciosa, rodeada de altos abetos, para trabajar con ella.

Practiqué con Gabi ejercicios de balanceo. Lo que a ella le gustaba más era trepar sobre mí, mientras ajustaba su balance a las vibraciones de mi cuerpo. Observé que ella transformaba todo lo que hacíamos en ritmos, y la apoyé en esto. Aunque Gabi no podía ver, espontáneamente en forma ocasional producía figuras elementales en el papel, tales como líneas paralelas, diagonales, cruces, círculos, espirales y cuadrados (Gerda Verden-Zöller, 1978). Junto con Gabi copié estas figuras en el piso, usando una cinta adhesiva de textura suavemente rugosa de modo que ella pudiese sentir las cuando caminaba con los pies desnudos.

Cuando me encontré por primera vez con Gabi, todo lo que ella podía hacer en términos de movimientos sin irregularidades rítmicas, era caminar y correr. Ella no podía efectuar las combinaciones de movimientos diferenciados que los niños de su edad cronológica hacían sin dificultad. Y vi, por ejemplo, su esfuerzo cuando intentó sin éxito saltar con ambos pies. Yo la asistí, guiando cuidadosamente su ritmo corporal en el desarrollo de sus movimientos incipientes hasta su

culminación en la forma (Gestalt) completa del salto. Inicialmente tampoco podía ella brincar, pero lentamente construimos juntas esta forma de movimientos en sus ritmos.

Pronto comenzó a fascinarme la transformación continua e inesperada de las habilidades mentales y corporales de Gabi a través de este extenuante trabajo físico. Así fui testigo de cómo en unos pocos meses ella cambió, y de una manera misteriosa llegó a ser más lúcida, mejor coordinada en sus movimientos, y más segura de sí misma. Luego, empezó a hacer preguntas que me sorprendieron, y, sobre todo, empezó a estructurar un espacio que ella no podía ver (Gerda Verden-Zöllner, 1978).

Al tratar con esta niña yo tuve que abandonar todos los métodos psicológicos que había estudiado en la Universidad, y sentí que me encontraba frente a algo completamente diferente de todo lo implicado en cualquiera de las nociones explicativas tradicionales tales como estímulo-respuesta, percepción gestáltica, o desarrollo por etapas. Me parecía que un poder primitivo, que brotaba de una fuente distinta de lo corrientemente imaginable se abría paso de manera incontenible en la vida de esta vigorosa niña. Fue algo que yo tampoco podía resistir, y que sólo podía ayudar a clarificar mientras ayudaba a su nacimiento sin saber lo que estaba haciendo. Yo no sabía lo que pasaba ni que forma tomaría, y, simplemente, de muy buen grado, me dejé usar, respondiendo como la caja de resonancia de un instrumento musical, mientras anotaba cuidadosamente lo que sucedía, procurando que ninguna parte de lo que la niña había producido quedase fuera o se perdiese. Así registré todo meticolosa y rigurosamente. Me pareció que un día tendría que integrar en un todo mis observaciones, las cuales me aparecían en ese momento como partes desconectadas de un mosaico. Durante el proceso mismo, sin embargo, yo no podía discernir la organización de la totalidad que estaba apareciendo en frente de mí.

Es un hecho que cuando Gabi fue dada de alta en la clínica, ocho meses después de nuestro primer encuentro, ella estaba tan completamente cambiada, que los médicos concordaron en que su condición se había normalizado, y que no necesitaría más el medicamento para su epilepsia. Más aún, con un poco de ayuda de mi parte, Gabi también consiguió reconocer y producir visualmente letras, esto es, ella aprendió a leer y escribir (Gerda Verden-Zöllner, 1978). La madre de la niña, una mujer naturalmente cálida y afectiva, resumió su asombro ante la rápida transformación de su hija como sigue: 'Yo no sé lo que ha sucedido, ahora ella puede leer y escribir, no necesita más medicamento y va al dentista, unas pocas calles más allá, por sí misma. Hasta hace poco era todavía un bebé y no se separaba de mi lado'.

Después que Gabi y yo habíamos, por así decirlo, salido por nosotras mismas de la ciénaga del estancamiento de su retardo, empezó mi verdadero trabajo. Esto es, comencé a cavilar acerca de mis notas y grabaciones, igual que una arqueóloga lo hace con los trozos de cerámica que ha excavado. Al dejar el Instituto del Esta-

do yo estaba libre para conducir mi investigación de acuerdo a propio entendimiento pero ya no tenía la ayuda técnica usual a mi disposición, y tenía que inventar algún procedimiento simple para reflexionar sobre mis observaciones sin ella. Así empecé a bosquejar bajo la forma de notas y esquemas en papel, todos los fenómenos que emergían en mis juegos con Gabi: ritmos, configuraciones de movimientos, patrones dinámicos dibujados en papeles y en el piso que llamé signos o estructuras espaciales elementales, además de las teorías de Gabi acerca de sí misma, de su cuerpo, de los otros seres humanos, de la vida en general, y, finalmente, acerca del mundo (Gerda Verden-Zöller, 1978). Hice esto todo el tiempo que trabajé con Gabi, tanto en el Sanatorio, como después que ella lo dejó, pero fue solamente después de un año y medio de un estudio extenuante y continuo de todos los fenómenos que pude observar en la cercanía íntima del juego corporal que yo había vivido con ella, que comenzaron a emerger en mi mente lo que me pareció como el perfil de los continentes sumergidos de las experiencias tempranas que llevan al desarrollo de la conciencia humana. Poco a poco empecé a darme cuenta de que estaba viendo el proceso elemental de autoorientación que constituye al niño como un individuo y un ser humano-social al comienzo de su vida humana. En otras palabras, con la ayuda de esta niña yo pude mirar, como si fuera a través de la rendija de una puerta, habitaciones que habían estado cerradas para mí hasta entonces, revelándose frente a mis ojos los fundamentos de la conciencia humana al emerger ésta en una dinámica espontánea de integración a partir de los distintos componentes que le dieron origen en la filogenia. El curso del desarrollo de Gabi que yo describí en el informe de mi trabajo con ella (Gerda Verden-Zöller, 1978), es, como yo lo veo después de muchos años de trabajo con niños pequeños y con sus madres, nada inusual.

En efecto, tal desarrollo de la conciencia tiene lugar normalmente en la primera infancia de cada ser humano de una manera similar, aunque con una temporalidad diferente. Cada individuo humano recorre en su infancia el mismo camino que Gabi eventualmente recorrió a pesar de sus múltiples deficiencias. Esto es, cada niño recorre en su infancia un camino de transformación, que va desde la orientación hacia su madre, rítmicamente regulada desde la biología propia de la simbiosis básica de la relación materno infantil, vía la intimidad y total confianza del juego corporal, pasando por la conciencia corporal operacional y la construcción del tiempo y el espacio como un medio diferente de la madre, a la orientación hacia sí mismos en la construcción de un Yo, que ocurre con la creciente y confiada independencia de la madre que surge con la construcción del tiempo y el espacio y llega hasta el desarrollo de la conciencia social y el respeto por el otro que ocurre con la aceptación de los otros a través de la confianza en sí mismo que surge en el manejo del espacio y el tiempo en una relación de mutuo respeto y confianza con una madre independiente. Sin embargo, no es el hecho de que este proceso general tenga lugar como se reveló en mi trabajo a través de la observación de esta niña particular, lo que yo considero fundamental en él, sino que la visión que hizo posible de los procesos elementales involucrados en el desarrollo de la con-

ciencia del yo y de la conciencia social del niño, revelando su microtemporalidad como una Gestalt relacional evolutiva que el niño realiza espontáneamente.

Hubo dos fenómenos temporales que fueron decisivos para este darme cuenta. El primero fue la rápida transformación de Gabi que condujo al término de su retardo, transformación que, a su vez yo mantengo, estaba conectada, aparte de su relación con la vitalidad de Gabi, con las configuraciones senso-motoras que, por empatía, le ayudé a seleccionar y a repetir frecuentemente en el orden adecuado. El segundo, fue el lento ritmo corporal con el que Gabi produjo y realizó las configuraciones senso-motoras que acabo de mencionar, permitiéndome verlas. Debido a que Gabi tenía que enfrentarse con un sistema senso-motor deficiente cuando me encontré con ella, coordinaciones senso-motoras que con menos dificultades de desarrollo se completan en un proceso que pasa inadvertido porque ocurre y sin esfuerzo, llegaron a ser para ella un problema. En éstas circunstancias, los intentos de la niña por encontrar medios de compensación orientaron mi atención hacia procesos regulatorios que debido a su delicadeza son normalmente difíciles de observar. En efecto, en su intento espontáneo por construir su conciencia corporal y orientación hacia sí misma, Gabi tuvo que superar tanta resistencia, que se vio forzada a repetir tan frecuentemente los movimientos y ritmos de los procesos regulatorios, y por sobre todo, tan lentamente, que sus interrelaciones que normalmente nos son invisibles llegaron a ser perceptibles tanto por la niña como para mí. Más aún, fue cuando llegué a darme cuenta de estos procesos fundamentales que pude ver su significación en la construcción hecha por Gabi del conocimiento del cuerpo, y pude, después de muchas etapas de reflexión, diferenciarlos y verlos en un orden relevante (Gerda Verden-Zöller, 1979). Al mismo tiempo, la notable rapidez con la cual esta niña tan múltiplemente deficitaria salió de su retraso, mostró, como en un film acelerado, una sucesión de procesos retardados de desarrollo que rápidamente se reemplazaban unos a otros en un lapso de tiempo más corto que el que habría tomado bajo las circunstancias normales de crecimiento. Fue como si fragmentos de conciencia velozmente despertados se organizaran y reorganizaran espontáneamente, ordenándose ellos mismos en la configuración de conciencia corporal que lleva a la imaginación creativa en la construcción del tiempo y el espacio a través de la precisión de una coreografía de movimientos exactos (Gerda Verden-Zöller, 1978). O, en otras palabras, fue a través de la rápida transformación de Gabi que llegué a ser la observadora de un proceso de integración personal que normalmente se extiende por toda la primera infancia, y que, por lo tanto, no puede ser captado como una totalidad (como una Gestalt) y ser hecho objeto de reflexión.

Como yo había estado ocupada por muchos años con la pregunta por la relevancia del ritmo, la música, y los movimientos, en la construcción de la conciencia humana en la infancia temprana, me impresionó que Gabi mostrara una verdadera manía por el ritmo, subdividiendo los movimientos con absoluta seguridad y precisión en partes exactas. Gabi ritmizaba todos sus tactos y todos sus movimientos, y haciendo esto tranquilamente construía rituales. Más aún, en la medida que

ella progresaba y crecía en el ámbito de experiencias más complejas, Gabi continuó volviendo a sus mediciones rítmicas con el fin de verificar y alinear rítmicamente aquellas secuencias de movimiento con las cuales estaba menos familiarizada.

Con mi ayuda Gabi llegó a darse cuenta de su propio hacer por medio de la construcción de signos elementales. Este darse cuenta, este logro de conciencia corporal, tuvo un efecto estructurante en sus movimientos, así como en el uso de sus movimientos y su corporalidad como instrumentos de medición en el proceso de creación de su ambiente inmediato. Gabi se ocupó persistentemente con el espacio cuadrado marcado en el piso con cinta adhesiva, y caminaba sobre éste midiéndolo con períodos musicales usando cantos sencillos. Así, mediante la aplicación del método de marcar los signos elementales en el piso con una cinta adhesiva rugosa, llegó a ser posible apoyarla en su tendencia a la ritualización, y ayudarla en su creación de las dimensiones de tiempo y espacio (Gerda Verden-Zöller, 1978). Y más aún. Este quehacer con el ritmo y los movimientos le permitió a ella construir una visión interna de un espacio en términos de orientación y movimiento que iba más allá de los movimientos y orientaciones que construían su ambiente inmediato. Así ella empezó a ocuparse del concepto de espacio en su imaginación, y a dibujar coreografías elementales. Al mismo tiempo ella empezó a pensar en su futuro. ¿Qué más se habría podido desear para un comienzo?

V. EL DESARROLLO (1979-1986)

1. El juego libre del niño y la filogenia

Muchas de las distintas formas de dinámicas corporales que emergieron en la historia evolutiva que nos dio origen, reaparecen en la ontogenia del desarrollo físico y mental del niño. El juego libre de los niños, al surgir sin influencia de los adultos, se organiza espontáneamente en base a formas innatas de acciones, movimientos, y percepciones, que provienen de la historia evolutiva de la especie humana. Esto es, las formas de juego libre de nuestros niños no son arbitrarias, son formas de dinámicas corporales que se vinculan con territorios conductuales ancestrales, expresiones de las conexiones entre el ser vivo y su medio cuyas formas actuales son sólo transformaciones de formas arcáicas. Los niños de todo el mundo viven como juegos rituales las mismas configuraciones de movimientos, que en el origen de la humanidad fueron el fundamento operacional en el desarrollo de la conciencia de sí, de la conciencia social, y de la conciencia del mundo. Estas configuraciones de movimientos, sin embargo, no son heredadas aunque la corporalidad que las hace posibles así lo sea, y deben surgir de nuevo en cada niño o niña, asociadas a su vivir humano, como las condiciones operacionales que hacen posible su realización como un ser humano en total conciencia individual y social. Todo esto se hace evidente cuando uno reflexiona sobre la historia evolutiva humana en conexión con lo que revelan los estudios con Gabi y otros niños.

2. Cinco formas de dinámica corporal

Yo distingo a partir de lo que observé en el desarrollo demorado que he descrito en detalle en mi estudio de Gabi (Gerda Verden-Zöller, 1978-1979), varios procesos y estructuras fundamentales en la dinámica corporal:

Ritmo:	Dinámicas de coordinaciones senso-motoras bajo la forma de configuraciones recurrentes de movimientos
Equilibrio:	Balanceo alrededor de un punto central, construcción de una dinámica simétrica, búsqueda de un punto medio entre dos extremos.
Movimientos corporales:	Diferenciación y diversificación creciente de los movimientos a partir del gateo hasta la posición erecta, y, en la posición erecta, búsqueda y cambio del centro de gravedad del cuerpo.
Construcción de los signos elementales:	Danza del conocimiento corporal con pies y manos en las principales direcciones de movimientos.
Construcción del espacio y tiempo:	Especificación y cuantificación de un dominio de acciones y de relaciones de acciones, mediante la repetición de movimientos rítmicos cantando y contando, y la constitución del espacio y el tiempo como distintas redes abstractas de distintas configuraciones de correlaciones senso-motoras.

El sistema más simple parece ser el del ritmo, y el de la recurrencia de formas de movimiento. En complejidad creciente siguen la construcción de simetrías, el balanceo en torno a un punto medio, y la diferenciación de distintas configuraciones de movimiento corporal. La construcción de signos elementales muestra la integración total de la diferenciación motora en la Gestalt (configuración) del esquema corporal humano. La construcción del esquema corporal permite la ritualización de los movimientos y la constitución del espacio operacional humano. Finalmente, la creación del espacio-tiempo por un niño en crecimiento, es el logro espiritual más básico de la infancia, y el fundamento efectivo del pensamiento operacional y abstracto del niño.

3. Semanas de juego para madres, niños y profesores, y profesoras de jardines infantiles

Habiendo alcanzado esta comprensión, me orienté a transmitir a las madres y profesores interesados de jardín infantil lo que yo había observado en Gabi. Preparé un libro de Gabi para las madres. Quería preguntarles a ellas a través de este libro si ellas habían notado un proceso similar al que yo había visto en Gabi en el desarrollo de sus niños. Mientras preparaba el informe del desarrollo de Gabi, reconocí que no era suficiente un enfoque puramente descriptivo, y que era nece-

sario para mí presentar mis preguntas a los niños y sus madres. Después de reflexionar sobre mis experiencias con Gabi, organicé talleres semanales de juegos para las madres y sus niños juntos a los profesores de jardín infantil en 7 ciudades Bávaram. Así viaje de ciudad en ciudad, jugando con los niños y sus madres en habitaciones amplias y vacías. Nuestros juegos estaban basados en reglas desarrolladas a través de mi trabajo con Gabi, fundadas en el cuerpo humano y en la comprensión del desarrollo de la conciencia humana. Bajo estas condiciones se permitía que el juego libre tomara su curso. Aunque los juegos fueron básicamente los mismos, sus variaciones parecían ser infinitas.

Los talleres semanales de juego fueron un placer para todos los participantes. Pudiendo hacer lo que ellos querían, y haciéndolo con sus madres, los niños se llenaban de profunda satisfacción. La actividad física del juego con sus hijos despertó en las madres recuerdos agradables. Las madres recordaron su propia infancia, reviviendo los momentos en que ellas mismas jugaban cuando niñas. Los profesores de jardín infantil que participaron hicieron los ejercicios elementales con entusiasmo y paciencia, reconociendo de manera unánime que el hacerlos les ayudó a entender mejor tanto la experiencia corporal como las necesidades senso-motoras de los niños a su cuidado.

4. Investigación de campo

Después de practicar un tiempo en los talleres semanales de juego, tuve ocasión de hablar con un funcionario con sensibilidad y visión que ocupaba una posición responsable en el Ministerio Bávaro de Asuntos Laborales y Sociales. Durante nuestra conversación hablamos de mis talleres de juego materno infantil, y acerca del interés que los profesores de jardín infantil tuvieron al participar en ellos. El estuvo encantado de oír acerca del “comienzo exitoso de esta investigación básica” y me aseguró que haría todo lo que estuviera en su poder para hacer un ejemplo de esto, y que iba a apoyar mi trabajo en su propósito de proteger y conservar cuidadosamente aquello que es tan básico para nosotros en la constitución de nuestra existencia social. Así sucedió que al comienzo de 1978, con la asistencia del Ministro de Asuntos Laborales y Sociales y de la Iglesia Católica, pude intensificar mis encuentros materno-infantiles, y construir un campo de investigación en cinco comunidades en la zona del bosque bávaro a lo largo y muy cerca de la frontera Checoslovaca, un área aún relativamente no perturbada por el desarrollo comercial. Fue allí donde comencé a poner a prueba mi comprensión de la organización espontánea de la conciencia corporal, de la conciencia de sí mismo, de la conciencia social, y de la conciencia del mundo, que surge de la intimidad del juego libre entre la madre y el niño o niña en la infancia temprana.

En un esfuerzo sistemático yo estimulé a las madres y a los niños en su juego libre. Junto conmigo las madres descubrieron las habilidades senso-motoras de sus niños en el juego. Yo, por mi parte, encontré especialmente instructivo obser-

var los niños en su ambiente doméstico. Concentré mi atención hacia la descripción y clasificación de las actividades senso-motoras de los niños en los cinco modos que ya mencioné: ritmo, equilibrio, movilidad, conciencia del cuerpo y del cuerpo de los otros, y la construcción de signos elementales con la invención del tiempo y el espacio en la generación de teorías del mundo y del vivir (Gerda Verden-Zöller, 1982).

Nuestros esfuerzos combinados significaron para las madres una ampliación de su conciencia del carácter biológico de la relación materno-infantil. A través de este proceso de ampliación de conciencia de las mujeres, la relación fundamental ordenadora y estabilizadora del vivir del niño con su primera compañera, su madre, se intensificó, y las madres aprendieron a aceptar con libertad y placer, sin quejas, su función transitoria en el proceso de crecimiento de sus hijos como seres humanos, así como también a disfrutar su propio crecimiento en la realización de la relación maternal. Las madres reconocieron que su rol primario es apoyar los impulsos de sus hijos e hijas hacia la auto-orientación en el respeto por sí mismos y el respeto por el otro desde su propia autonomía. Más aún, habiendo las madres reconocido la importancia del juego libre en un contexto familiar para el surgimiento de la conciencia individual y social de sus hijos, ellas los estimulan a desarrollar sus habilidades básicas, y, así, de una manera amorosa capacitarlos para salirse de la simbiosis materno infantil, conservando la confianza y respeto mutuos al acceder a la libertad de la auto-orientación, de la autonomía, de la independencia, y de la creciente responsabilidad personal y social, como algo legítimo y natural.

La meta de nuestro trabajo con los niños puede ser vista como la expansión de sus habilidades senso-motoras a través del juego libre, tanto dentro de la casa como fuera de ella en la naturaleza. El jugar y el comprender de las madres ayuda a los niños a una realización plena de los fundamentos de su conciencia humana en la ampliación de su experiencia y conciencia corporal. En particular, en nuestro trabajo nuestra atención estaba dirigida a ver las necesidades senso-motoras transitorias de los niños. Así llegó a ser claro para nosotros que se cumplía nuestro propósito, tanto a través de la observación participatoria en el juego de las madres con sus hijos, como a través de una reflexión conjunta sobre las regularidades y condiciones del juego a través de las cuales el niño crece humano. La experiencia ha mostrado, que la manera de jugar adquirida en nuestros grupos de juego se mantuvo en los hogares, extendiéndose tanto a los padres como los hermanos mayores.

A través de mi trabajo e investigación de campo en Bavaria, percibí que nuestra relación con la naturaleza en la medida que la constituíamos a través de nuestro vivir el paisaje y las áreas abiertas en las cuales los juegos de los niños ocurren, es casi tan importante en el crecimiento de la conciencia del cuerpo humano, de la conciencia de sí mismo, de la conciencia social y de la conciencia del mundo en la infancia temprana, como la relación materno-infantil. De acuerdo a mi experiencia, la contribución de las madres en una investigación básica de los fundamentos

de nuestro ser social ocurre en la alegría del juego y el reconocimiento mutuos en un proceso de ampliación creciente de la conciencia de las mismas madres involucradas. Al darse cuenta de su propia participación en los procesos concernientes al desarrollo de la conciencia humana, las madres reconocieron cuán peligroso podría ser para sus hijos e hijas, y para ellas mismas, una visión mal entendida de la emancipación femenina, y cuán necesario es dejar libertad de movimientos a los hijos e hijas para que estos lleguen a ser independientes y autónomos desde el seno de la confianza y protección familiar. En las palabras de Wolfgang Metzger (1975), ellas comprendieron cuan peligroso podría ser para los niños ser confiados muy tempranamente a las manos de un especialista.

5. Fundación del Instituto de Investigación para la Ecopsicología de la Primera Infancia

La comprensión del progreso del desarrollo de la conciencia individual y social del niño me condujo a la creación del concepto de eco-psicología en la infancia temprana. Así hacia fines de 1978, Georg Verden y yo decidimos compendiar operacionalmente el entendimiento logrado durante el curso de mis estudios. Con este fin acordamos una estrategia de investigación en el campo de la eco-psicología de la primera infancia, y creamos un pequeño Instituto de Investigación en Munich. Los miembros del grupo de estudios, a los cuales previamente se les habían comunicado los resultados de mi trabajo con Gabi, fueron ahora informados acerca del desarrollo de mis observaciones en el área de las relaciones de juego madre-niño. Después de la muerte de Georg Verden, en febrero de 1979, con la asistencia del Ministerio Bávaro para Asuntos Laborales y Sociales, nuestro Instituto de Investigación para la Eco-Psicología de la Infancia Temprana fue trasladado a Passau, una ciudad en el área de Bavaria donde había tenido lugar mi investigación.

6. Los niños en las grandes áreas metropolitanas

Conducido por su creencia en su capacidad de controlar las fuerzas de la naturaleza, el ser humano moderno ha creado un mundo en el que progresivamente distorsiona de manera extrema las condiciones normales para el desarrollo de la conciencia humana en el niño. El espacio de vida humana está desfigurado por la civilización moderna que se ha vuelto demasiado rápida, demasiado ruidosa y demasiado desvitalizada. Así, el mundo que ahora vivimos se nos torna destructivo al no darle más al niño el espacio de libertad y paz que necesita para desarrollarse de una manera humana normal. La capacidad humana de conciencia se ve hoy invadida por la distorsión estética y emocional con la cual la civilización moderna nos rodea, así como con una sobrecarga informativa que ya no podemos asimilar como parte legítima de un vivir en el autorrespeto y el respeto por el otro.

En estas circunstancias lo que se distorsiona más fácilmente es el desarrollo de la conciencia humana, la conciencia del niño pequeño que puede fácilmente ser perturbada por la agitación, el ruido y la monotonía de la civilización moderna que niega o distorsiona la intimidad de la relación materno-infantil. A través de una intervención exagerada y humanamente incongruente de su propio espacio vital y formas sociales, mediante una configuración de valores que niegan lo humano, el ser humano moderno ha cambiado radicalmente su mundo alejándolo de los aspectos básicos de su biología. En un mundo transformado tan fundamentalmente, los niños no pueden más encontrar las condiciones necesarias para desarrollar normalmente sus posibilidades innatas de conciencia humana. En un mundo en el que se han perdido precisamente aquellas características que satisfacen las necesidades de los niños, o sea el libre juego materno-infantil en un encuentro corporal de total mutua confianza y aceptación, la relación básica con la naturaleza, la libertad de movimientos y de compañeros de juego de su elección, no es posible para estos lograr una conciencia corporal, una conciencia de sí mismos, una conciencia social y una conciencia del mundo humano normales.

En un mundo que no corresponde a sus expectativas innatas, los niños viven en el empujón de la separación y la falta de protección propios del desamparo. En un mundo extraño, ellos viven enajenados de sí mismos y crecen como seres manipulables y socialmente ciegos. Así, desprotegidos, en un ambiente que no les entrega confianza ni aceptación, ellos nunca alcanzan un desarrollo total de sus posibilidades humanas naturales de autororientación, de autorrespeto, de responsabilidad personal y social, de libertad, y de amor.

Las formas de vida que en su origen crearon al ser humano son también las estructuras básicas de las experiencias primarias requeridas por un niño. Las actividades senso-motoras de un niño son formas arcaicas de conciencia corporal operacional, y al surgir como tales parece como si trataran de abrirse paso a través de su juego libre. Cuando, como es el caso hoy día, en un mundo donde no se cumplen ni se pueden cumplir las dinámicas senso-motoras que conducen al desarrollo normal de la conciencia humana en el niño, porque no es anímicamente posible la intimidad corporal de la relación materno-infantil, ni se permite el espacio libre en que estas puedan ocurrir, faltan esas dinámicas corporales y por lo tanto no surge en el niño una adecuada conciencia corporal, ni una adecuada conciencia de sí, ni una adecuada conciencia social, ni una adecuada conciencia del mundo humano. Pero no es solamente el niño quien es afectado por este alejamiento de la biología humana fundamental, sino que también está afectado el adulto, como es evidente en la expansión de comprensión y conciencia que las madres tienen cuando recuperan el espacio de juego con sus hijos.

Yo fui testigo en la transformación de Gabi, de como se constituyó en ella espontáneamente el fundamento de la conciencia humana en el juego libre. Esta observación ha sido confirmada a través de mis muchos años de asociación ininterrumpida con niños pequeños y sus madres en mi investigación psicopedagógica con grupos de juego materno-infantil. Hoy día debemos considerar seriamente la

tarea de compensar la pérdida de las experiencias corporales que sufren los niños que crecen en las ciudades. Con el fin de alcanzar una visión clara en relación a este problema aún sin solución, es necesario seguir las consecuencias de esta investigación. De acuerdo a esto, y así como con la asistencia de las madres que viven junto a sus hijos en un ambiente aún no muy distorsionado pude estudiar lo que es esencial para el crecimiento de la conciencia humana en la primera infancia, me parece que podemos explorar formas sensatas para expandir y restablecer el ambiente de juego de los niños que viven en áreas peligrosamente estrechas y monótonas para su desarrollo como seres humanos socialmente integrados. Normalmente el niño desarrolla espontáneamente, en el amparo y protección de la familia, las bases de su conciencia humana en la intimidad de las relaciones de juego con su madre. Ahora, sin embargo, la familia ha llegado a ser un centro de manipulación política e ideológica, y puede que en breve esta última área protegida donde es posible la relación de juego materno infantil sea despiadadamente distorsionada y destruida. La primera infancia debe ser defendida hoy no a través de la intromisión de expertos en apariencias y manipulaciones, sino que a través de la prudente creación de las condiciones que hacen posible el desarrollo normal de la conciencia humana en el ámbito de las relaciones de juego materno-infantil mediante experiencias similares a aquellas reveladas en este estudio. El proceso básico natural del juego madre-niño no tiene sustitutos. Lo que las madres que permanecen con sus hijos en aceptación y confianza mutuas en la intimidad corporal del juego en su primera infancia realizan con respecto al desarrollo de la conciencia social de sus hijos e hijas, es un tesoro que debe ser preservado.

VI. Las consecuencias del darse cuenta

El niño humano no es concebido humano. El niño humano llega a ser humano solamente en tanto él o ella construye el dominio espacio temporal de existencia humana como una manera fácil y confortable de vivir mientras desarrolla su conciencia corporal al crecer en la total mutua confianza, y la total mutua aceptación corporal implicadas en las relaciones de libre juego con sus padres. En otras palabras, el niño humano normalmente llega a ser humano en un proceso naturalmente fácil y confortable que no requiere esfuerzo, ni diseños, ni cuidados especiales, a través de su vivir en coexistencia humana con sus padres en la total mutua aceptación corporal. Más aún, cuando este desarrollo normal ocurre, llegar a ser un ser humano socialmente bien integrado es un proceso que tiene lugar de manera natural y sin esfuerzo. Sin embargo, los seres humanos adultos frecuentemente perdemos el bienestar normal del vivir y creamos dificultades para nosotros mismos y para el crecimiento de nuestros niños como seres sociales normales cuando perdemos la capacidad de jugar al sumergirnos en preocupaciones por el futuro o el pasado, y nos desconcentramos con los otros, particularmente con nuestros niños, a través de no verlos precisamente porque nuestra atención está en otra par-

te. Es en este último contexto que mi trabajo surge como un llamado a la reflexión, y como una invitación para la acción.

Ahora el lector puede nuevamente leer desde la primera a la tercera parte de este trabajo como si ellas fueran las conclusiones, y después de reflexionar sobre lo que yo he dicho en las secciones cuatro y cinco, pasar a leer las siguientes conclusiones como un resumen de mi pensamiento:

- Cualquier interferencia con el desarrollo de la conciencia corporal del niño en crecimiento a través del libre juego en una relación materno-infantil de total confianza mutua y total mutua aceptación corporal, restringe, altera, o interfiere, tanto con el desarrollo de las habilidades del niño para vivir en autorrespeto y autoaceptación, como con su habilidad para respetar y aceptar a otros en una dinámica social.

- Tal interferencia ocurre en la vida moderna a través de una continua exigencia cultural para la instrumentalización de todas las relaciones interpersonales que aleja del niño o niña la atención de los padres de tal manera que éste o ésta, de hecho, no es visto, no tocado, no escuchado, aunque pareciera serlo. Como resultado, el niño o niña crece, en mayor o menor grado, como un ser sin cuerpo que no puede desarrollarse apropiadamente ni en conciencia social ni en conciencia de sí mismo.

- Los adultos no vemos fácilmente esta interferencia con el desarrollo de la conciencia corporal en el niño en crecimiento debido a que vivimos sin cuestionar, y como aspecto legítimo de la forma natural de vivir, nuestra continua instrumentalización de nosotros mismos y de los demás en todas nuestras relaciones e interacciones. Más aún debido a que no vemos esta instrumentalización de nuestras relaciones e interacciones como indeseables, no entendemos lo que sucede cuando notamos dificultades o fallas en el desarrollo de la conciencia corporal, del autorrespeto o de la autoaceptación de nuestros niños. Por estas mismas razones, no entendemos tampoco cuando notamos en nuestros niños dificultades o fallas en el desarrollo de sus capacidades para aceptar y respetar a los otros en una dinámica social, y como no entendemos, no sabemos qué hacer y recurrimos a la represión en un intento por controlar su conducta. Finalmente, como consecuencia de esto tampoco vemos fácilmente que estas dificultades revelan alteraciones en el desarrollo fisiológico y anatómico del niño que surgen como resultado de la ceguera relacional en que sus padres se mueven con respecto a ellos, y no vemos en absoluto que estas dificultades sólo pueden ser corregidas a través de la reconstitución en ellos y con ellos de la biología del amor.

- Con el fin de entender qué hacer, debemos distinguir dos posibles dificultades que pueden surgir en el dominio de la conciencia de sí, y de la conciencia social en el niño en crecimiento y el en adulto crecido:

- a) una dificultad en el desarrollo de la conciencia de sí y de la conciencia social en el niño en crecimiento como resultado de una inadecuada relación de total confianza y total aceptación corporal mutua entre el niño o niña y sus padres; y

b) una dificultad relacional en un adulto sano que comienza a vivir en la continua negación de sí, que surge de la continua autoinstrumentalización y de la continua instrumentalización de los otros que nuestra cultura occidental moderna valora en un proceso que destruye el respeto por sí mismo y por el otro.

Estas dos dificultades tienen soluciones relacionadas pero diferentes.

- La solución a la primera dificultad requiere que los padres entiendan que es lo que tiene lugar en el desarrollo de un niño como ser humano sano, a fin de que ellos puedan contribuir a ese desarrollo. Con el fin de lograr esto, es necesario que los padres vivan de hecho la red de experiencias reveladas en mis estudios del desarrollo de la conciencia corporal, de la conciencia de sí, y de la conciencia social en sus niños, que es el tema de este trabajo. Estas experiencias, al recrear algunas de las circunstancias del desarrollo de su propia conciencia corporal durante su propia infancia, ayudan a los padres, a darse cuenta de lo que ocurre con sus hijos e hijas y los capacita para ver aquellas circunstancias y para facilitar su aparición en su crecimiento. A medida que los padres reaprenden la operatividad de la mutua confianza y aceptación a través de los encuentros corporales en el juego que estos ejercicios implican, ellos aprenden a permitir y a facilitar el desarrollo de la conciencia corporal en sus hijos encontrándose con ellos en el juego.

- La solución a la segunda dificultad requiere que nosotros los adultos recobremos nuestro autorrespeto y el respeto por los otros, deshaciéndonos del hábito de instrumentalizar todas nuestras relaciones reaprendiendo a jugar (ver "El camino desdeñado" en este mismo libro).

- Para el éxito de este empeño debemos hacernos conscientes de nuestra constitución biológica, y aceptar que esta es necesariamente nuestro último fundamento operacional como seres humanos. Más aún, debemos también aceptar que para nuestra adecuada realización biológica debemos vivir nuestra realización biológica sin intentar controlarla a través de la instrumentalización de nuestras acciones y relaciones. Vivir de esta manera es vivir en el juego, es vivir sin confundir nuestro hacer con la intención que lleva nuestra atención más allá de nuestra acción. Los sistemas vivientes no somos en nuestro operar sistemas finalistas u orientados a la consecución de un propósito. Los propósitos pertenecen propiamente al dominio del vivir humano que es el dominio de las conversaciones (ver Maturana, 1989), y consisten en apreciaciones que un observador hace acerca de las consecuencias de un proceso conocido en el que él o ella presenta los resultados de dicho proceso como argumento para justificar su comienzo, pero como tales, los propósitos no tienen participación en el operar del ser vivo. Como una apreciación del observador, sin embargo, la afirmación de un propósito o meta, o la adopción íntima de una intención como actitud interna, orienta la atención de la persona con el propósito, y especifica las circunstancias bajo las cuales éste vive sus acciones en el dominio relacional humano. Una acción con propósito vivida como juego, o sea, con la atención del actor en la acción y no en el posible resultado de una manera que le permita ver a los otros, ocurre en la biología del juego. Pero una acción pro-

positiva vivida con la atención puesta en los resultados, ocurre en la biología de la instrumentalización de las acciones ciegas al presente del vivir, y por lo tanto, ocurre ciega a la negación del otro que involucra.

- Es un asunto de deseo si actuamos de una manera o de otra. Es un asunto de deseo si hacemos algo o no lo hacemos en el dominio del desarrollo del niño de modo que nuestros niños puedan llegar a ser adultos socialmente bien integrados al crecer en el juego en la mutua aceptación en la relación materno-infantil. El conocimiento fundamental necesario para el desarrollo de una medicina social preventiva que proteja el desarrollo de la conciencia de sí y de la conciencia social del niño está aquí, en este trabajo, y en tanto lo usemos, nuestros hijos podrán crecer como seres sociales bien integrados capaces de ser felices, pero si lo usamos o no, depende de nuestro deseo de usarlo o no usarlo, y no propiamente de nuestro conocimiento mismo.

REFERENCIAS

- Bateson Gregory. 1972. *Steps to an ecology of mind*. Jason Aronson Inc.
- Maturana R. Humberto. 1988. "Ontología del conversar". *Revista Terapia Psicológica*, año VII, # 10, pp. 15-21. Stgo. - Chile.
- Maturana R. Humberto. 1989 a. "Reality: the search for objectivity or the quest for a compelling argument". *The Irish J. of Psychology* vol. 9 (1); 25-82.
- Maturana R. Humberto. 1989 b. "Lenguaje y realidad: el origen de de lo Humano". *Arch. Biol. Med. Exp.* 22; 77-81.
- Maturana R. Humberto. 1990 "¿Cuándo se es Humano? Reflexiones sobre un artículo de Austin". *Arch. Biol. Med. Exp.* 23: 273-275.
- Metzger Wolfgang. 1975. *Psychologie und Pädagogik zwischen Lerntheorie, Tiefenpsychologie, Gestalttheorie und Verhaltenslehre*. Huber, Bern.
- Verden-Zöllner Gerda. 1978. *Materialien zur Gabi-Studie*. Univ. Bibliothek Salzburg, Wien.
- Verden-Zöllner Gerda. 1979. *Der imaginare Raum*. Univ. Bibliothek Salzburg, Wien.

- Verden-Zöllner Gerda. 1982. *Feldforschungsbericht: Das Wolfstein-Passauer-Mutter-Kind-Modell-Einführung in die Ökopsychologie der frühen Kindheit.* Archiv des Bayerischen Staatsministeriums Für Arbeit und Sozialordnung, München.
- Verden-Zöllner Gerda. and H.R. Maturana. 1989. *Play: the Neglected Path.* Delfin. N 12, Spring, 1989.
- Verden-Zöllner Gerda. 1972. *Musik und Bewegung im Elementarbereich- ein Beitrag zur Kommunikations und Kreativitätserziehung.* Auer, Donauwörth.
- Verden-Zöllner Gerda. 1973. *Rhythmus, Musik und Bewegung im Elementarbereich - Förderungsvorhaben A 5386 der Bund-Länder-Kommission für Bildungsplanung.*
- Verden-Zöllner Gerda. 1974. *Musik und Bewegung im Elementarbereich.* Kösel, München.



Figura 1: “Jugamos muchos juegos en los que los niños tienen que regular su equilibrio sobre el cuerpo de...”.

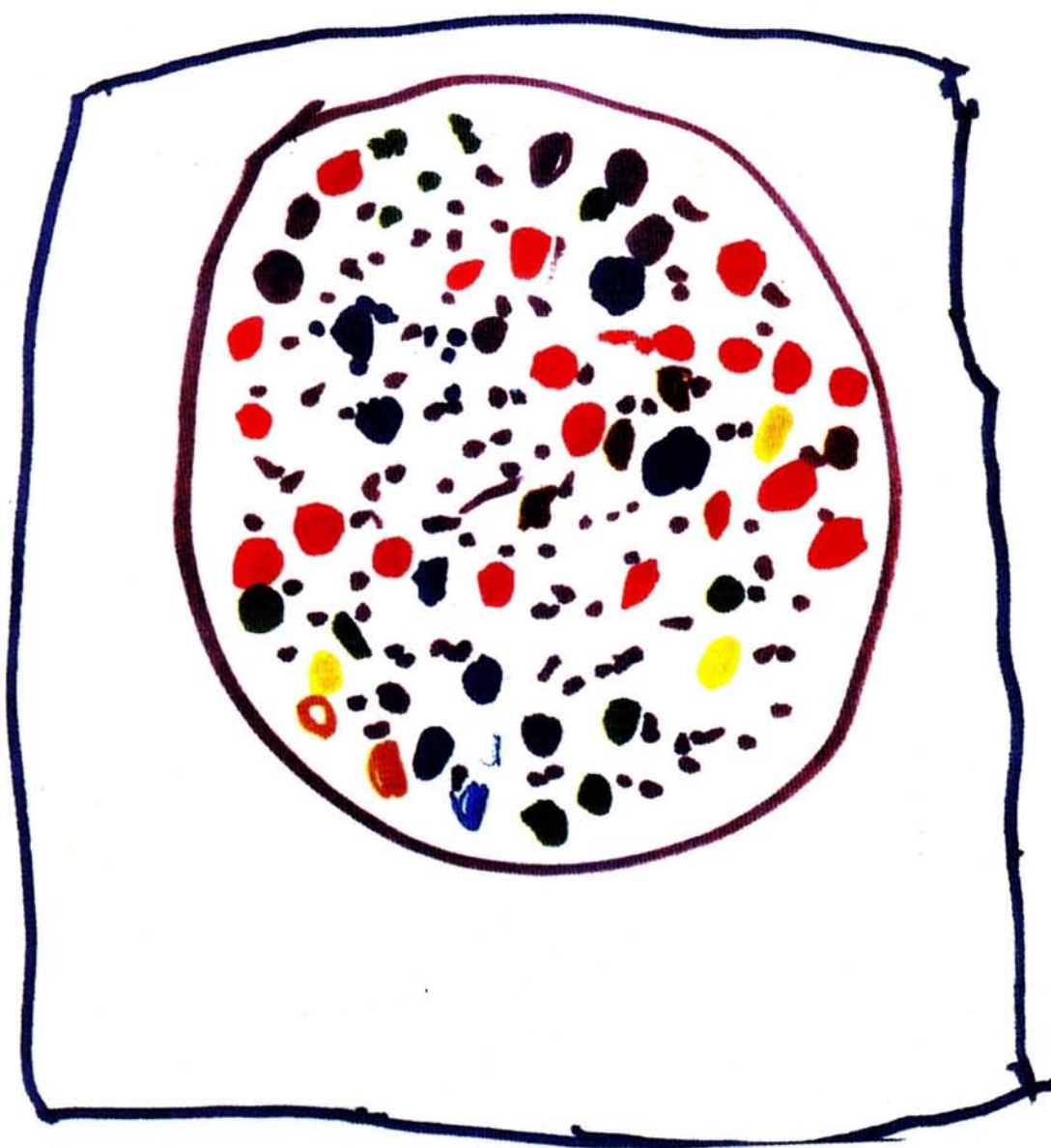


Figura 2: "Mamá, he hecho un dibujo, un lindo dibujo".

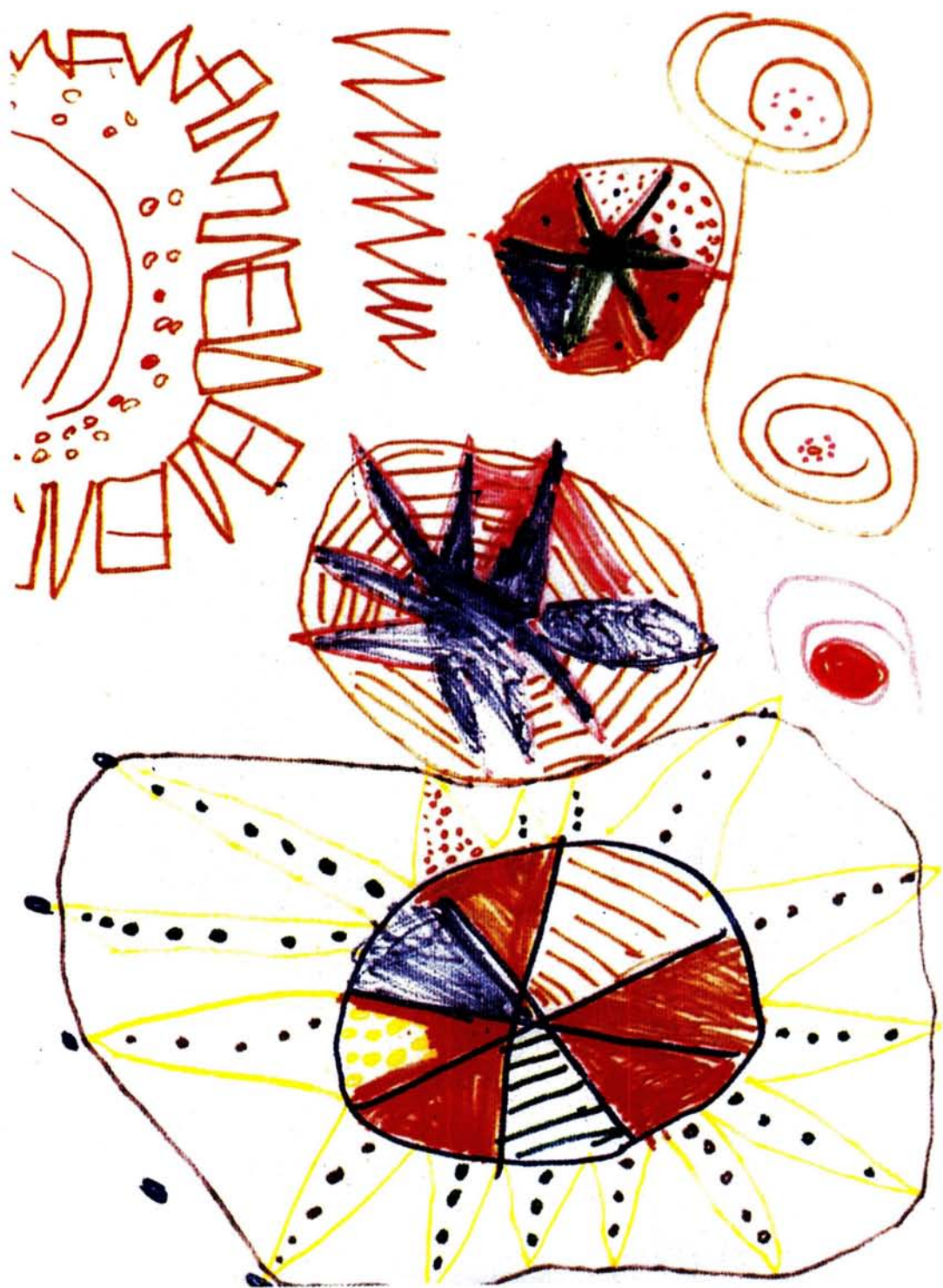


Figura 3

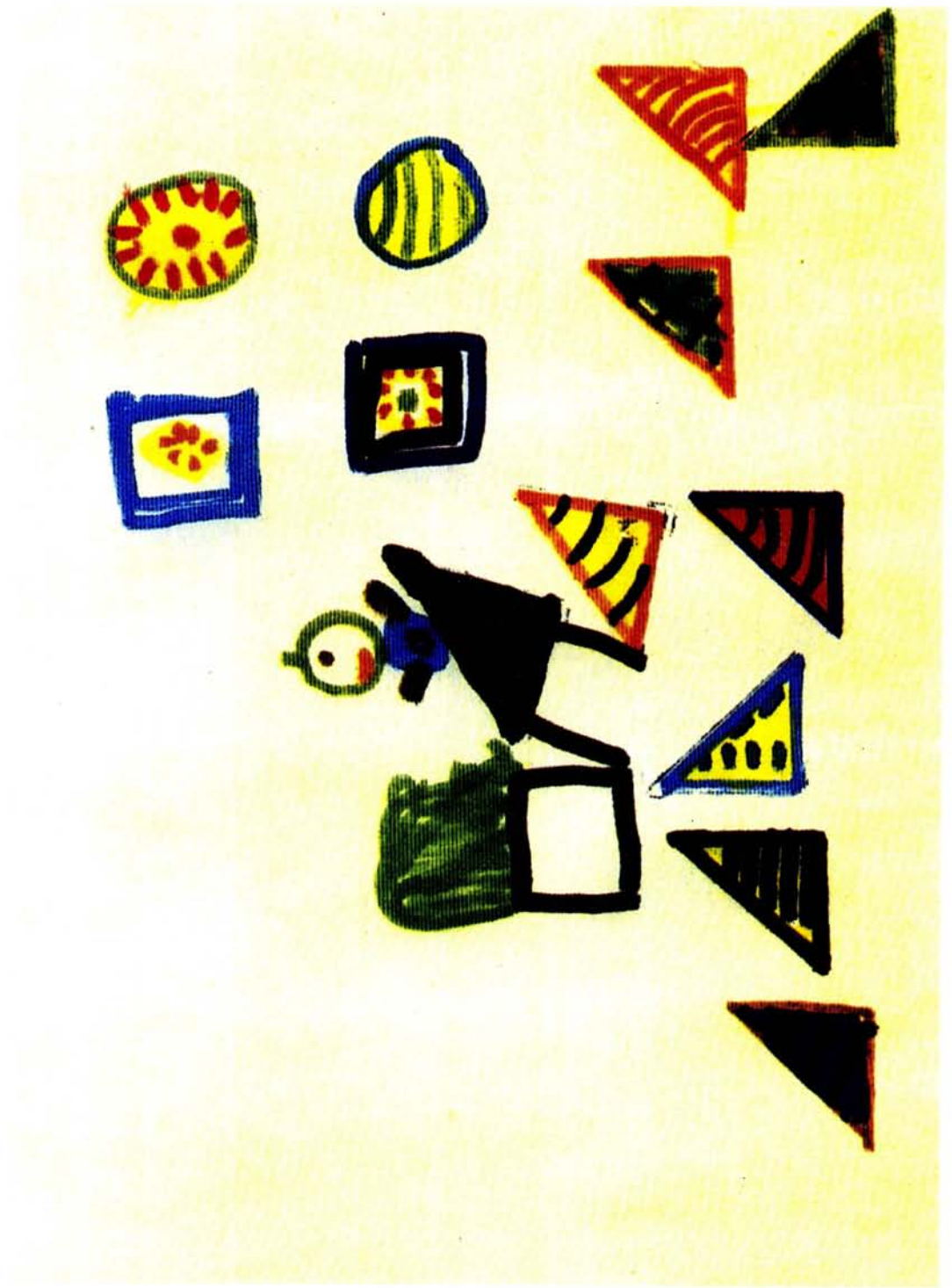


Figura 4

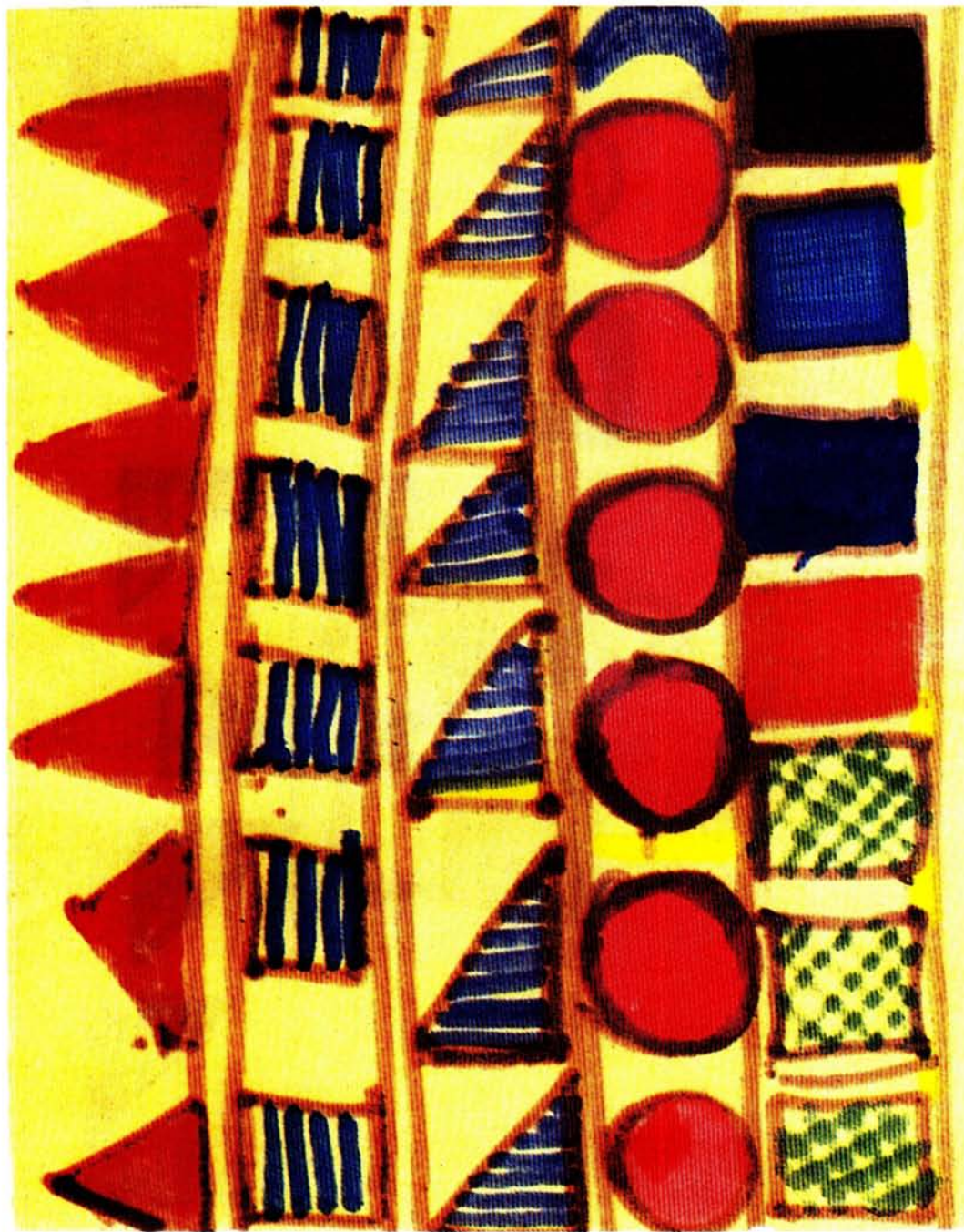


Figura 5

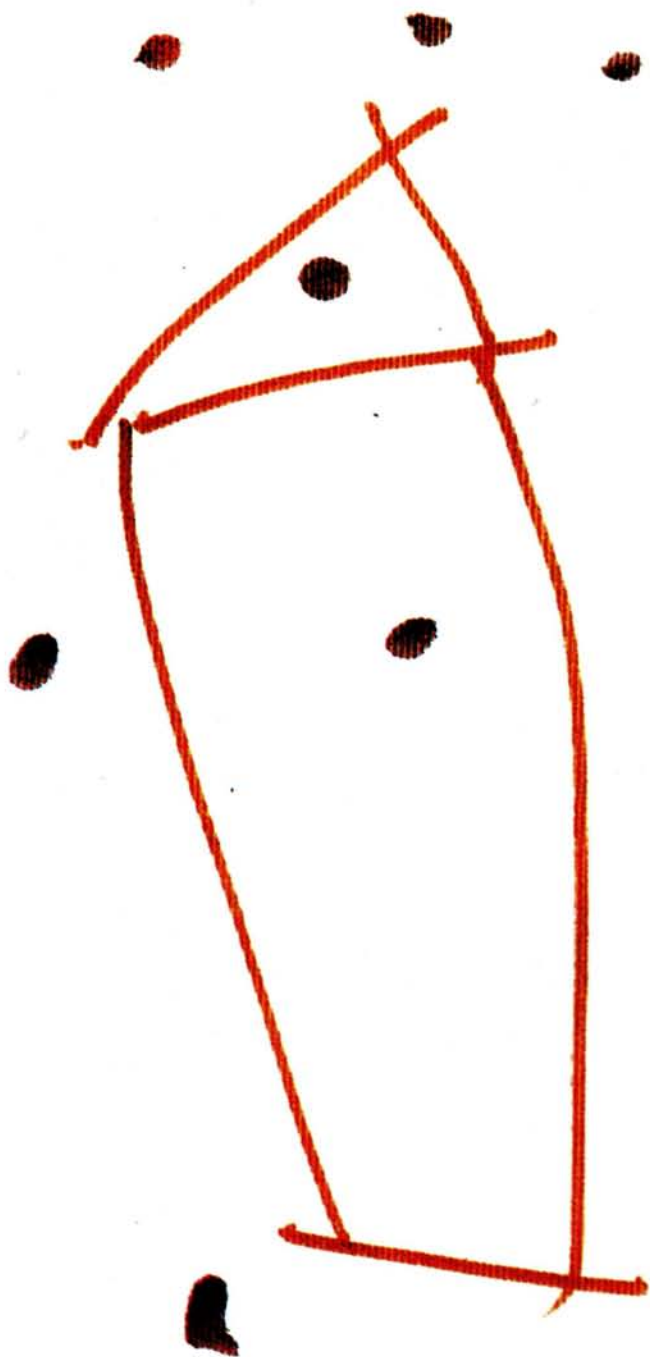


Figura 6: "Toda mamá puede reconocer la 'casa' de su hijo o hija".

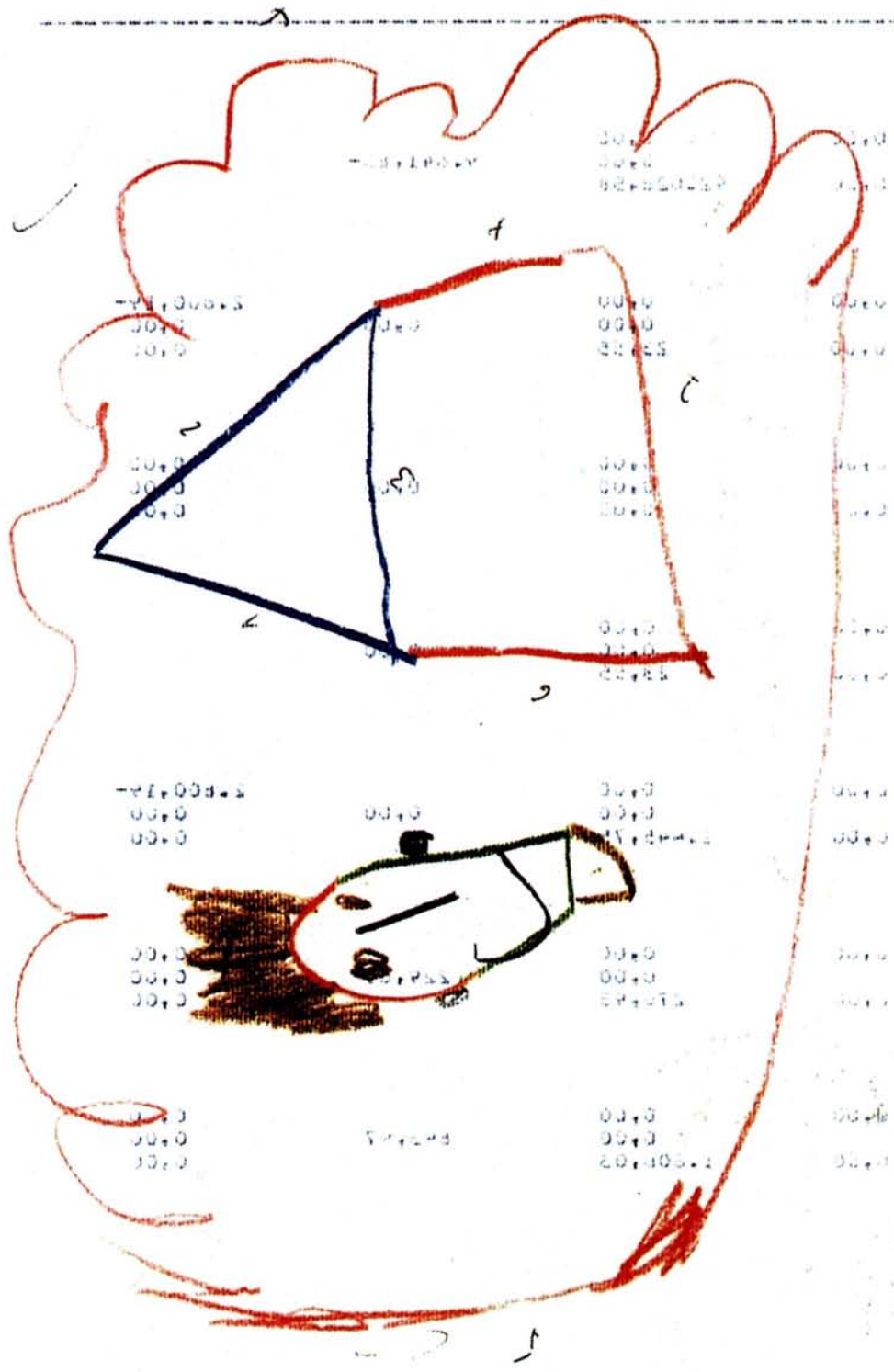


Figura 7

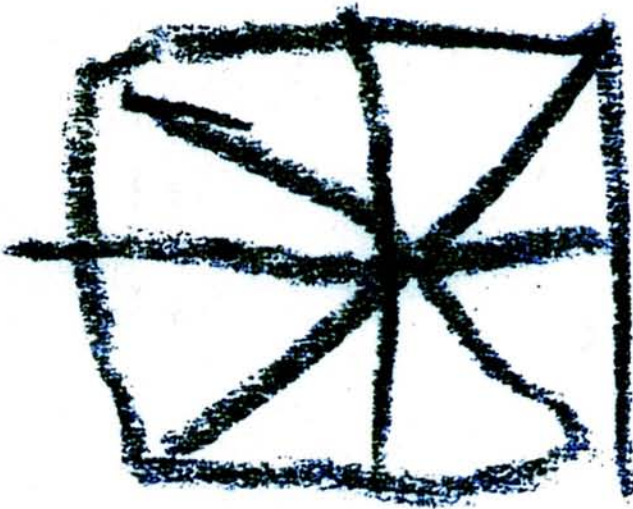


Figura 8: “Esquema filogenético de orientación”.

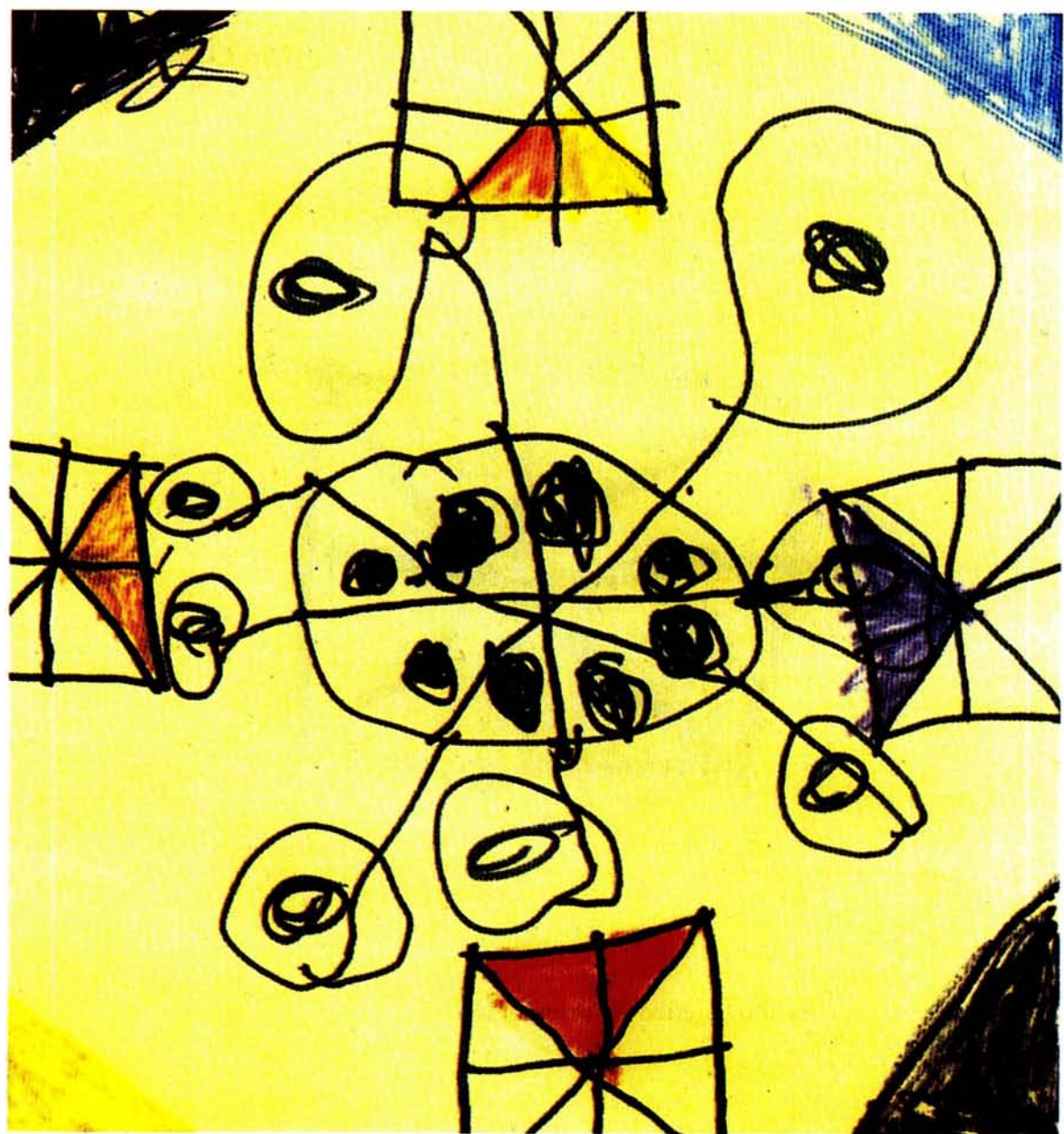


Figura 9



Figura 10



Figura 11



Figura 12

EL JUEGO, EL CAMINO DESDEÑADO

Gerda Verden-Zöller.

Humberto Maturana Romesin

Introducción

Los seres humanos modernos en el mundo occidental vivimos una cultura que desvaloriza las emociones en favor de la razón y la racionalidad. Como consecuencia de esto, nos hemos vuelto culturalmente ciegos a los fundamentos biológicos de la condición humana. Valorizar la razón y la racionalidad como rasgos básicos de la existencia humana, es positivo, pero devaluar las emociones, que también son rasgos básicos de la existencia humana, no lo es. Las emociones son disposiciones corporales (estructurales) dinámicas que especifican en cada instante el dominio de acciones en que un animal opera en ese instante; y que esto es así, se manifiesta en el hecho de que en la vida cotidiana distinguimos diferentes emociones en los seres humanos y en otros animales distinguiendo los diferentes dominios de acciones (dominios conductuales) en que ellos se mueven. En otras palabras, los seres humanos como entes biológicos estamos constitutivamente dotados de una corporalidad dinámica que al adoptar distintas configuraciones da origen a distintas emociones como diferentes disposiciones corporales dinámicas que especifican distintos dominios de acciones, y que constituyen, a través de esto, el fundamento operacional para todo lo que hacemos, incluyendo lo que llamamos nuestra conducta y nuestros pensamientos y discursos racionales. En otras palabras, todos los dominios racionales que traemos a la mano como seres humanos, cualquiera sea el dominio operacional en que ocurren las acciones que los constituyen, tienen un fundamento emocional debido a que están constituidos por la aplicación consistente de algunas premisas básicas, directa o indirectamente aceptadas sin justificación racional sino que como resultado de alguna preferencia. Más aún, nos movemos de un dominio de acciones a otro, o de un dominio racional a otro, a través de nuestro emocionar al adoptar, de manera implícita o explícita, un conjunto de premisas básicas u otro, cuando nuestras emociones cambian en el entrelazado fluir de nuestro emocionar y lenguajear que tiene lugar en el fluir de nuestro quehacer.

Debido a la ceguera ante las emociones que nuestra cultura genera en nosotros, en el mundo occidental hemos sido generalmente incapaces de ver cómo nuestras emociones, nuestra fisiología, y nuestra anatomía, necesariamente se entrelazan como un aspecto normal y espontáneo de nuestra ontogenia (historia de vida individual), desde nuestra concepción hasta nuestra muerte. Además, debido a esta ceguera cultural, hemos sido particularmente incapaces para ver que el amor, como la emoción que especifica el dominio de las conductas que constituyen al otro como un legítimo otro en coexistencia con uno, es la emoción que funda y constituye el dominio social como el dominio conductual en el que los animales en convivencia cercana viven en mutua aceptación. Es también debido a esta ceguera cultural que

hemos sido incapaces de ver que el amor participa en la generación de la conciencia individual, social, y de mundo, en el niño en crecimiento en la medida en que este amplía su conciencia corporal al crecer en una relación de aceptación mutua total con su madre, o una madre sustituta (ver Verden-Zöllner, 1979). Más aún, es también debido a esta ceguera cultural, que nosotros, adultos occidentales, hemos sido incapaces de ver que un niño o niña normalmente aprende a vivir el lenguaje como un dominio consensual de coordinaciones conductuales de coordinaciones conductuales (ver Maturana, 1978 y 1988), al crecer en la total aceptación corporal que el amor involucra en sus interacciones con su madre o madre sustituta.

Finalmente, debido a esta misma ceguera, tampoco hemos sido capaces de ver que el amor es la emoción que constituye el dominio de acciones en el que el compartir alimentos, las interacciones recurrentes en una convivencia en sensualidad y ternura, así como en la colaboración del macho en el cuidado de los niños, pudo tener lugar como una manera de vivir que a través de su conservación en el linaje de primates a que pertenecemos, hizo posible las coordinaciones conductuales consensuales recurrentes que dieron origen al lenguaje. De hecho, si dejamos de desvalorizar a las emociones podemos ver que el amor hizo de nosotros la clase de animales que somos como seres humanos, al constituir en nuestros ancestros homínidos el dominio de acciones en que surgió el lenguaje y en el que lo adquiere todo niño o niña que vive su ontogenia como un niño humano sano. Pero también podemos ver, que al mismo tiempo que el amor nos hizo humanos, nos hizo seres fisiológicamente dependientes de él, y susceptibles a que su pérdida altere nuestro bienestar psíquico y somático. Como consecuencia de esto, la mayor parte de nuestras enfermedades, tanto psíquicas como somáticas, surgen en nosotros como resultado de distintas interferencias con nuestra biología en el dominio del amor en distintos momentos de nuestras vidas.

Biológicamente el amor es la emoción que constituye el dominio de las acciones en que el otro es aceptado como él o ella es en el presente, sin expectativas acerca de las consecuencias de la convivencia aún cuando sea legítimo esperar alguna consecuencia de ella. El desarrollo biológico normal sano de un niño requiere de una vida en amor, de aceptación mutua, sin expectativas acerca del futuro, con su madre y los otros adultos con que convive. Al mismo tiempo, biológicamente, un niño en crecimiento requiere de una vida de actividades que tienen validez en sí mismas, y que se realizan sin ningún propósito fuera de ellas, y en las que la atención del niño puede estar plenamente en ellas y no en sus resultados. Se sigue de lo que hemos dicho, que el juego como una relación interpersonal puede tener lugar solamente en el amor, que una relación interpersonal que tiene lugar en el amor es necesariamente vivida como juego, y que la relación madre-hijo debe ser una relación de juego. Uno de nosotros, la Dra. Verden-Zöllner, ha estudiado este aspecto de la relación madre-hijo, y ha revelado el rol fundamental que el juego, y particularmente el juego madre-hijo, tiene en el niño en crecimiento, tanto para el desarrollo de su conciencia de sí, de su conciencia social y de su conciencia del mundo, como para el desarrollo de su autorrespeto y autoaceptación (ver Verden-Zöllner, 1982).

Ciertamente hay otras emociones que a lo largo del crecimiento de un niño, y a lo largo de la vida de un adulto, son centrales para la constitución de las diferentes clases de mundos y de sistemas de valores que los seres humanos creamos en nuestro vivir, solos o con otros, tales como aquellas connotadas con palabras como agresión, competencia y egoísmo. Los dominios de acciones que esas emociones traen consigo, sin embargo, no pertenecen a lo social, y, por el contrario, su presencia niega la relación social. Nosotros pensamos que el amor no ha sido reconocido como la emoción que constituye el fenómeno social principalmente debido a que la visión de su presencia fundamental en la interacción social está oscurecida por el efecto impactante de aquellas emociones que lo niegan, y tratamos el amor, cuando lo vemos en aquellas ocasiones en las cuales su presencia subyacente llega a ser por contraste particularmente evidente, como algo especial o excepcional.

Tampoco ha sido el amor visto como la emoción que funda lo social porque, en un entendimiento inadecuado de la dinámica evolutiva biológica que trata a la selección de ventajas de sobrevivencia como el mecanismo que genera el cambio evolutivo, se ha considerado a la agresión, a la competencia, y a la dinámica de relaciones de costo y beneficio en la búsqueda de ventajas relativas, como factores centrales para explicar la evolución humana. Nosotros, por el contrario, sostenemos no solamente que el amor es la emoción básica en la configuración de lo humano en la evolución del linaje de primates bípedos a que pertenecemos, sino que sostenemos también que la evolución biológica no tiene lugar bajo la presión de la competencia, o en un proceso de maximización de ventajas selectivas en una estrategia de costo-beneficio, aún cuando uno puede siempre hablar *a posteriori* como si ese hubiese sido el caso después de construir una historia filogenética particular.

La evolución biológica tiene lugar como un sistema ramificado de filogenias en el que cada nuevo linaje surge como una ramificación filogenética cuando comienza a conservarse reproductivamente un nuevo modo de vida como una variación del modo de vida que definía al linaje anterior. Cuando esto pasa, la conservación reproductiva del nuevo modo de vida permite que todo lo demás pueda cambiar en torno a él, y el nuevo linaje dura mientras el modo de vida que lo define se conserva, cualquiera sea la magnitud de los otros cambios. Como proceso, la evolución cursa como una deriva filogenética (ver Maturana y Mpodozis, 1992) que sigue un camino generado en cada paso reproductivo en la conservación de una manera particular de vivir que se extiende desde la concepción del organismo hasta su muerte, y que hemos llamado fenotipo ontogénico. Es por esto que mantenemos, como lo decimos arriba, que fue la conservación de una manera de vivir que involucraba coordinaciones conductuales consensuales en ternura y sensualidad, bajo la emoción de amor en la dinámica de la aceptación mutua en una convivencia cercana, lo que hizo posible el origen del lenguaje, y lo que en el devenir histórico resultó en el primate lenguajeante que los seres humanos somos. Más aún, también mantenemos que en la medida en que el lenguaje surgió en las coordina-

ciones de acciones de una convivencia sensual íntima, surgió dando forma a una manera de vivir en el entrelazamiento de lenguajear y el emocionar en lo que llamamos el conversar, que es, de hecho, la manera humana de vivir (Maturana 1988).

Finalmente, también mantenemos que la participación básica original del amor en la constitución de la manera humana de vivir, se conserva aún en el desarrollo del niño humano en su necesidad de vivir en amor para cumplir su desarrollo fisiológico y social normal, sin importar lo que ha estado sucediendo con nuestro emocionar adulto en nuestro presente cultural más reciente.

Una vez que se estableció el conversar como la manera de vivir que constituyó el vivir humano al surgir el lenguaje, fue posible que se constituyesen diferentes culturas como distintas redes de conversaciones (diferentes redes de entrelazamiento del lenguajear y el emocionar), muchas de las cuales han llevado a la validación de la agresión y la competencia en maneras de vivir que parecen negar el rol básico del amor en la vida humana moderna. El papel efectivo del amor, y la necesidad diaria del amor para el desarrollo sano y normal del niño, sin embargo, indica que la participación de estas otras emociones en muchas de las diferentes maneras de vivir que se encuentran en la tierra, son características culturales que solamente pueden tener lugar como fenómenos humanos si no hay una interferencia total con la presencia básica del amor, y que el vivir en ellas no es un aspecto básico de la condición humana primaria. En fin, nosotros mantenemos que el lenguajear y el conversar y, por lo tanto, la humanidad, no habrían podido surgir si emociones tales como la agresión o la competencia hubieran sido las emociones fundamentales que definían el fonotipo ontogénico conservado en todos los linajes de los primates bípedos.

Ahora, y como parte de un intento más amplio de superar nuestra ceguera cultural occidental acerca de las emociones en general, y acerca del amor en particular, deseamos referirnos a lo que sucede en la primera infancia en la relación materno-infantil, y deseamos presentarlo de la siguiente manera:

En la sección II que sigue a ésta (Juego y conciencia de sí y del otro) presentamos un resumen de las observaciones básicas obtenidas por la Dra. Verden-Zöllner acerca del juego en el desarrollo de la conciencia de sí y la conciencia social del niño, tanto en el curso de su investigación sobre la relación entre el desarrollo sensorial y el desarrollo de la conciencia corporal en la infancia temprana (véase Verden-Zöllner, 1982), como mediante su trabajo con madres y grupos de juego materno-infantiles. En la sección III en cambio, presentamos la transcripción de una conferencia dictada por el Doctor H.R. Maturana (El camino desdeñado) con ocasión de la graduación de las madres participantes en uno de los "Seminarios de Madres" de la Doctora Verden-Zöllner, en su Instituto de Ecopsicología en Passau, Alemania.

II. Juego y conciencia de sí y del otro (ver Verden-Zöllner, 1978 y 1982)

1. La conciencia humana individual surge en el niño o niña con el desarrollo de su conciencia corporal al aprender su cuerpo y aceptarlo como su dominio de posibilidades al aprender a vivir consigo mismo y con otros en el lenguaje. Este proceso tiene lugar como un aspecto normal del desarrollo en el que el niño alcanza la plenitud de su integridad biológica senso-motora, emocional e intelectual, solamente si él o ella vive en la total confianza que la total aceptación de la madre y el padre implican. Esto no es fantasía. La dinámica corporal, la fisiología del niño, es diferente si éste o ésta vive en la confianza que la aceptación trae, o bajo la duda o la desconfianza que configura el rechazo, y su cuerpo (el sistema nervioso incluido, por supuesto), crece diferentemente en cada caso. Más aún, esta dependencia, o mejor dicho esta interdependencia entre la dinámica corporal y la dinámica de la aceptación mutua, de la confianza y la desconfianza, en la relación interpersonal, está presente durante la vida humana entera.
2. El desarrollo normal sano de un niño como un ser humano amoroso, física, emocional e intelectualmente bien integrado, está, en nuestra cultura, frecuentemente alterado, y algunas veces de una manera dramática, debido a que ésta implica una manera de vivir que exige continuamente a la madre o padre que dirijan su atención más allá del presente de su encuentro con sus hijos. Si los ojos de la madre o del padre no se encuentran con los ojos del niño o del bebé cuando lo miran, o si la madre o el padre no responden a los sonidos del bebé con sonidos congruentes según el fluir de sus interacciones con él, o si ellos no tocan al niño o bebé cuando éste los toca, el niño o bebé se queda como un ser sin identidad ni sentido propio, esto es, en un vacío existencial, al carecer de la referencia operacional a través de la cual él o ella genera las coordinaciones senso-motoras que, al hacer de él o de ella un ser social en el lenguaje, lo harán ser humano.
3. El niño adquiere su conciencia social y su conciencia de sí solamente en tanto crece en conciencia operacional de su corporalidad; y el niño o niña puede crecer en conciencia operacional de su corporalidad solamente cuando crece en una dinámica de juego con la madre y el padre en la cual sus cuerpos se encuentran en una total aceptación mutua al tocarse, al escucharse, y al verse en el presente, en una dinámica de interacciones de confianza mutua total. Es la confianza de la total aceptación por parte de la madre o padre en el juego, lo que da al niño o niña la posibilidad de crecer en la autoaceptación y autorrespeto que hacen posible para él o ella la aceptación de los otros que constituye a la vida social. En otras palabras, es en la confianza no competitiva en su propio ser que un niño o niña adquiere al vivir la confianza y aceptación de sus padres en el juego, que él o ella adquiere la posibilidad de entrar en la confianza no competitiva y la aceptación del otro en la coexistencia que constituye el dominio de las relaciones sociales.

4. Las exigencias de la vida cotidiana propias de la coexistencia en la red de conversaciones que constituye a nuestra cultura occidental actual, interfieren con la habilidad normal de la madre para encontrarse con su hijo o hija en el juego. Lo que sucede es que la manera de vivir que implica nuestra cultura occidental, continuamente empuja a la madre a alejar su atención de sus hijos cuando está con ellos a través de discursos sobre temas tales como el futuro, el éxito, la realización profesional, las aspiraciones de progreso... En otras palabras, una madre que está pensando acerca de su propio éxito profesional, o acerca del futuro de su hijo o hija, o acerca de cómo van a sobrevivir, mientras se encuentra con él o ella en lo que debería vivirse como juego, no juega con su hijo o hija, y no se encuentra con él o ella en el presente de su interacción. Cuando esto pasa, madre e hijo o hija no se ven. De hecho, en nuestra cultura occidental muchos de nosotros al estar continuamente sometidos a la exigencia de competir, de proyectar una imagen, o de obtener éxitos en una manera de vivir que es descrita como una continua lucha para la existencia, perdemos la capacidad de jugar, y para ser realmente madres y padres que viven con sus hijos en el presente y no en la fantasía del futuro o el pasado, tenemos que readquirir esa capacidad.
5. Se juega cuando se atiende a lo que se hace en el momento en que se lo hace, y esto es lo que ahora nos niega nuestra cultura occidental llamándonos continuamente a poner nuestra atención en las consecuencias de lo que hacemos y no en lo que hacemos. Así, decir: “debemos prepararnos para el futuro” significa que debemos poner la atención fuera del aquí y ahora; decir, “debemos dar una buena impresión”, quiere decir que debemos atender a lo que no somos pero deseamos ser. Al operar de esta manera creamos una fuente de dificultades en nuestra relación con otros y con nosotros mismos debido a que los seres humanos estamos donde está nuestra atención, y no donde están nuestros cuerpos. Jugar es atender al presente. Un niño que juega está involucrado en lo que hace mientras lo hace; un niño que juega a ser doctor, es doctor; un niño que juega a cabalgar un caballo con palo, cabalga un caballo. El jugar no tiene nada que ver con el futuro, jugar no es una preparación para nada, jugar es hacer lo que se hace en su total aceptación, sin consideraciones que nieguen su legitimidad. Los adultos usualmente no jugamos, y frecuentemente no jugamos cuando afirmamos que jugamos con nuestros hijos. Para aprender a jugar debemos entrar en una situación en la cual no podemos sino atender al presente (como ocurre en los seminarios maternos y grupos de juegos materno-infantil de la Dra. Verden-Zöller).
6. Nuestra conciencia del mundo que vivimos es operacionalmente una expansión de nuestra conciencia corporal. Los mundos que vivimos surgen como dominios de acciones en tanto realizamos nuestra corporalidad en nuestras coordinaciones senso-motoras, y desarrollamos nuestra conciencia corporal al crecer en total aceptación corporal en la intimidad de nuestras relaciones de

juego con nuestras madres y nuestros padres. Más aún, todas las dimensiones de nuestra existencia humana como seres que viven en el lenguaje, tienen lugar como recursiones sobre el operar de nuestra corporalidad que expanden nuestra conciencia corporal en la medida que existimos como seres sociales que llegan a ser lo que son a través de la aceptación y confianza total que prevalece en el juego materno infantil.

7. El juego en los seres humanos es una actitud fundamental que es fácilmente perdida debido a que requiere inocencia total. De hecho, cualquier actividad humana hecha en inocencia, esto es, cualquier actividad humana hecha en el momento en que es hecha con la atención en ella y no en el resultado, esto es, vivida sin propósito ulterior y sin otra intención que su realización, es juego; cualquier actividad humana que es disfrutada en su realización debido a que la atención del que la vive no va más allá de ella, es juego. Dejamos de jugar cuando perdemos la inocencia, y perdemos la inocencia cuando dejamos de atender a lo que hacemos y comenzamos a atender a las consecuencias de nuestras acciones, o a algo más allá de ellas, mientras aún estamos en proceso de realizarlas. Los seres humanos adquirimos nuestra conciencia individual y social a través de la conciencia corporal operacional que adquirimos en el libre juego con nuestras madres y padres al crecer como seres que viven en el lenguaje en la intimidad de nuestra convivencia con ellos, y perdemos nuestra conciencia social individual en la medida en que dejamos de jugar y transformamos nuestras vidas en una continua justificación de nuestras acciones en función de sus consecuencias, en un proceso que nos enceguece acerca de nosotros mismos y los demás.

III. El camino desdeñado

Charla dictada en Alemania con motivo de la graduación de un conjunto de madres participantes en un curso taller de relación materno-infantil.

“Estimadas damas”:

“Me dirigiré a ustedes en inglés por no poder hacerlo en la bella lengua alemana, gracias. Lo que quiero hacer es decirles algunas pocas palabras acerca del amor y del origen de la humanidad, y mostrarles cómo esto se relaciona con el trabajo que ustedes hacen con la Dra. Verden-Zöller así como con otros aspectos de la vida diaria”.

“Nada hay más difícil que estudiar la normalidad desde la normalidad, porque estamos acostumbrados a mirarla desde lo patológico. Por esto, al estudiar lo normal de la relación materno-infantil, la Dra. Verden-Zöller ha hecho algo inusual. Pero al mismo tiempo nada más difícil de valorar y respetar que aquello que otro nos dice cuando es tan fundamental que después de oído nos parece obvio. Ojalá no nos pase eso con lo que nos muestra la Dra. Verden-Zöller y que yo señalo en

esta conferencia. Ella nos muestra que el juego es la condición de inocencia en la acción. No desdeñemos esto porque desde nuestra enajenación en la pretendida gravedad de la vida adulta, el jugar nos parece trivial o intrascendente”.

“Los seres humanos tenemos nuestro origen en una línea de primates bípedos que se puede seguir hacia atrás unos tres y medio millones de años. Estos seres originales en la historia de la humanidad tenían más o menos el tamaño de un niño de ocho años de edad. Caminaban en posición erguida, igual que nosotros, y deben haber sido andadores con tanta capacidad como nosotros para manejar su cuerpo en concordancia con su modo de vivir. Su masa cerebral era alrededor de un tercio de la nuestra, y es posible afirmar que vivían en grupos relativamente pequeños de unas 5 a 10 personas, incluyendo adultos, jóvenes y bebés. Estos seres eran recolectores de alimentos: semillas, nueces, raíces y restos de otros animales dejados por carnívoros cazadores. De hecho, comían los mismos alimentos que ahora cocinamos para comer, aunque en ese tiempo eran semillas de pastos silvestres que no producían el grano grande que ahora comemos, o raíces jugosas diferentes de las que cultivamos”.

“En la evolución lo que es fundamental para el establecimiento de un linaje es la conservación de una manera de vivir en una sucesión reproductiva. Si ustedes examinan cualquier tipo de animal o planta, reconocerán que cada uno tiene una manera particular de vivir que implica también un modo de desarrollo y crecimiento. El modo de vida propio de nuestros ancestros era, en lo fundamental, igual al nuestro actual pero sin lenguaje: vivían en grupos pequeños como familias que compartían los alimentos; vivían en la cercanía sensual de la caricia y en tanto eran animales que caminaban erectos, vivían en una sexualidad frontal que implicaba el estar cara a cara el uno con el otro, en la ternura e intimidad de un encuentro personal visual y táctil, y, por último, posiblemente vivían también en la participación de los machos en la crianza de los niños en un ámbito de relaciones permanentes sostenido por la sexualidad continua, no estacional de las hembras”.

“Las distintas culturas son distintos modos de convivir en el entrelazamiento del lenguajear y el emocionar, que especifican y definen distintos modos de vivir las relaciones humanas. Así, por ejemplo, hay culturas en las que a los hombres se les dice que no tienen nada que ver con el cuidado de los niños. Pero si uno observa lo que pasa con los hombres, uno puede ver que cuando se rompe la admonición cultural que niega su participación en el cuidado de los niños, los hombres, los machos humanos, se interesan por los niños y, preocupándose de ellos, cooperan con las mujeres en su cuidado. Nada pasa en los sistemas vivos que su biología no permita. La biología no determina lo que sucede en el vivir, pero especifica lo que puede suceder. Si no hubiese en nosotros, los machos humanos, la posibilidad biológica de hacerlo, no tendríamos la disposición para cuidar a los niños y no disfrutaríamos cuidándolos. No se puede esperar que un gato macho adulto cuide de las crías; éstas para él no existen o existen sólo marginalmente. Pero nosotros, los machos humanos, no tenemos ningún problema, al contrario. De modo que este es un punto importante de la historia de los seres humanos: los machos han participa-

do en la crianza de los niños. En este modo de vivir en ternura y estrecha interacción sensual compartiendo el alimento, con participación de los machos en el cuidado de los niños, se originó el lenguaje como una manera de coordinación de acciones. Pero esto no es todo. Hay una emoción que tiene que haber sido la emoción fundamental del coemocionar en el convivir que dio origen a lo humano al hacerse el convivir en el lenguajear el modo fundamental de vivir que se conservó generación tras generación constituyendo nuestro linaje. Tal emoción es el amor”.

“El amor es, hablando biológicamente, la disposición corporal bajo la cual uno realiza las acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en coexistencia con uno. Cuando no nos conducimos de esta manera en nuestras interacciones con otro, no hay fenómeno social. El amor es la emoción que funda el fenómeno social. Cada vez que uno destruye el amor, desaparece el fenómeno social. Pues bien, el amor es algo muy común, muy sencillo, pero muy fundamental. Esta reunión en la que nos aceptamos mutuamente, se produce sólo bajo el imperio de la emoción del amor, y si esta emoción desapareciera y continuásemos reunidos en esta charla, habría hipocresía en la medida en que actuásemos como si nos aceptásemos mutuamente sin hacerlo. En verdad, en la vida cotidiana afirmamos que alguien ha actuado en forma hipócrita cuando, después de observar su conducta que nos parece impecable en el amor, en la aceptación del otro como un legítimo otro en coexistencia con uno, tenemos motivos para dudar de su sinceridad. La hipocresía es siempre a posteriori. En tanto está presente la conducta del amor, uno supone sinceridad. Lo que sucede es que si la conducta de mutua aceptación no es sincera, tarde o temprano se rompe la relación social”.

“Ahora bien, en la historia de la humanidad, y estoy hablando de los últimos 3.5 millones de años, si el amor no hubiese estado presente como el fundamento siempre constante de la coexistencia de las pequeñas comunidades en que vivían nuestros ancestros, no podríamos existir ahora como lo hacemos. No se habría originado el lenguaje y no se habría establecido este como el modo fundamental de convivir de nuestros ancestros. Lo opuesto al amor no es el odio, es la indiferencia, y en la indiferencia los seres no se encuentran y no permanecen juntos. Por supuesto que tiene que haber habido agresión ocasional, pero ningún sistema social se puede basar en la agresión, porque la agresión lleva a la separación, y, por lo tanto, a la negación de lo social”.

“Yo afirmo que el lenguaje no puede haberse originado en la historia que nos dio origen si en ésta el amor no hubiese sido la emoción fundamental que la guió. Así, afirmo también, que nosotros los seres humanos, a pesar de que vivimos ahora en guerras y en abusos, somos hijos del amor. Comprender esto es algo absolutamente esencial para comprender lo humano, porque en nuestro proceso de desarrollo individual como seres humanos, el amor es un elemento fundamental desde el útero hasta la tumba. En verdad, yo pienso que el 99% –puedo equivocarme, puede que sea el 97%– de los males humanos tiene su origen en la interferencia con la biología del amor. El niño en su desarrollo requiere como elemento esencial, no circunstancial, la permanencia y continuidad de la relación amorosa entre

él y su madre y demás miembros de la familia. Y eso es esencial para el desarrollo fisiológico, para el desarrollo del cuerpo, de las capacidades sensoriales, de la conciencia individual, y de la conciencia social del niño. Estoy seguro de que ustedes están conscientes de esto a través de su cuerpo en su calidad de madres, pero, en general, en nuestra cultura aunque se habla de amor no se lo comprende como un fenómeno biológico y no se cree en él como un factor constitutivo de lo humano. ¿Por qué pasa así? ¿Por qué esta falta de visión del papel fundamental del amor como el dominio de las acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en la convivencia con uno en nuestro presente cultural? En mi opinión esto se debe a dos razones. Una es que pertenecemos a una cultura que ha devaluado a las emociones. Así, es corriente que en nuestra cultura occidental se considere que las emociones son una molestia que interfiere con la racionalidad. Estoy seguro de que a todas ustedes así como también a mí se nos pedía en el hogar y en el colegio, que controlásemos nuestras emociones y que fuésemos racionales. La racionalidad es algo fundamental, no hay duda. Nada de esta charla y conversación podría ocurrir si no nos moviésemos en el pensamiento racional, pero las emociones son igualmente fundamentales. Esta conversación no se produciría sin la emoción que la sustenta, sin el deseo de tenerla en un ámbito de mutuo respeto”.

“La otra razón es que los niños, por lo general, se desarrollan normalmente sin que tengamos que hacer nada especial para ello, basta con que los queramos como nos surge sin esfuerzo la mayor parte del tiempo. Pero hay mucho que no vemos precisamente porque para muchos de nosotros la vida transcurre en la normalidad del amor. No tenemos una manera inmediata de saber si es diferente para el embrión que crece el que la madre lo desee o no, o que el compañero de la madre quiera o no al futuro bebé. La fisiología de la madre es distinta en un caso y otro ya que el querer que nazca el bebé o no, aparece en las conversaciones de la madre, y las conversaciones de la madre afectan la fisiología del embrión. Lo que sucede es que aún no sabemos, o sabemos muy poco, sobre cómo se afectan el crecimiento del embrión y el feto con esas conversaciones. Aún hay algo más, el lenguaje tiene que ver con el tocar y tocarse, con la sensualidad, y el que es así es aparente en lo que decimos. Así, por ejemplo, cuando hablamos de la forma de un discurso usamos expresiones táctiles como: “me acarició con su voz”, “me hirió con sus palabras” o “me tocó profundamente con lo que dijo”. Al conversar nos tocamos los unos a los otros, y al hacerlo, gatillamos cambios en nuestra fisiología. Nos podemos matar con palabras, tanto como podemos llevarnos a la alegría o a la exaltación. Al contrario, al comentar el contenido de un discurso no empleamos expresiones táctiles sino que expresiones visuales: “lo que dijo estuvo muy claro”, o, “estuvo brillante”. Así es que las conversaciones que la madre tiene cuando está embarazada no son triviales en lo que se refiere al desarrollo embrionario o fetal del niño, y tampoco lo son para el niño después que ha nacido, y no dá lo mismo hablar del futuro bebé, o del niño o niña ya nacido, en el amor o el rechazo”.

“En la actualidad vivimos inmersos en una cultura que resta valor a las emociones, y al mismo tiempo que nos sumerge en emociones contradictorias, nos

piden que las neguemos o que las controlemos. Yo mantengo que las emociones son disposiciones corporales dinámicas que especifican en cada instante el dominio de acciones en que nos movemos en ese instante. Si ustedes prestan atención a cómo Uds. reconocen las emociones en Uds. mismas o en otros, observarán que están siempre atentas a las acciones. En la medida en que cada emoción configura un dominio particular de acciones, hacemos cosas diferentes bajo distintas emociones. Así también hay emociones contradictorias entre sí porque configuran dominios de acciones que se niegan mutuamente, y los conflictos emocionales nos paralizan, precisamente por llevarnos a acciones que se oponen, o a oscilaciones conductuales. Al mismo tiempo hay acciones que constituyen dominios de acciones complementarias que se acompañan o se potencian mutuamente aumentando su intensidad, intensidad que connotamos con la palabra pasión”.

“Veamos algunos ejemplos de emociones contradictorias como el caso de una madre profesional que tiene una hija pequeña. Cuando la madre está con su hijita, piensa que debería estar en su trabajo, y cuando está en su trabajo piensa que debería estar con su hijita. Esa madre vive una contradicción emocional recurrente: cuando ella está con su niña echa de menos su realización profesional, cosa que aparece en su conversar; al revés cuando se está realizando con el desempeño de sus tareas profesionales, echa de menos a su niña, cosa que también se hace aparente en su conversar. El problema que esto suscita es que si la madre está con su niña echando de menos su realización profesional, ella y la niña no están juntas pues se ha roto la aceptación mutua. Si la atención de la madre cambia de continuo a alguna otra parte lejos de su niña, la niña desaparece. Puede suceder que la madre la tenga en sus brazos y piense que está jugando con ella, pero la madre no está jugando con la niña. La madre lleva a cabo una conducta que se describe como juego, pero no está jugando. Cuando esto le pasa a uno, uno está consciente de que algo falla en la relación y se culpa a sí mismo o culpa al niño o niña. Si usted está junto a un adulto, su esposo, su amante o su amigo, y esta persona tiene la atención fija en alguna otra parte, en alguna otra cosa, usted sabe que esta compañía es algo ficticio, y expresa una queja: “no está conmigo”. Pues bien, el niño pequeño no sabe quejarse, no sabe lo que le pasa, sólo desaparece poco a poco y se transforma en un ser ajeno: y llora o se enferma. Llorar, o se presenta algún problema en su desarrollo”.

“A modo de ejemplo, se podrían presentar dificultades en el desarrollo de la inteligencia del niño que tienen que ver con el aprender a hablar, o bien, más adelante, con el rendimiento escolar. Luego, puede que haya dificultades sensoriales en el desarrollo, o bien se pueden presentar dificultades temperamentales que son angustiantes para los padres que no saben qué hacer, pues piensan que quieren a su hijo o hija, y no ven su negación del amor en su ceguera ante él o ella. Todas estas dificultades son expresiones de carencia de amor, de ausencia de las conductas que constituyen al otro, el niño o niña en este caso, como un legítimo otro en convivencia con uno. Esto no quiere decir que la madre tenga que estar todo el tiempo con él o ella, pero la madre si tiene que estar con él o ella cuando está con él o ella”.

“La relación permanente con la madre debe ser íntima en la aceptación total en el presente. Cuando se rompe esta relación entre la madre y el niño, la madre también se ve afectada, y le suceden cosas que los demás calificarían como inestabilidades emocionales, distorsiones emocionales o angustias. Esta situación de perder el contacto, de perder la relación de amor con el niño, se origina, como dije debido a que la madre aleja su atención del niño cuando está con él o ella, y no está con él o ella a pesar de la cercanía. Vivimos inmersos en una cultura que continuamente nos exige que prestemos atención a algo distinto de lo que estamos haciendo en el momento de hacerlo. Por ejemplo, esto pasa cuando hago lo que hago con mi atención puesta en lo que voy a obtener y no en lo que hago, cuando mi atención está en el resultado de mi quehacer y no en mi quehacer”.

“Ustedes dicen a sus niños que tienen que estudiar porque cuando crezcan van necesitar lo que aprenden hoy, y les dicen: si ustedes hacen esto, van a obtener esto o aquello (una moneda, un dulce, buena salud). Pero si no tenemos nuestra atención en lo que hacemos, no lo hacemos, y hacemos otra cosa. Lo que la Dra. Verden-Zöller ha mostrado en su trabajo, es que en la relación materno-infantil sana, la madre al jugar con su niño o niña está precisamente con él o ella, que su atención no se aparta del niño aún cuando en su mirada sistémica tenga presente todo su entorno hogareño. El juego no constituye de ninguna manera una preparación para una acción futura, se vive en el juego cuando el vive en el presente. Cuando los niños juegan imitando actividades llevadas a cabo por los adultos, no se están preparando para dichas actividades futuras. En el momento de jugar, los niños (y también los adultos cuando juegan) son lo que el juego indica”.

“Pero vivimos una cultura que niega el juego y valora las competencias deportivas. En nuestra cultura no se espera que juguemos porque debemos estar haciendo cosas importantes para el futuro, y no sabemos jugar. No entendemos la actividad del juego. Les compramos juguetes a nuestros niños para prepararlos para el futuro. No estoy diciendo que no sea bueno que un niño tenga un juguete que le acarreará como resultado el tener ciertas habilidades en el futuro. Lo que estoy diciendo es que la dificultad se origina cuando interactuamos con nuestros hijos o entre nosotros en términos del futuro, no en términos de lo que estamos haciendo con ellos en el momento. Lo que descubrió la Dra. Verden-Zöller es, en primer lugar, que la relación materno-infantil en el juego como relación de total aceptación y confianza en el encuentro corporal de la madre y el niño con la atención de la madre puesta en relación y el encuentro, no en el futuro o salud del niño, no en lo que vendrá sino que en el simple fluir de la relación, es fundamental para el desarrollo de la conciencia corporal y manejo del espacio del niño”.

“En segundo lugar, ella descubrió que esa relación de total aceptación y confianza en el encuentro corporal de la madre y el niño es esencial para el crecimiento de éste como un ser que puede vivir en la dignidad del respeto por sí mismo en conciencia individual y social. Y, en tercer lugar, la Dra. Verden-Zöller descubrió que toda actividad realizada con la atención puesta en ella se realiza en el juego, en el presente que no confunde proceso con resultado, y es, por lo tanto, inocente,

y cursa sin tensión ni angustia como un acto que se vive en el placer, y es el fundamento de la salud psíquica porque se vive sin esfuerzo aún cuando haya al final cansancio corporal. Más aún, ella ha mostrado cómo podemos recuperar nuestra capacidad de juego, y, en último término, cómo podemos vivir nuestro vivir cotidiano como un juego continuo”.

“El cirujano que extrae una vesícula con perfección está jugando mientras opera. Ustedes pueden verificar ésto a través de los comentarios que hacen los médicos. Le hablan a usted como si lo hubiesen estado pasando muy bien, maravillosamente bien. Recuerdo que cuando yo estudiaba medicina le pregunté a uno de mis maestros, cómo era ser cirujano, cómo era la práctica de la cirugía, y me contestó: “es algo delicioso”. Quedé sorprendido, porque me pareció que era una crueldad decir eso. ¿Estaba el placer en el hecho de cortar cuerpos? Por cierto que no; el placer no reside en eso. El placer está en llevar a cabo una actividad sin ningún esfuerzo, y uno lleva a cabo una actividad sin ningún esfuerzo sólo cuando uno está jugando, en la inocencia de simplemente ser lo que se es en el instante en que se es. Cuando Jesús dice: “tendréis que ser como niños para entrar en el Reino de Dios”, dice precisamente eso: sólo el que viva en la inocencia, en el presente, y no se enajene en las apariencias ni en el futuro de las consecuencias de su hacer, vivirá en el Reino de Dios”.

“La Dra. Verden-Zöller ha mostrado que para el niño el vivir su relación con su madre en la intimidad de la aceptación total recíproca es fundamental tanto para el desarrollo de su conciencia corporal, como para su crecimiento como un ser social que vive en el respeto por sí mismo y por el otro desde su capacidad de ser una persona digna e independiente. Y ustedes, que han asistido a los talleres que ella realiza, han sido afortunadas porque en ellos han reaprendido a jugar, han reaprendido a vivir el espacio del juego como una experiencia legítima fundamental. Pero no sólo eso, ustedes no han hecho simplemente algunos ejercicios más o menos novedosos. La Dra. Verden-Zöller las ha guiado en un espacio experiencial preciso, mediante ejercicios precisos que las llevan a recuperar la visión del mundo de la infancia de manera que ustedes pueden, ahora, vivir con sus hijos la apertura y diversidad relacional en la aceptación emocional y corporal que ellos necesitan para el desarrollo de su conciencia de sí y en conciencia social, así como para su crecimiento en respeto por sí mismos y por los otros, precisamente porque ustedes han recuperado ese espacio. Movimientos, danzas, ejercicios o juegos realizados fuera del entendimiento y la mirada hacia como un niño desarrolla su conciencia corporal, su conciencia de individual, y su conciencia social a través de la intimidad de la relación corporal en la confianza y el mutuo respeto con su madre como los que Uds. han aprendido y realizado con la Doctora Verden-Zöller, son sólo gimnasia, danza o entretención. Finalmente, quiero destacar que lo que ustedes han aprendido con la Dra. Verden-Zöller es el resultado de su prolongado estudio del desarrollo normal del niño en un espacio normal de relaciones materno-infantiles, y quiero felicitarlas por haber participado en sus talleres. Muchas gracias”.

IV. REFLEXIONES FINALES

En general estamos habituados a aceptar el desarrollo normal del niño como algo natural y espontáneo, y no vemos lo mucho que depende éste de que la relación materno-infantil se dé de hecho como una relación de juego en la que la madre y el niño interactúan recurrentemente en una aceptación mutua total. La investigación de uno de nosotros (Verden-Zöllner, 1982), muestra que sin un encuentro corporal madre-hijo en una aceptación total, no hay juego en la relación materno-infantil, que sin juego materno-infantil el niño no aprende a jugar, que sin relación corporal de juego materno-infantil no hay una praxis corporal adecuada, que sin una adecuada praxis corporal, no hay una adecuada conciencia corporal, que sin una adecuada conciencia corporal no hay un desarrollo sensorial adecuado, que sin un adecuado desarrollo sensorial y una adecuada conciencia corporal no hay construcción del espacio ni conciencia espacial adecuada, y que sin todo esto no hay un adecuado desarrollo de la conciencia de sí ni de la conciencia social. En nuestra cultura occidental presente que rompe la espontaneidad de la relación materno-infantil, nuestra ignorancia de estas relaciones ha resultado en prácticas cotidianas que bajo las condiciones de hacinamiento en que se vive en las ciudades modernas, someten a las madres a la continua exigencia de alejar su atención de sus hijos cuando están con ellos, con el resultado de que no es fácil para estos tener un desarrollo adecuado de su conciencia individual y social.

Más aún, toda actividad humana es realizada en un dominio de acciones especificado por alguna emoción particular (ver Maturana, 1988). La emoción básica que nos hace seres humanos sociales a través de especificar el espacio operacional de la mutua aceptación en que operamos como seres sociales, es el amor. El amor es la emoción que constituye el dominio de aceptación del otro en coexistencia cercana con uno. Sin un desarrollo adecuado del sistema nervioso en el amor como es vivido en el juego, no es posible aprender a amar, y no es posible vivir en el amor. O, en otras palabras, el desarrollo adecuado de nuestra conciencia individual y social, así como el desarrollo adecuado de nuestras capacidades emocionales e intelectuales, y particularmente de nuestra capacidad para amar, con todo lo que esto implica, depende de nuestro crecimiento en el juego y de que aprendamos a jugar a través de la intimidad de nuestras relaciones de aceptación mutua con nuestras madres y padres.

Nuestra cultura occidental moderna ha desdeñado el juego como una característica generativa fundamental en la vida humana integral. Tal vez nuestra cultura moderna occidental hace aún más, niega el juego como un aspecto central de la vida humana a través de su énfasis en la competencia, el éxito, y la instrumentalización de todos los actos y relaciones. Nosotros pensamos que para recuperar un mundo de bienestar social e individual en el cual el crimen, el abuso, el fanatismo y la opresión mutua, no sean maneras institucionalizadas de vivir, sino que sólo errores ocasionales de coexistencia, debemos devolver al juego su rol central en la vida humana, y pensamos también que para que ésto pase, debemos aprender nuevamente a vivir en él.

REFERENCIAS

- Maturana R. Humberto. 1978. "*Biology of language: epistemology of reality*". En *Psychology and Biology of Language and Thought*
Editores: George A. Miller and Elizabeth Lenneberg.
Academic Press.
- Maturana R. Humberto. 1980. "*Autopoiesis: reproduction, heredity and evolution*". En *Autopoiesis, Dissipative Structures and Spontaneous Social Orders*.
Editor: Milan Zeleny
AAAS Selected Symposium 55. Westview.
- Maturana R. Humberto. 1985 a. "*Biologie der Sozialität*"
Delfin (Septiembre) V; 6-14; 1985.
- Maturana R. Humberto. 1985 b. *Reflexionen über Liebe*.
"Zeitschrift für systemische Therapie" 3 (3);
129-131; 1985.
- Maturana R. H. y Mpodozis Jorge, 1992. *Origen de las Especies por medio de la Deriva Natural*.
Publicación Ocasional # 46/1992.
Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Santiago - Chile.
- Maturana R. Humberto, 1988. "*Reality: the search for objectivity or the quest for a compelling argument*".
The Irish J. of Psychology: 9 (1); 25-82.
- Verden-Zöllner Gerda, 1978. *Materialien zur Gabi-Studie*.
Univ. Bibliothek Salzburg, Viena.
- Verden-Zöllner Gerda, 1979. *Der imaginäre Raum*.
Univ. Bibliothek Salzburg, Viena.
Dissertation zur Erlangung des Doktorgrades der Philosophie der Naturwissenschaften an der Philosophischen Fakultät der Universität Salzburg.
- Verden-Zöllner Gerda, 1982. *Ökopsychologie der frühen Kindheit; Das Wolstein-Passauer-Mutter-Kind-Modell*.
Forschungsbericht und filmische Dokumentation, Universitätsbibliothek Salzburg; Forschungsstelle für die Ökopsychologie der frühen Kindheit, Passau.

Epílogo y reflexiones finales

Historia

Pensamos que el amor y el juego, como maneras fundamentales del vivir humano en la relación a que hacemos referencia en este libro, son elementos básicos en la historia evolutiva que nos dio origen. El amor, como la conducta que constituye a otro como un legítimo otro en coexistencia con uno, va con la ternura y la sensualidad; el juego, como modo de vivir en el presente, va con la apertura sensorial, con la plasticidad conductual, y con el gozo del existir.

Pero el amor y el juego no son conceptos ni ideas abstractas en la historia que nos dio origen, son aspectos de una forma de vivir que se conservó generación tras generación como una referencia operacional en torno a la cual cambió todo lo demás en el devenir evolutivo del linaje de primates a que pertenecemos. Es decir, el amor y el juego eran formas irreflexivas del ser mamífero de los primates bípedos que fueron nuestros ancestros prehumanos, simples costumbres o modos de relacionarse mamífero cuya conservación como aspectos centrales de su modo de vivir hizo posible el origen del lenguaje.

Así, la confianza y la aceptación mutuas son parte constitutiva del encuentro corporal íntimo que se dá entre la madre y la cría en el acto de amamantar, la ternura es parte de la aceptación irrestricta de la corporalidad de las crías que la madre realiza justamente al acogerlas en el contacto corporal, y la sensualidad es parte intrínseca de la caricia, tanto en el contacto corporal del amamantamiento y el jugueteo, como en la ampliación de la sensorialidad que trae consigo la conducta maternal de limpiar y acicalar. De modo similar, el juego como un estar en el presente, es parte constitutiva de la inmersión irreflexiva de las crías mamíferas en el bienestar del vivir un mundo que surge en ese mismo vivir, y cuyas regularidades aparecen como formas legítimas de ese vivir, y no como restricciones o limitaciones a él en un ámbito de expectativas predefinidas.

En otras palabras, el amor y el juego no fueron logros especiales en nuestros ancestros, sino que como simples aspectos de su vivir mamífero cotidiano eran parte constitutiva de su ser primate prehumano, y lo peculiar en relación a ellos, según lo que nosotros pensamos, es que fue su conservación como aspecto central del vivir más allá de la infancia en la vida y relaciones adultas, lo que definió el linaje que nos dio origen como un linaje distinto de otros linajes de primates. Esto es, nosotros pensamos que los seres humanos somos el resultado presente de un devenir que siguió un curso acotado por la conservación del amor y el juego como partes fundamentales del vivir adulto prehumano ancestral que hizo posible el surgimiento del lenguaje.

En la evolución, sea ésta biológica o cultural, no hay un camino preestablecido. El devenir evolutivo es una deriva que sigue cualquier dirección en la que se conserve el vivir, y la dirección que de hecho sigue en cada instante el devenir evolutivo surge definida por lo que se conserva en ese instante en torno a la conservación del vivir. De esto resulta que lo que se conserva, generación tras generación como modo de vivir, es lo que de hecho define a un linaje biológico o a una cultura, y lo que determina qué es lo que uno u otro llegan a ser en su devenir.

En fin, es porque de acuerdo a esto el presente evolutivo humano es un resultado de un proceso conservador de un modo de vida, y no un logro en un proceso de adaptación a una situación futura, que nosotros mantenemos que los seres humanos no podríamos ser como ahora somos, seres que se enferman y sufren en desesperada ansia por amor, seres que se enferman y sufren en desesperada ansia por ser aceptados, seres que se enferman y sufren en desesperada ansia por un vivir en la ternura y la sensualidad, cuando de una manera u otra se interfiere o se niega su vivir en el amor y el juego, si no perteneciésemos a una historia biológica centrada en la conservación del amor y del juego como aspectos fundamentales del vivir que definió al linaje que nos dió origen. Por esto mismo, pensamos también que no podríamos ser como somos ahora, seres que no desarrollan ni conservan el autorrespeto ni el respeto por el otro si no crecen en la intimidad del contacto y la aceptación corporal en el juego con la madre, sea ésta femenina o masculina, y que se vuelven neuróticos, ciegos ante el otro, e infelices, si se les niega la posibilidad de vivir su vida cotidiana en el juego, si no fuésemos el presente de un linaje definido por la conservación hasta hace poco de un modo de vivir centrado en el amor y el juego.

Amor y juego son maneras de vivir, modos de relación, dominios de acciones, no conceptos, no distinciones reflexivas, no conductas malas o buenas, no virtudes, no valores..., y no surgen como aspectos básicos del vivir sobre los cuales hay que reflexionar hasta que se los niega, o se interfiere con ellos, y se les echa de menos. No sabemos cuántas veces se ha interferido con el amor y el juego como aspectos básicos del vivir desde la infancia a la vida adulta en la historia humana, pero sí sabemos que se ha interferido con ellos en el advenimiento del patriarcado europeo en el encuentro de nuestros ancestros patriarcales y matrísticos al constituirse nuestra cultura patriarcal europea.

Con el patriarcado se terminó con el juego como un modo legítimo de vivir humano capaz de extenderse desde el nacimiento hasta la tumba. Con el patriarcado se perdió la confianza en el vivir, y comenzó la búsqueda de la seguridad y el control como modos de vida. Con el comienzo de la cultura patriarcal europea el entrelazamiento espontáneo del amor y el juego como aspectos de la manera normal de vivir humana, se perdió y se convirtió en algo especial, en algo que debía buscarse porque era difícil de vivir y de entender. El sólo hecho de que el vivir en el amor y el juego sea para el ser humano moderno tanto un problema como una virtud, muestra que el entrelazamiento natural del amor y juego ha sido negado, o ha perdido su carácter fundamental en el modo de vida humano moderno en la

cultura patriarcal. Pero, en la medida en que amor y juego han sido desdeñados o negados como fundamento de nuestro vivir cotidiano por el patriarcado, nuestras vidas como fenómeno humano han perdido su conexión inmanente espontánea con el mundo natural ancestral del que somos parte, en una pérdida de conciencia de nuestra pertenencia al mundo natural que nos posibilita y sostiene. Y con esta pérdida de conciencia, o nos hemos sumergido en un vacío espiritual porque hemos distorsionado o perdido las miradas mítica y poética que la conservaban, o hemos reemplazado estas miradas por filosofías religiosas, políticas, o económicas, que usan la noción de Verdad como la visión mítica que a la vez sostiene y justifica el control patriarcal de la conducta humana.

Pero, en la medida en que se pierden, como fundamento espontáneo del vivir cotidiano, tanto la conciencia de la interconexión de toda la existencia, como el vivir en tal conciencia que el vivir espiritual es, nuestros hijos crecen sin poder desarrollar, como fundamento de su conciencia de sí y de su conciencia social, una estructura psíquica basada en el autorrespeto que les permita conservar ese autorrespeto y el respeto por el otro en un mundo cambiante que permanece invariante en lo humano. Cuando ésto sucede, los niños se ven forzados a buscar fuera de sí, en el ámbito de las cosas y de las apariencias, algún o algunos elementos externos de control que den a sus vidas seguridad, estructura, y la posibilidad de armonía psíquica. Pero, tal búsqueda de un factor externo que dé armonía interna a la vida psíquica, es una búsqueda patriarcal típica, constitutivamente destinada al fracaso, ya que la armonía interna no se puede obtener a través del apego a cosas o imágenes externas, ni mediante al continuo intento de controlar la propia vida o el mundo de objetos que uno vive. La armonía interna se obtiene sólo viviendo una vida en el autorrespeto y en el respeto por el otro al vivir en el autorrespeto y el respeto por el otro, y ésto es posible, pensamos, sólo al vivir una vida en la que se conservan amor y juego como modos de vivir inmersos en la sensualidad y la ternura en todas las dimensiones de la existencia.

Mujeres y hombres

Mujeres y hombres somos al mismo tiempo iguales y diferentes, somos biológicamente iguales en lo que se refiere a la manera de vivir humana, esto es en el lenguajar, en el emocionar, en la acción, y en la inteligencia, y somos biológicamente diferentes en lo referente a la procreación: las mujeres pueden dar a luz y amamantar, los hombres no. La igualdad biológica humana de mujeres y hombres hace que ambos seamos igualmente capaces en la realización de todas las dimensiones del ser y hacer humanos, esto es, ambos estamos igualmente capacitados corporal, emocional e intelectualmente, para todos los haceres humanos desde el cuidado de las crías a la guerra. En verdad, es precisamente porque nosotros pensamos que ésto es así, que hablamos de la relación maternal como una relación de cuidado en la aceptación mutua en íntimo contacto corporal de la madre y el niño o niña, sin distinguir si el que la realiza es mujer u hombre. Pensamos al

mismo tiempo, que las diferencias entre hombre y mujer en lo que se refiere a la fisiología y a la anatomía del sexo y de la procreación, constituyen a la mujer y al hombre como seres de sexos diferentes, pero no como seres humanos de distinto tipo.

Las diferencias sexuales implican diferencias en lo fisiológico que pueden manifestarse como modos distintos de manejar el espacio y el tiempo, y, por lo tanto, como modos diferentes de moverse, unos con respecto a los otros y con respecto a la crianza, de mujeres y hombres. Pero, como vivimos hombres y mujeres estas diferencias, no depende de nuestra biología sino que depende de nuestro ser cultural, depende de la clase de vida humana que vivimos, de cómo se entrelazan en nuestro vivir humano ternura, sensualidad y sexualidad. Ternura, sensualidad y sexualidad, como dimensiones relacionales de cercanía e intimidad entre hombre y mujer, son los fundamentos de un vivir humano sano y armónico tanto desde el punto de vista individual como social. Nosotros pensamos que el modo fundamental de coexistencia primate cuya conservación hizo posible el origen del linaje humano a partir de sus ancestros prehumanos, fue una manera cotidiana de vivir centrada en la ternura, la sensualidad y la sexualidad.

Además, nosotros pensamos que lo humano se origina en un vivir en el que la sexualidad se vive sin ninguna relación con la procreación, aunque, sin duda, la sexualidad lleva a la reproducción a veces. Más aún, nosotros también pensamos que este modo de vivir cotidiano centrado en la sexualidad, la ternura y la sensualidad, era el propio de nuestros ancestros, y que fue este modo de vivir lo que diferenció a su linaje de otros linajes primates cercanos, incluyendo a nuestros parientes actuales como el chimpancé y el gorila centrado en relaciones de dominio y sumisión. En otras palabras, nosotros pensamos que el modo de vivir de estos últimos no es ancestral al nuestro porque no está centrado en la conservación de un modo de vida basado en la sexualidad, la ternura y la sensualidad, sino que pertenece al presente de la conservación de un modo de vida diferente.

De acuerdo a esto, nosotros pensamos que en el origen de lo humano el entrelazamiento de ternura, sensualidad y sexualidad, constituyó el ligamento relacional que creó a la familia como un grupo pequeño de individuos que conviven permanentemente en la ternura, la sensualidad y la sexualidad, cualquiera sea su modo de moverse en el espacio y el tiempo, a sus diferentes edades, capaz de durar toda una vida.

La sensualidad funda la estética del vivir abriendo la sensibilidad a las coherencias del existir y el coexistir, y al expandir la sensibilidad de los sentidos expande las distinciones del vivir hacia el disfrute del vivir en lo que constituye la experiencia de la belleza.

La ternura expande la intimidad y el placer de la coexistencia, abre espacios de cercanía corporal con el otro, y hace a la convivencia una fuente de bienestar psíquico.

La sexualidad entrelazada con la sensualidad y la ternura, amplía y estabiliza la intimidad de la coexistencia en sensualidad y ternura, la conserva y la hace, al menos en potencia, duradera de toda la vida. La sexualidad, en la aceptación y apertura a una intimidad total con el otro en el goce del contacto corporal en total confianza mutua que implica, expande el dominio del respeto y de la aceptación de sí mismo junto con el dominio del respeto y aceptación del otro, extendiéndolo desde la vida juvenil a la vida adulta, al expandir la conciencia de sí y la conciencia social que surgen en el niño o niña que vive su relación con su madre en la infancia en la intimidad de la aceptación y confianza total de su encuentro corporal con ella o él en el juego.

Pero, el entrelazamiento de la sexualidad, la sensualidad y la ternura, existe sólo en el entrelazamiento del amor y el juego. Sin el entrelazamiento del amor y el juego, las relaciones sexuales se convierten en violación, y la sexualidad se vuelve un instrumento de abuso y procreación, negando su condición constitutiva como fuente de placer y alegría; sin entrelazamiento del amor y el juego, la ternura se vuelve deber y una fuente de control, y deja de ser una fuente de intimidad y cuidado por el otro; y, sin el entrelazamiento del amor y el juego, la sensualidad se vuelve practicalidad y tecnología, dejando de ser el origen de la estética del vivir. Finalmente, en la ausencia del entrelazamiento de la ternura, la sensualidad, la sexualidad, y el juego en el vivir cotidiano, las relaciones entre el hombre y la mujer pasan a ser instrumentalizadas por las religiones, por las doctrinas políticas, por las filosofías económicas, y por la racionalidad que justifica el vivir patriarcal en la generación de una convivencia que dá origen a distinciones de género que surgen desde la autoridad, el deseo de control, la exigencia de obediencia, y el abuso.

Formas de vivir

Todas las formas de vivir en las que los seres vivos pueden vivir hasta su reproducción, son evolutivamente adecuadas al ser capaces de dar origen a un linaje, y son, por lo tanto, efectivas como origen de diversidad en el devenir histórico al que pertenecemos los seres humanos como seres vivos. Es por esto que ahora existen y han existido en la historia de la tierra, tantas clases diferentes de seres vivos. Pero, a los seres humanos no nos parece que todas las formas de vida sean igualmente deseables una vez que hemos reflexionado sobre ellas. Lo mismo ocurre en el ámbito cultural: los seres humanos podemos vivir y conservar cualquier forma cultural que no nos destruya demasiado pronto en el proceso mismo de vivirla. Empero, no nos parece que todas las culturas sean igualmente deseables después de reflexionar sobre las distintas formas de vivir que ellas implican.

Ocurre, sin embargo, que los seres humanos no reflexionamos sobre nuestro vivir con frecuencia, y que sin la ampliación de la mirada que el amor conlleva, y sin la libertad para el cambio que el vivir en el juego trae consigo, la reflexión

sobre nuestro propio vivir se nos hace imposible. La aceptación de la autoridad niega la reflexión, el deseo de control restringe la reflexión, la apropiación restringe o suprime la reflexión, la conservación de lo seguro niega la reflexión, la certidumbre restringe la reflexión, la verdad niega la reflexión, la ambición restringe la reflexión..., y pasa así porque las emociones que sustentan estas conductas surgen de la falta de respeto por sí mismo y por el otro. Solamente el entrelazamiento del amor y el juego permite la reflexión porque el amor y el juego se apoyan en el autorrespeto y el respeto por el otro. Además, para comenzar a reflexionar en la cultura que uno vive, uno debe encontrarse en contradicción emocional en ella, esto es, uno debe encontrarse deseando algo diferente de lo que es legítimo desear en el emocionar de la cultura que uno integra, y precisamente esto nos pasa ahora.

Los seres humanos modernos vivimos cada vez más inmersos en una contradicción emocional fundamental: queremos conservar el consumismo de nuestra cultura, pero al mismo tiempo queremos conservar el mundo natural; queremos conservar el vivir en la apropiación, pero queremos generar solidaridad; queremos certidumbre y seguridad, pero queremos al mismo tiempo libertad; queremos autoridad, pero queremos también mutuo respeto; queremos vivir en competencia, pero a la vez queremos vivir en colaboración; queremos la posibilidad de hacernos infinitamente ricos, pero queremos también acabar con la pobreza; queremos ser amados, pero queremos al mismo tiempo ser obedecidos...

La vida humana no puede vivirse en armonía y dignidad si esas contradicciones emocionales no se disuelven. Para que eso pase, pensamos, hay que recuperar al amor y al juego como elementos guías fundamentales en todas las dimensiones de la coexistencia humana, al mismo tiempo que tenemos que tener la audacia de atrevernos a vivir seriamente la responsabilidad de ser seres humanos que quieren generar cotidianamente un mundo humano en armonía con el mundo natural a que pertenecen. Y debemos atrevernos a abandonar el emocionar patriarcal que nos configura como seres humanos que viven inmersos en el emocionar de la apropiación, en la valoración de la procreación y el crecimiento desmedido, en el control, en la búsqueda de la seguridad, en la autoridad y la obediencia, y en la devaluación de las emociones y la sexualidad.

Crecimiento poblacional

El patriarcado destruye la confianza en la coherencia armónica del mundo natural al que los seres humanos pertenecemos, y como resultado de la pérdida de conciencia de la pertenencia humana al mundo natural que esta pérdida de confianza trae consigo, así como la búsqueda del control y la seguridad que esta pérdida de confianza también trae consigo, el pensamiento se hace lineal, se desvanece el entendimiento sistémico espontáneo, y se abre el camino al daño ecológico que lleva al desastre ambiental que ahora vivimos. En una cultura no patriarcal la acti-

vidad ritual conserva la conciencia de pertenencia a un mundo natural de procesos interconectados e interdependientes, o involucra de hecho acciones que además de conservar tal conciencia, realizan esa pertenencia y participación sin pretender su control. Las culturas matrísticas viven en la conciencia del carácter cíclico y recursivo de todos los procesos que tienen que ver con la vida. En la cultura patriarcal, en cambio, la desconfianza y el deseo de control y dominio son centrales, y con ellos viene la ceguera sobre el carácter circular y sistémico de los procesos que tienen que ver con la vida.

La consecuencia más importante de la pérdida de confianza en la armonía de toda la existencia que está en el origen del patriarcado, es un crecimiento explosivo de la población en las familias pastoras y en sus ganados en el intento de obtener seguridad en la abundancia. Y las consecuencias principales de este crecimiento poblacional explosivo son desarmonía ecológica, sobrecarga ambiental, acumulación de desechos, y degradación de las condiciones de vida con la generación de pobreza. En un mundo ilimitado es posible escapar a la pobreza con la emigración, pero en un mundo limitado, el crecimiento irrestricto de la población humana sólo puede llevar a su desintegración a través de una miseria inimaginable, de guerras, de enfermedades, y de sufrimiento material y espiritual generalizados.

Hay algo más. Al originarse nuestra cultura patriarcal europea en el violento encuentro de la cultura patriarcal pastora venida de Asia y la cultura matrística europea, con el establecimiento del empujar de las jerarquías y el control, aparecieron las doctrinas religiosas y políticas como mecanismos de control de la conducta humana, y surgió la oposición entre individuo y comunidad. En una cultura matrística no hay conflicto entre el individuo y la comunidad a que pertenece, no porque no haya individuos sino que, porque la individualidad no surge en oposición a la comunidad, sino que al contrario, la individualidad se origina en el autorrespeto y la autonomía que surgen de haber crecido en una relación materno-infantil fundada en relaciones de total aceptación y confianza en la intimidad corporal en el juego. En una cultura matrística no hay énfasis en lo individual porque el individuo crece naturalmente integrado en la comunidad y no en oposición a ella. El individuo surge en la relación de mutuo respeto de la relación materno-infantil en la total aceptación en el juego materno-infantil y la liberación que esta relación conlleva. Lo mismo pasa en una cultura patriarcal pastora pura.

Operacionalmente se es individuo sólo en tanto se es ser social, y la existencia social tiene lugar sólo como una convivencia de mutua aceptación entre individuos que surgen como tales en la convivencia social. La oposición entre lo individual y lo social que vivimos en nuestra cultura patriarcal europea, pensamos, surge con la afirmación de lo individual en oposición a la dominación y negación que tiene lugar en el pasaje de los niños y niñas matrísticos de nuestra cultura, a la vida adulta patriarcal. Los niños y niñas de nuestra cultura patriarcal, crecen en su infancia matrística, como hemos visto, en el respeto mutuo, en la colaboración, y en la participación, pero, en la entrada a la vida adulta se les pide, o más

bien se les exige, que acepten como modo de vida la competencia, la sumisión y la obediencia, en una continua lucha por no ser negados del todo.

Mientras el niño o niña vive este tránsito cultural en el proceso de hacerse adulto en nuestra cultura patriarcal europea, él o ella surge como individuo adulto en una dinámica que opone de manera continua lo individual y lo social, y en la que ser individuo implica oponerse a algunas de las dimensiones de coherencia interna propias de la comunidad a que se pertenece, creándose un conflicto donde antes había armonía. Y en la medida en que lo individual y lo social surgen en oposición, la falta de confianza en la coherencia armónica de toda la existencia propia del patriarcado, se ve reafirmada, y la ceguera acerca de la pertenencia humana al mundo natural se expande a la vida en comunidad con el aumento consecuente de las prácticas de control de la conducta individual por la autoridad patriarcal a fin de obtener certeza de su sometimiento a la comunidad que esta autoridad define.

Más aún, como en la cultura patriarcal la seguridad se vive a través de la apropiación, el crecimiento, la acumulación, y la procreación, las teorías patriarcales que explican la oposición de lo individual y lo social apoyan la apropiación y el crecimiento poblacional, lo que inevitablemente lleva a la destrucción del medio, a la contaminación, a la acumulación de desechos, a la pobreza y al sufrimiento.

Por último, cualquier intento de detener la destrucción ambiental y la pobreza sin abandonar el patriarcado, y desde él mediante doctrinas y teorías religiosas, políticas, o económicas, que se esgrimen como autoridad, lleva a más destrucción del medio, a más contaminación, y a más pobreza. Y esto es así, porque el patriarcado, a través de su ceguera constitutiva ante el carácter sistémico, cíclico, recursivo y no lineal de los procesos de la biósfera, valora la apropiación, el control, el crecimiento, y la procreación, en un empujón que está cuidadosamente conservado en las teorías y doctrinas económicas, políticas, y religiosas que surgen en él, sin ver que es precisamente la conservación de ese empujón lo que abre el camino, y en último término determina el daño ambiental y la pobreza.

Para detener la destrucción humana de la naturaleza, y con ello detener la destrucción humana de la existencia humana, hay que detener el crecimiento de la población que es el factor operacional principal en la generación del daño ecológico, de la contaminación ambiental, y de la miseria y sufrimiento humanos que dicha contaminación ambiental y daño ecológico traen consigo. Para detener la destrucción humana de la naturaleza, y para detener el dolor y sufrimiento que esa destrucción trae consigo, los seres humanos, mujeres y hombres, debemos reconocer que somos parte de la naturaleza, y que nuestro bienestar surge en el vivir con ella, y no contra ella en una lucha continua por controlarla y someterla, precisamente porque el mundo que vivimos se constituye en nuestro hacer.

El mundo natural existe sólo en tanto lo vivimos como tal al vivir como seres humanos; un bosque es bosque sólo mientras al distinguirlo no lo cortemos, un lago es lago natural lleno de vida y belleza sólo mientras al distinguirlo no lo con-

taminemos... Más aún, los seres humanos existiremos solamente si mientras nos distinguimos como tales conservamos el mundo natural que surge con nosotros en el acto de nuestra propia distinción. ¿Cómo hacer esto? Expandiendo el conocimiento y conciencia humanas sobre la interconectividad de los procesos de la biósfera tanto como sobre la capacidad humana general de actuar como parte de esa interconectividad, de modo que todos los seres humanos podamos actuar en cada circunstancia de acuerdo a esos conocimientos y a esa conciencia, conscientes de que el mundo natural que vivimos surge a través de nuestro hacer en nuestro vivir, y de que su conservación depende de nuestro deseo de conservarlo. Para hacer esto, sin embargo, debemos ir más allá del patriarcado. Y, en fin, para ir más allá del patriarcado, debemos usar el pensamiento racional que se ha desarrollado en él, ampliándolo en la conciencia de que son los deseos, las emociones, lo que guía el devenir humano, y conscientes de que es la conciencia de lo que se quiere vivir lo único que nos permite ser responsables en tal empresa permitiendo que la biología del amor sea nuestro fundamento y no el deseo de control y dominio.

GLOSARIO

Conversaciones:

Entrelazamiento del lenguaje y el emocionar en el que tienen lugar todas las actividades humanas. Los seres humanos existimos en el conversar, y todo lo que hacemos como tales tiene lugar en conversaciones y redes de conversaciones.

Conductas consensuales:

Coherencias conductuales que surgen entre seres vivos que viven juntos (en interacciones recurrentes) como resultado de su vivir juntos.

Consensualidad:

Participación en un dominio de conductas consensuales. La consensualidad propia del convivir de dos o más seres vivos se expande en la medida que se expande la dimensionalidad de ese convivir.

Emoción:

Lo que distinguimos en nuestra vida cotidiana al distinguir las distintas emociones que distinguimos en nosotros mismos o en otros animales, son las distintas clases de conductas, los distintos dominios de acciones en que estamos y nos movemos, ellos y nosotros en distintos momentos. En otras palabras, lo que distinguimos biológicamente al distinguir distintas emociones, son distintas dinámicas corporales (sistema nervioso incluido) que especifican en cada instante las acciones como tipos de conducta, miedo, agresión, ternura, indiferencia... que un animal puede realizar en ese instante. Puesto de otra manera, es la emoción (dominio de acciones) desde donde se realiza o se recibe un hacer, lo que da a ese hacer su carácter como una acción (agresión, caricia, huida) u otra. Por esto nosotros decimos; si quieres conocer la emoción mira la acción, y si quieres conocer la acción mira la emoción.

Emocionar:

Fluir de un dominio de acciones a otro en la dinámica de vivir. Los seres humanos en tanto existimos en el lenguaje, nos movemos de un dominio de acciones a otro en el fluir del lenguaje, en un entrelazamiento consensual continuo de coordinaciones de conductas y emociones. Es este entrelazamiento del lenguaje y el emocionar lo que nosotros llamamos conversar, usando la etimología latina de esta palabra que significa dar vueltas juntos.

Lenguaje:

Lo que hacemos cuando operamos en el lenguaje, es movernos en nuestras interacciones recurrentes con otros, en un fluir en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales. Es decir, el lenguaje ocurre en un espacio relacional, y consiste en el fluir en la convivencia en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, no en un cierto operar del sistema nervioso ni en la manipulación de símbolos. El símbolo es una relación que un observador establece en el lenguaje; cuando hace una reflexión sobre cómo cursa el fluir de las coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, asocia distintos momentos de ese fluir, tratando a uno como representación del otro.

Lenguajear:

Fluir en coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales. En la medida en que en una conversación cambia la emoción, cambia el flujo de las coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales. Y, viceversa, en la medida en que una conversación cambia en el flujo de las coordinaciones de coordinaciones conductuales consensuales, puede cambiar el emocionar. Este entrelazamiento del lenguajear y el emocionar es consensual y se establece en el convivir.

Madre:

Mujer u hombre que cumple en la convivencia con un niño o niña la relación íntima de cuidado que satisface sus necesidades de aceptación, confianza, y contacto corporal, en el desarrollo de su conciencia de sí y su conciencia social.

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

Súmese como voluntario o donante, para promover el crecimiento y la difusión de la Biblioteca



Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia: 189

Borre el libro una vez leído



Humberto Maturana Romesin es biólogo, chileno. Estudia Medicina en la Universidad de Chile y Biología en Inglaterra y Estados Unidos. Obtiene su doctorado en la Universidad de Harvard.

Actualmente es docente en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile, en la Facultad Metropolitana de Ciencias de la Educación en el Instituto de Terapia Familiar de Santiago.

Desde su hacer como biólogo ha desarrollado su "ontología del observador" que es reconocer al observador como constitutivo de lo observado. Este enfoque ontológico unitario, le permite explicar todos los fenómenos relacionados con la vida.

Así, recientemente reformula la Teoría del Origen de las Especies de Darwin, proponiendo como mecanismo explicativo la Deriva Natural y ver a la selección natural como una consecuencia.

Con respecto a la experiencia humana, señala que ésta tiene lugar en un espacio relacional, esto es que aunque desde el punto de vista zoológico somos *Homo sapiens sapiens*, existimos como seres humanos en un espacio que se constituye en la relación entre estos entes estructuralmente determinados que somos. Así nuestra condición humana toma lugar en nuestra manera de relacionarnos con los otros y con el mundo en que vivimos.

De esta manera propone que una cultura es una red cerrada de conversaciones, cuyo modo de vivir queda definido en cada caso por una configuración particular del emcionar. Para él, el cambio cultural es un cambio en la red de conversaciones que vive una comunidad y sostiene que el curso que sigue la historia humana es el curso de las emociones.

Parte de este libro es el fruto de sus reflexiones respecto al devenir de la cultura y al cambio cultural. Más específicamente del cambio que hay desde el Patriarcado a la Democracia.



La doctora Gerda Verden-Zöller es psicólogo nacida en Alemania en 1938. Su interés por el desarrollo de las habilidades musicales y rítmicas de los niños la llevó a estudiar psicología. Hizo su tesis doctoral en el estudio de la rehabilitación de Gabi, una pequeña niña ciega de nacimiento y con retardo en su desarrollo psicomotor.

Después de esta experiencia ha dedicado más de 12 años al estudio del desarrollo normal de la conciencia de sí y de la conciencia social del niño como aspecto de la relación materno-infantil. Su contribución en este libro es fruto de este trabajo.

Este libro trata del origen de nuestra cultura patriarcal europea, de la relación madre-hijo y de los fundamentos de la democracia en la biología del amor de nuestra infancia matrística. Para los autores la democracia es una manera de vida caracterizada por una convivencia neomatrística la que solo podemos hacer efectiva en la edad adulta cuando hemos sido aceptados en nuestra infancia y cuando hemos experimentado corporalmente esta experiencia. Además este libro trata de los fundamentos de nuestra condición humana que están en el amor y en el juego y ofrece al mismo tiempo una ocasión para reflexionar sobre cómo debemos criar a nuestros hijos de una manera tal, que les sea posible mantener su autorrespeto y el respeto por los otros cuando lleguen a la edad adulta.